

Manuel Peña Muñoz

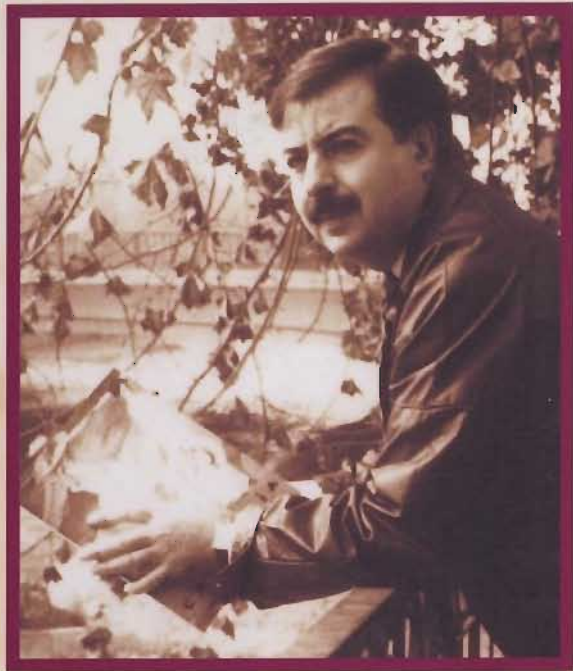
Los Cafés Literarios en Chile



AE
ARCHIVO
DEL
ESCRITOR

 **RiL**
editores





MANUEL PEÑA MUÑOZ

(Valparaíso, 1951). Escritor, Profesor de Castellano, Doctor en Filología Hispánica. Ha publicado: *El niño del pasaje* (1989), *María Carlota y Millaqueo* (1991), *El collar de perlas negras* (1994), *Un ángel me sopló al oído* (1995), *Mágico Sur* (1998) que obtuvo en España el Premio de Novela Gran Angular; *Ayer soñé con Valparaíso* (1999), el volumen de cuentos *Dorada locura* (2000) y *Memorial de la Tierra Larga. Crónicas chilenas* (2001). En el terreno de la investigación literaria su bibliografía incluye: *Historia de la literatura infantil chi-*

(Continúa en segunda solapa)





novelista en Chile

MANUEL PÉREZ RAMÍREZ

novelista en Chile

Valparaíso, 1912. Abogado, profesor de Castellano, Egresado en Filología Hispánica. Ha publicado: *El año del Falso* (1989), *Maria Cuervo y Mirángolo* (1991), *El collar de perlas negras* (1994), *En el agua me cayó el cielo* (1996), *El año del Falso* (1997) que obtuvo el Premio de Novela Casa Aguilera del año 1997, con *Valparaíso* (1999), *La historia de las cosas* (Dora y Socorro) (2000) y *Memorial de la Tierra Larga* (2001) y *El año del Falso* (2001) en el proceso de la creación de la novela en Chile. *El año del Falso* (1989) y *El collar de perlas negras* (1994) fueron sus primeras novelas.

RIL® EDITORES trabajando por la BIBLIO-DIVERSIDAD

LOS CAFÉS LITERARIOS EN CHILE





MANUEL PEÑA MUÑOZ

LOS CAFÉS LITERARIOS EN CHILE

AE
ARCHIVO
DEL
ESCRITOR

RIL
editores

Ch868 Peña Muñoz, Manuel
P Los cafés literarios en Chile / Manuel Peña
Muñoz. -- Santiago: RIL editores, 2001.

217 p. -- 21 cm.

1 CAFÉS LITERARIOS-CHILE

2 CRÓNICAS CHILENAS

ISBN 956-284-206-1

© Copyright 2001, by Manuel Peña Muñoz

Inscripción
Departamento de Derechos Intelectuales de Chile

ISBN 956-284-206-1

RIL editores®

El Vergel 2882, of. 11, Providencia
Santiago de Chile

Tel. (56-2) 2238100 - Fax 2254269
ril@rileditores.com - www.rileditores.com

Baldomero Fernández Moreno 1217

Buenos Aires, Argentina

Tel. (54-11) 4432-2840

Composición e Impresión: RIL editores
Diseño de portada: Cristián Silva
Fotografía del autor: Edith Phillips

Impreso en Chile - *Printed in Chile*

Derechos reservados

ÍNDICE

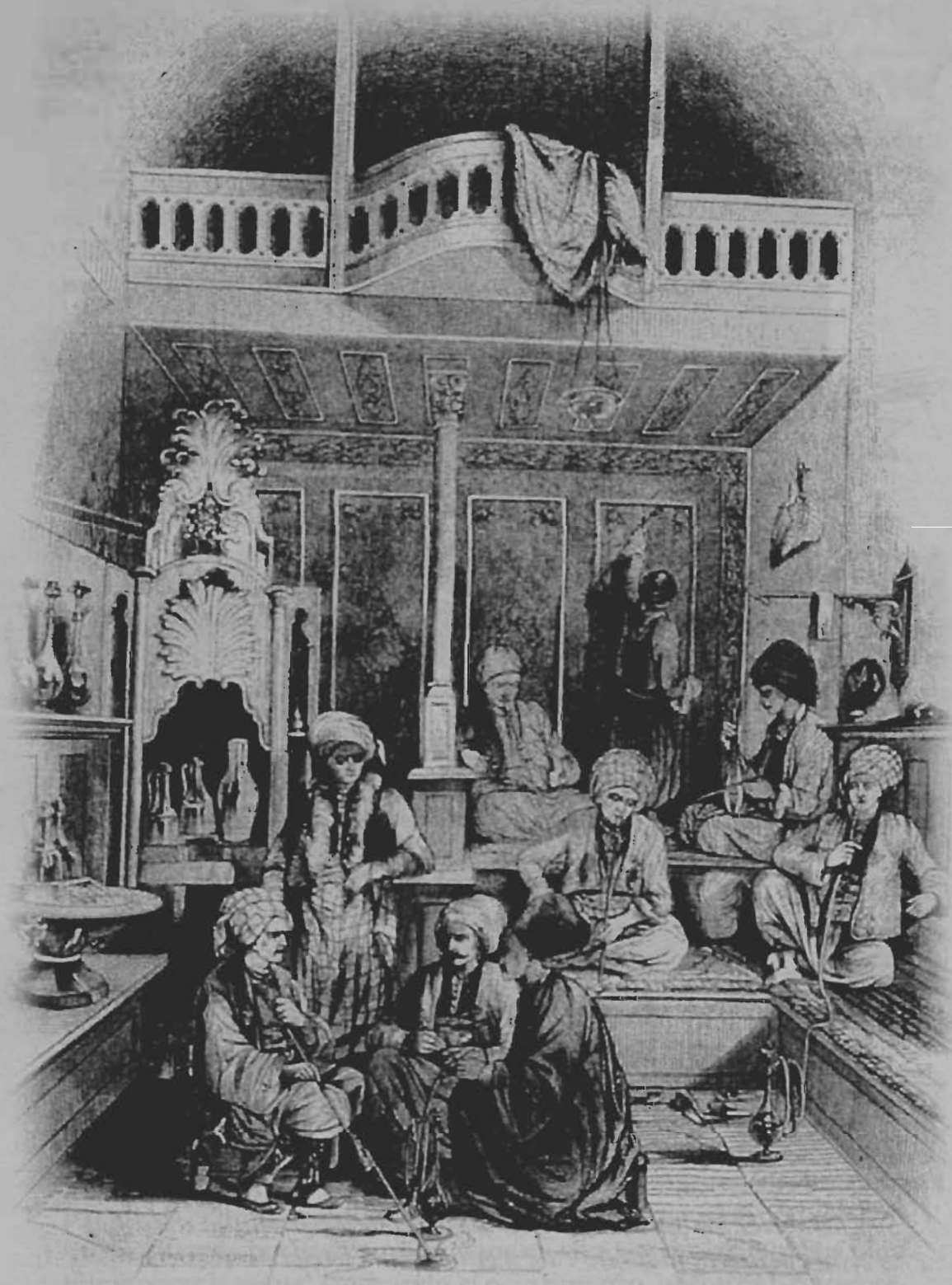
<i>Invitación a una taza de café...</i>	13
I. LOS CAFÉS LITERARIOS EN EUROPA	17
El ambiente de los Cafés europeos	18
Los primeros Cafés en Francia	18
Los Cafés Literarios en Italia	20
Los Cafés Literarios en España	23
Los Cafés Literarios en Escandinavia	27
Otros Cafés en Europa	32
II. LOS CAFÉS LITERARIOS DE AMÉRICA LATINA	37
Los Cafés Literarios en México	37
Los Cafés Centroamericanos	39
Los Cafés y Bares literarios de Cuba	40
Los Cafés de Santo Domingo	41
Los Cafés Literarios de Puerto Rico	42
Los Cafés Literarios de Colombia	43
Los Cafés Literarios de Ecuador	45
Los Cafés Literarios de Perú	45
Las Confiterías de Argentina	46
Café Tortoni de Buenos Aires	51
Confitería El Molino	52
Confitería Las Violetas	54
Confitería Ideal	55
Las viejas Confiterías porteñas se van	56
Los Cafés y Confiterías de Uruguay	58
Los Cafés de Brasil	60
El Café Colombo de Río de Janeiro	61
III. LOS PRIMEROS CAFÉS EN CHILE	67
Los Cafés Coloniales del siglo XVIII	67
Un Café Republicano	68
El Café Serio del Comercio	68
El Café de Dinator	68
Un Café Danzante: el de Rengifo y Melgarejo	68
El Café de la Nación	69
Los Cafés Cantantes: El Café de la Baranda	70

IV. LOS CAFÉS ROMÁNTICOS	73
El Café del Hotel Inglés	73
El Café del Hotel Central	74
El Café de la Bolsa	74
El Café de Hinternof	74
El Café de Papa Gage	75
El Café Torre Eiffel.....	76
V. TIEMPO DE CAFÉ Y TERTULIAS	79
Rubén Darío en los Cafés de Santiago	79
Pedro Balmaceda Toro en los Cafés bohemios	81
Las tertulias literarias	84
La tertulias literarias de Peñalolén	85
Otras tertulias ilustres	86
VI. LAS VELADAS DEL CLUB DE LA UNIÓN	89
El Café del Club de la Unión	89
Escritores en el Club de la Unión	92
VII. LA CONFITERÍA TORRES	97
La Confitería Torres en el Palacio Iñíguez	98
Joaquín Edwards Bello en la Confitería Torres	101
Las veladas líricas de la Confitería Torres	103
Rayén Quitral canta en el Torres	105
Perico Vergara, una leyenda de la Confitería Torres	109
VIII. LOS PRIMEROS CAFÉS DEL SIGLO XX	113
El Tea Room del Gath y Chaves	113
El mítico Café del Hotel Crillón	117
Bohemia en posadas históricas	120
El Naturista	121
El Café Miraflores	122
El Café Iris	125
El Café Lucerna	127
El Café Tívoli	127
El Café Santos	128
IX. LOS CAFÉS DE LOS AÑOS CINCUENTA	131
El Café Haití	132
Confitería La Novia	132
El Salón de Té "Goyescas"	134
El Café Colonia	135

El Café Paula	137
El Café Villarreal	137
El Café Coppelia	138
X. CAFÉS Y BARES LITERARIOS EN LA PROVINCIA	141
Cafés en el Norte de Chile	141
Los Cafés Literarios de Valparaíso	141
El Café Ramis Clar	142
El Café Vienés	144
El Café Riquet	146
Cafés del querer antepasado	149
Nuevos Cafés del viejo Valparaíso	150
Cafés de Viña del Mar	152
Los viejos bares marineros del puerto	156
El Bar Roland	157
Restaurantes y cafetines del puerto	158
Cafés Literarios del Sur	159
Cafés Literarios de Concepción	159
El Café Palet de Concepción	160
Restaurantes literarios de Concepción	162
El Café del Hotel Continental de Temuco	163
El Café Cantina del Hotel Terras	164
La Confitería Central de Temuco	164
El Centro Árabe de Lautaro	165
Los Cafés australes de Valdivia	166
El Café Hoeffelmaier de Osorno	167
El Café Victoria de Osorno	167
El Café Central de Puerto Montt	167
El Café de estilo alemán del lago Llanquihue	168
El Café Frau Holle	169
El Café Salzburgo de Frutillar	169
Café Haase de Puerto Octay	169
Café Ricer de Coyhaique	171
XI. RESTAURANTES, BARES Y CAFÉS LITERARIOS	
DE SANTIAGO	173
El Restaurant La Bahía	173
La Peña de Medel	174
El Pimpilimpausha	175
Un almacén literario	175
La vida bohemia de los años sesenta	176
El cineasta Raúl Ruiz en El Parrón	177

El Café Sao Paulo	177
El Café Cantina de la Sociedad de Escritores	178
El Café de Miguel Arteche	179
El Café Concert	179
La Fuente de Soda Il Bosco	180
Los Cafés universitarios	181
El Quitapenas	182
Bar La Unión Chica	183
XII. LOS CAFÉS LITERARIOS EN LA MODERNIDAD	189
Centenario de la Confitería Torres	189
José Donoso y los Cafés santiaguinos	194
El Café de la Pérgola de la Plaza del Mulato Gil de Castro ...	195
Café del Biógrafo	196
Café Las Lanzas	198
XIII. LOS CAFÉS LITERARIOS EN EL CAMBIO DE SIGLO	201
El Café Tavelli de Providencia	203
El Café Flaubert	206
Los bohemios de siempre	207
Los Cafés de la era virtual	209
El Café Cory	210
El Café Geraldine	212
El Café de Antaño	212
La Orquesta de Cristal	212
Cafés recientes	213
El Café Literario del Parque Balmaceda	214
Los Cafés del futuro	214
<i>Bibliografía</i>	217





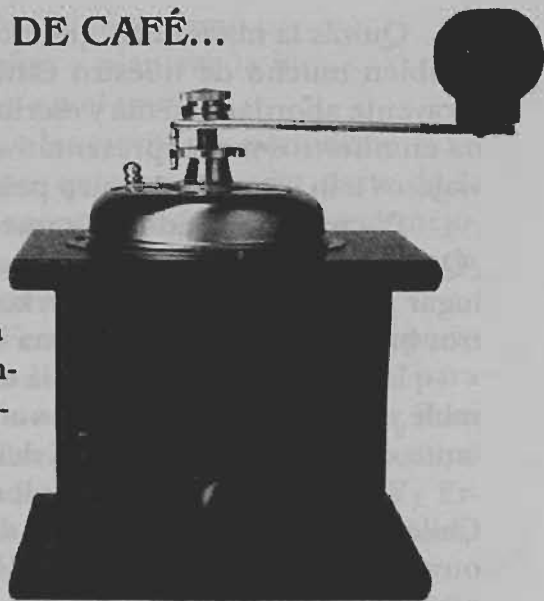
Café de Estambul. Primeros espacios mágicos para la conversación en torno al café turco. Camille Rogier. Siglo XIX.



Gabriel Matthieu de Clieu a bordo del barco que trajo la primera mata de café a América, a la isla Martinica.

INVITACIÓN A UNA TAZA DE CAFÉ...

La idea de escribir un libro en torno a los Cafés Literarios en Chile surgió después de la visita a nuestro país del investigador francés Gérard-Georges Lemaire, especialista en cafés históricos y curador de una exposición de fotografías y documentos sobre este tema, llevada a cabo en el Instituto Cultural de Las Condes en agosto de 1998, bajo el título "Los Bohemios de Siempre".



Ante la inminente llegada del experto surgió la temida pregunta: ¿Existen los cafés literarios en Chile? Sabíamos que el autor venía de Buenos Aires en donde había exhibido diversos cuadros sobre el tema y dictado conferencias sobre la influencia que los cafés literarios han tenido en la creación de revistas y movimientos culturales.

Intuíamos que en Argentina la muestra había tenido gran resonancia por la cantidad de elegantes confiterías de estilo parisino y británico en donde se han reunido desde siempre los escritores porteños a lo largo de la historia del país.

Pero ¿en Chile? ¿Confiterías históricas?

Inmediatamente nos pusimos a investigar.

A primera vista, parecía que el tema no tenía gran desarrollo. No había cafés literarios propiamente tales, sino bares bohemios y restaurantes... Nuestros escritores han preferido reunirse también en la intimidad de las casas... cuando han decidido reunirse.

Hemos sido poco conversadores, más bien parcos. Nos hemos resguardado a escribir en nuestros escritorios, sin mostrar nuestras reflexiones a nuestros pares. Nos ha faltado departir. Y quizás en esta característica intimista aflore un poco algo de nuestra idiosincrasia nacional... Porque a diferencia de españoles y argentinos que se han inclinado más por las conversaciones a viva voz en las terrazas para mirar pasar la gente, cultivando el ocio literario, nosotros hemos preferido estar a solas con nuestros libros o sentarnos no fuera, sino dentro de un café... a mirar a través de la vitrina o tras los visillos para que nadie nos vea. Es el arte de mirar... sin ser vistos.

Quizás la manera en que nos comportamos en un café revela también mucho de nuestro carácter. Por eso es que nos pareció atrayente abordar el tema y escribir estas crónicas de la vida cotidiana en nuestros más representativos cafés de escritores, soñadores y viajeros a lo largo de nuestro país y de nuestra historia.

¿Y cuáles han sido las características de estos cafés en Chile? ¿Quiénes han acudido allí? ¿Y de qué han conversado? Porque sin lugar a dudas, nuestras cafeterías, salones de té y sobre todo nuestros bares de artistas tienen una historia poética que contar...

En estos lugares míticos, la taza de café se ha mantenido inalterable y humeante a través de los años, pero ha cambiado el contexto, tanto de los comensales como del decorado.

Y es que hoy día son otros los códigos. Los cafés han variado en Chile. Ya no existen para largas discusiones literarias. Su historia es otra. Han cambiado de función. Hoy están allí para beber un café de pie y a prisa, entre negocios y compras. Pareciera que ya no existiera el tiempo para las palabras...

Por eso, para explicar estos cambios es que existe este libro. Para intentar describir nuestros cafés, desde aquellos ruidosos y llenos de humo en donde se conversaba de literatura y filosofía alrededor de una mesa atiborrada de libros, hasta los modernos y asépticos cafés virtuales donde conversamos un café con sacarina en lenguaje cibernético con un amigo de otro hemisferio a través del teclado de un computador...

Y siempre, junto a la comunicación, la taza de café inicial que suaviza, entibia y endulza...

El café de las reuniones de trabajo, el *capuchino* que tomamos para iniciar una conversación íntima, dejando fluir las confidencias y los deseos... disfrutando el minuto que viene, dejando liberada la mente, al arbitrio de los pensamientos.

La historia de nuestro país y el espíritu de sus habitantes están reflejados en estos espacios para la convivencia y la recreación. Por eso es que nuestros poetas han acudido a estos recintos a observar, discutir, conversar, escribir e incluso leer.

El libro se complementa con capítulos iniciales referidos a los



cafés literarios en Europa y América Latina, como una base para extrapolar el tema hacia otros países y plantear la inquietud de conocer mejor otros cafés literarios en el mundo.

Este libro gustará, esperamos, a los escritores, periodistas, poetas, artistas y también a aquellos que quieran recordar parte de la vida personal. Porque nuestros encuentros íntimos, nuestras mejores conversaciones o el mágico momento de la creación literaria siempre han transcurrido alrededor de una taza de café.

Agradezco especialmente a Fernando Moya, de la Corporación Cultural de Las Condes, por haberme dado la idea inicial para escribir este libro; a Julia Toro, Leonora Vicuña, Edith Phillips, Sara Vial, Miguel de Loyola, Alfonso Palacios y Guillermo Palma por habernos facilitado gentilmente sus fotografías; a Víctor Rojas y Ernesto Guajardo de RIL editores por las informaciones proporcionadas y a Cristián Silva por el excelente diseño de la portada.

Esperamos que este libro contribuya al conocimiento y difusión de los cafés literarios concebidos como espacios para la comunicación humana.

Manuel Peña Muñoz





*Café de Flore de Paris,
lugar de reunión de los existencialistas franceses.*

I. LOS CAFÉS LITERARIOS EN EUROPA

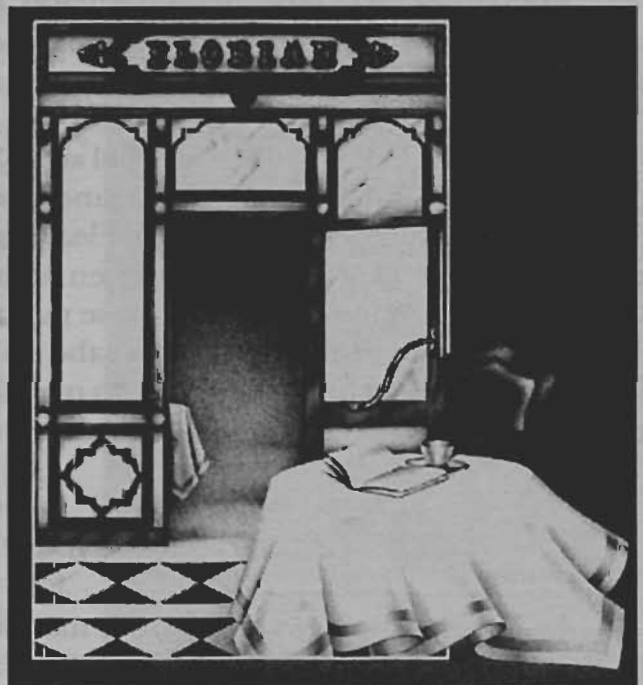
El ser humano se define por su capacidad para la vida social. Desde siempre ha necesitado espacios para relacionarse y conocerse. Para departir y compartir ha tenido la fogata, la tertulia, el salón. La cultura occidental ha impuesto el café como lugar de citas y encuentros para la vida amorosa y literaria, desde el mítico Café Florian de Venecia donde escribió cartas Madame de Sevigné hasta los suntuosos de París donde se dieron cita narradores, filósofos y poetas.

En Francia, ya en el siglo XVII existían estos lugares cargados de atmósfera, cuando el café llegó de Oriente, de Etiopía, de un lugar llamado Kaffa, que le dio en el siglo IX el nombre a esta exquisita bebida.

El origen del café se remonta a ese tiempo, cuando un pastor del norte de África se encontraba pastando sus ovejas y de pronto advirtió que el rebaño estaba considerablemente excitado cada vez que regresaba de ciertas planicies. Observó el comportamiento de sus cabras y ovejas, y descubrió que ese cambio de conducta se producía cada vez que comían los frutos de una planta que crecía en aquellos parajes. Fue así que nació el café, cuando los pastores comprobaron que aquellas semillas daban energía, quitaban el sueño y eran un considerable estimulante.

El café se extendió por todo el mundo árabe, abriéndose la primera cafetería en 1554 en Turquía, concebida ya en ese entonces como un sitio íntimo para conversar de temas literarios, artísticos, humanos y políticos. La tradición se arraigó en todo el país

*Una mesita con una
taza de café
y un buen libro para
leer en el mítico
Florian de Venecia.*



con hermosos lugares para tomar el “café turco” sobre grandes bandejas de cobre labrado.

En Estambul se conserva intacto el Café del Pera Palace Hotel, con su precioso mobiliario de ratán, sus baldosas blancas y negras simulando un gigantesco ajedrez y sus ventiladores de aspas, en donde Agatha Christie escribió *Asesinato en el Orient Express*.

El ambiente de los Cafés europeos

Visitar hoy los grandes cafés de Europa es conocer los escenarios donde tuvieron lugar encuentros notables entre artistas e intelectuales. Bajo lámparas de globos de vidrio, reflejados en enormes espejos biselados, hombres de barba larga, empedernidos fumadores de pipa, conversaron a media voz, escribieron apuntes o dibujaron bocetos sobre mesitas de cubierta de mármol o discutieron, hojas en mano, una escena teatral o un simple poema.

Aquí –no en los escritorios ni en las bibliotecas– se tejieron las grandes tramas del teatro romántico europeo. Hombres anodinos, rostros que nadie conocía, acaso confundidos con otros rostros de mayor tono social, soñaban o imaginaban temas y argumentos para un cuento o una novela. Eran los grandes artistas del Romanticismo que acudían a tal o cual mesa, siempre la misma, pidiendo una taza de café o un jarro de cerveza. Allí estaban escribiendo tardes enteras, teniendo frente a sus ojos el gran teatro social.

Esa señora de sombrero emplumado, ese caballero que se atusa el bigote o esa pareja de enamorados que conversa en medio del tintineo de las cucharillas del café, pudieron servir muy bien de figura de inspiración para un drama o una comedia...

Por eso, aquellos viejos Cafés del siglo XIX, conservan en Europa todo su esplendor y su clase. Algunos, con los asientos de cuero desportillado, con desvaídos terciopelos o con la discreta penumbra de las lámparas de pergamino, tienen todavía algo para recordar. Otros, cuidadosamente restaurados, se mantienen con una dignidad orgullosa porque ya toda la ciudad sabe quiénes se han sentado en sus mesitas y qué es lo que han escrito oyendo los vales de la orquesta o el chirriar arrítmico de una puerta giratoria.

Los primeros Cafés en Francia

Le Procope fue uno de los cafés más famosos de París y uno de los primeros en el mundo occidental. Fundado en 1675 este históri-



co café vio pasar a Molière, Perrault, Voltaire, Rousseau y Diderot, entre muchos otros. Más tarde, en la época romántica, pasarían por allí Victor Hugo, Teófilo Gautier, Alejandro Dumas, Georges Sand, Frédéric Chopin y Paul Verlaine.

El mágico Café de la Paix es característico del París del Barón Haussmann con sus cristalerías abiertas al Teatro de la Ópera.

Por allí han deambulado artistas y escritores notables. Allí mismo, en el Boulevard de los Italianos, hay también otros hermosos y vetustos cafés donde se ha desarrollado la vida intelectual y bohemia del viejo París, entre ellos el Café de la Ville, luego Le Napolitaine, donde bebieron café Monet, Toulouse Lautrec y Sarah Bernhardt.

Otro café emblemático de París ha sido el Café Riche frecuentado por Flaubert, los hermanos Goncourt, Guy de Maupassant y el músico Offenbach, el autor de la "Alegría Parisien". En este ambiente apto para la convivencia y la camaradería, Charles Baudelaire miraba pasar a los transeúntes desde la terraza de un café en tanto que Cocteau dibujaba más tarde sobre los manteles de una mesita al aire libre, mientras discurría sobre su próximo libro.

La Coupole ha sido también un café mítico junto al Café Flore y al Café Les Deux Magots, situados ambos en el acogedor ambiente del Boulevard Saint Germain.



A partir de los años 20, el movimiento surrealista encabezado por André Breton se desarrolla en París en los cafés, principalmente en el Café de la Place Blanche o en el Café de la Côte d'Or, más cerca del Sena. Por aquí pasaron en el siglo XX, Jean Paul Sartre, Ernest Hemingway, Albert Camus y Pablo Picasso y tantos otros que hicieron de estos cafés verdaderas instituciones literarias para el intercambio de ideas.

Hoy día en Francia ha habido una vuelta al café literario, quizás en un deseo de recuperar esa necesidad de conversar que posee el ser humano, especialmente en una época en que las personas están menos relacionadas humanamente. Es por eso que en París han aparecido los cafés filosóficos para reunirse a conversar de temas profundos que atañen al hombre.

Es que desde muy antiguo los cafés han tenido parte importante en la vida literaria y se han constituido como puntos claves para afianzar escuelas, estilos y movimientos artísticos.

Los Cafés Literarios en Italia

Italia también ha tenido cafés maravillosos. El Antiguo Café Greco de Roma permanece incólume en la calle Condotti desde el siglo XVIII. Goethe lo frecuentó en sus viajes por Italia y lo recomendó siempre a los poetas germanos amantes del arte latino. Por el Café Greco pasaron escultores, pintores, literatos y políticos a lo largo de tres siglos de la historia de Roma. Monarcas como Ludwig I de

Baviera hicieron del Café Greco un lugar de recreo cultural en su paso por la vieja ciudad. Igualmente fue frecuentado por poetas como Charles Baudelaire; pintores como Corot y Vernet; músicos como Rossini, Berlioz, Bizet, Liszt, Wagner o Mendelssohn.

En la Plaza de San Marcos de Venecia hay unos bellísimos con espejos dorados y cornucopias barrocas como el Café Quadri por donde pasaron Marcel Proust y Gustave Mahler. Allí está también el



El Café Florian de Venecia.



El Café Greco de Roma pintado por Ludwig Passini.

viejo Café Florian con sus viejos toldos de franjas verdes y rojas. Sobre el estrado, los músicos interpretan selecciones de melodías famosas, trozos orquestales, operetas de Franz Lehar... Una dama bebe una taza de café mientras escucha la música y pasea su vista por el reloj astral, la antigua campana milenaria y el león alado sobre fondo de estrellas.

Son hermosas las fachadas y la gradación cromática de torres, cúpulas y portales. Aquí, en este Café legendario se dieron cita los escritores románticos para evocar a Giacomo Casanova, ese mítico personaje que, cuando se escapó de la famosa prisión Piombi de Venecia, acudió por última vez al Florian a tomarse su última taza de café antes de huir de la ciudad.

El Café fue inaugurado en 1720 con el nombre de "Venezia Trionfante" y desde entonces ha sido punto de reunión de poetas y enamorados, que desde siempre se han citado en el Florian, llamado así en recuerdo del primer propietario que fue Floriano Francesconi.

Muy dieciochesco, con espejos y molduras al pan de oro, el Café fue escenario de personajes elegantes, tanto en su interior lujosamente decorado, como en las terrazas con mesitas de mármol sanguíneo traído de Carrara.

Madame de Staël solía escribir aquí sus cartas, en tanto que el pintor Francesco Guardi trazaba aquí sus bocetos para sus pinturas en aquel tiempo en que los cafés eran la atmósfera cultural necesaria para hilvanar ideas y compartirlas entre los iguales.

¿Y qué decir de Marcel Proust? El Café Florian fue su entrañable refugio en aquel mundo finisecular. Aquella intimidad entre humos de cigarro y pipa lo favorecía con la inspiración. Era una manera artística de vivir, cuando la musa acudía –no a la penumbra de la habitación empapelada– sino al bullicio del café que era como un laboratorio de la creación.

Lord Byron escribió en este café y también Henry James que tomaba aquí helados de menta... Sentado en una de las mesitas, escuchando tocar selecciones de operetas famosas, Thomas Mann escribió páginas de *Muerte en Venecia*.

Allí se reflejan, en el azogue de un espejo empañado, los rostros de los queridos fantasmas literarios que estuvieron aquí más de alguna vez: Chateaubriand, Charles Dickens, Hermann Melville, Richard Wagner, Alfred de Musset, Igor Stravinski... Gustave Mahler... y por supuesto, en los últimos años, el director de cine Luchino Visconti junto a sus actores favoritos: Dick Bogarde... Silvana Mangano...



Tradicional publicidad del Caffé Espresso italiano de V. Ceccauti, hacia fines del siglo XIX.

Los Cafés Literarios en España

España ha tenido también sus cafés que han pasado a formar parte de la cultura hispánica. En el café español se bebe, se conversa, se escriben cartas, se juega dominó, se leen libros, se habla de películas, de música, de teatro y de literatura. Se está sentado hasta muy tarde con los amigos, bebiendo una copa de cognac "Napoleón", hablando y fumando. El café español es el lugar de las confidencias, el sitio ideal para pasar una tarde. Es casi una segunda casa o un segundo trabajo.

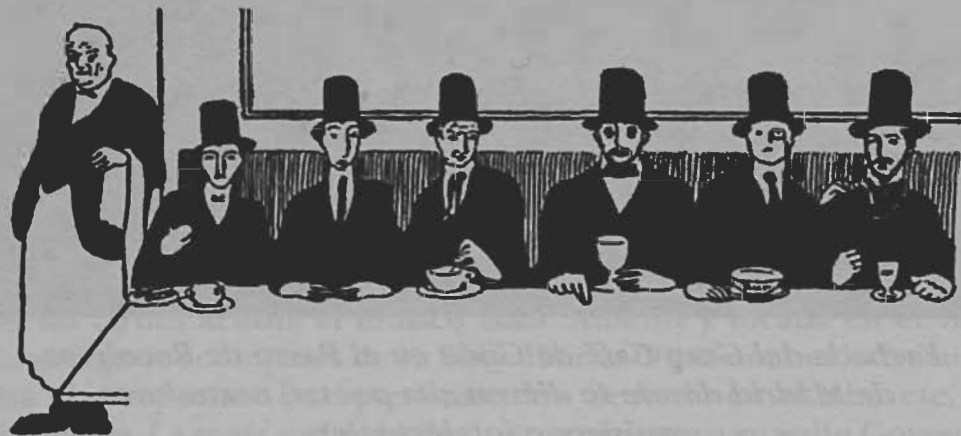
El café está tan incorporado a la cultura hispánica que el escritor Ramón y Cajal llegó a decir que donde se sentía verdaderamente español era en un café.

La vida hispana transcurre apacible en estos lugares cargados de atmósfera. Y ello porque el español tiene tiempo para sentarse en las terrazas a ver pasar la gente o a estar adentro conversando de toros, libros, teatro y política.

Tan entreverado está el café con la vida diaria española que el escritor español Camilo José Cela, Premio Nobel de Literatura, escribe precisamente su novela *La colmena*, en la que capta un trozo de la vida de España con la sola descripción de los personajes que pululan en un café.

En el siglo XIX existió el Café del Vapor, uno de los más antiguos, donde el compositor Federico Chueca interpretaba al piano pasacalles, polcas, habaneras y cuplés, convirtiéndose en un personaje muy popular de ese tiempo.

Al viejo café romántico acuden a escucharlo, como motivo de inspiración para sainetes, el escritor Ricardo de la Vega, autor de la zarzuela "La Verbena de la Paloma" y los músicos Joaquín Valverde



y Francisco Asenjo Barbieri. Era la época de los organillos, de los cafés, del Anís de Chinchón y de las pianolas.

Al Café Suizo acudía Gustavo Adolfo Bécquer a escribir rimas mientras tomaba un chocolate con churros. Al Café Iberia iba Benito Pérez Galdós, en tanto que al Café de Madrid de la Puerta del Sol madrileña acudían asiduamente Pío Baroja, Ramiro de Maeztu y Azorín, manteniendo una tertulia permanente para charlas de poesía, filosofía, teatro y libros.

Otro café importante en Madrid fue el Nuevo Café de Levante de la calle del Arenal donde iban a la tertulia Valle Inclán, los pintores Zuloaga, Solana, Julio Romero de Torres, los hermanos Antonio y Manuel Machado, Pío Baroja, Amado Nervo, Rubén Darío y la chilena Teresa Wilms Montt, inspiratriz de Valle Inclán y modelo de Julio Romero de Torres (su única modelo rubia).

Frente a la Cibeles madrileña existía la tertulia de la Cervecería Lyon de Correos frecuentada por Antonio Espina, Arturo Soria y José Bergamín, entre otros. Famosa fue también la Tertulia de la Revista de Occidente regida por Ortega y Gasset y la del Pombo dirigida bajo la tutela de Ramón Gómez de la Serna.

Un café literario representativo ha sido el Gijón de Madrid, considerado como uno de los más célebres puntos de reunión de intelectuales y dramaturgos en el siglo XIX y XX.



Fachada del Gran Café de Gijón en el Paseo de Recoletos de Madrid donde se dieron cita poetas, narradores, músicos e intelectuales.



Fundado en 1888 en el Paseo de Recoletos, el Café Gijón ha sido importante punto de reunión de poetas y escritores. Aquí han estado Benito Pérez Galdós, Valle Inclán y Federico García Lorca bebiendo una horchata de chufas fría en la terraza, con su amigo, el torero Ignacio Sánchez Mejías. También han estado el poeta Rafael Alberti, el pintor José Caballero, el poeta Gerardo Diego y el dramaturgo Enrique Jarciel Poncela.

Aquí surgieron destacadas revistas de poesía, se hizo crítica literaria y se discutió de política. Se cuenta incluso que en el Gijón estuvo un día de incógnito Mata Hari bebiendo un *Peepermint fra-pée* y fumando cigarrillos egipcios...

Muchos artistas han frecuentado el Gijón a través de más de un siglo. Allí han estado Ava Gardner, Marilyn Monroe, Orson Welles acompañado por su amigo Joseph Cotten, George Sanders, Gabriel Marcel, Jean Paul Sartre, Salvador Dalí, Luis Buñuel y en los últimos años, el compositor Waldo de los Ríos y el escritor Francisco Umbral, entre una pléyade de pintores, músicos y poetas.

Barcelona ha tenido cafés bellísimos y conservados intactos hasta el día de hoy como Els Quatre Gats a donde acudieron a beber un café la actriz Eleonora Duse junto a su cortejo de admiradores; los hermanos Álvarez Quintero, el escritor Eugenio d'Ors, el poeta Rubén Darío, el tenor Henri Angel y el pintor Pablo Picasso. Por las tardes acudía el músico Isaac Albéniz y tocaba en el viejo piano algunos compases de su Suite Iberia. Otras noches lo frecuentaba el compositor Enrique Granados. Sentado en el taburete, interpretaba *La maja y el ruiseñor*, perteneciente a su suite Goyescas.

4CATS



MENESTRA

*Menú de 'Els 4 Gats' de Barcelona,
dibujado por Pablo Picasso (1881-1973).*

Gran encanto del pasado tienen los cafés de las ramblas barcelonesas: el Café de las Siete Puertas y el Café de la Ópera frecuentados por el público asiduo al Liceo Catalán donde han cantado los grandes líricos.

Todos estos cafés han sido elegantes y suntuosos con la huella pretérita del Modernismo Catalán.

En Salamanca destaca el Café Novelty en la Plaza Mayor donde acudían Miguel de Unamuno y otros intelectuales, escritores y artistas. Este café se conserva intacto hasta el día de hoy con la huella del tiempo pasado.

Los cafés españoles dieron la pauta para que, al otro lado del océano, se crearan también los salones de té, bares, cafés y cantinas para practicar el arte de la conversación, leer el diario o escribir cartas, con toda tranquilidad al amparo de la tarde y aun de la noche...

Los Cafés Literarios en Escandinavia

Una de las características de los cafés de prestigio en Escandinavia es que se encuentran junto a los grandes hoteles. Los cafés de clase son los cafés de los hoteles de clase. En Oslo, el Hotel Bristol, de cierta elegancia refinada, tiene un salón de té con gran empaque.

Frente al Teatro, se encuentra el Café del Hotel Continental. Es el Theatre Café al cual se ingresa solamente si se tiene una mesa reservada con suficiente anticipación. Es el lugar de reunión de la gente de teatro de Noruega. En las paredes, tapizadas de retratos autografiados, se reconocen las grandes figuras del drama escandinavo... y del cine. Aquel... ¿no es el retrato firmado de Greta Garbo? Y aquella mujer, sencillamente elegante, sin maquillaje alguno, vestida de negro que conversa con un hombre de traje oscuro y gafas doradas... ¿no es Liv Ullman, la actriz oriunda de Bergen que trabaja con Ingmar Bergman?

Antes, cincuenta años atrás, los artistas de Oslo se daban cita en el Restaurant Blom, donde cada figura destacada tenía su propio escudo. Este fue en los años 30 y aún después de la Guerra, el lugar de reunión, el sitio de vanguardia, de los contratos descabellados y de las intrigas amorosas, editoriales y artísticas.

Pero es el Grand Café de Oslo el verdaderamente tradicional, el gran café de prestigio en la ciudad... el más antiguo también, con la fachada impecable como en los viejos tiempos de los tranvías y de



los carruajes de los que descendían, envueltos en pieles, los pasajeros del Grand Hotel.

¿Entremos?

La amabilidad nórdica nos acoge en la forma de dos porteros impecablemente vestidos de azul que nos reciben los abrigos al otro lado de la puerta giratoria. A mano derecha, está el *lobby* del hotel. A mano izquierda, la puerta de entrada al Grand Café.

Bullicio de copas y tazas de té. Camareros discretos que avanzan sigilosos sobre las mullidas alfombras.

Allí hay una mesa desocupada, junto a la ventana, lugar ideal para ver pasar los transeúntes de la *Carl Johans Gate*, enfundados en sus abrigos de castor jaspeados de nieve y para apreciar el movimiento sutil del interior, el ir y venir de los clientes y los gestos cansados, impertérritos, de los músicos que ahora atacan los compases de una opereta vienesa.

La carta, cuidadosamente impresa en cartulina de lujo, ofrece una lista de buenos vinos, aperitivos, carnes, postres y pescados del Mar Báltico. La especialidad es el buen salmón... y el caviar rosado.

Aquí hay un plato sugestivo: *Ibsen lille drom*. Es un plato frío, tradicional de Noruega, que Henrik Ibsen solía tomar en esta mesa. A base de pescado ahumado, arenque en escabeche, pepinillos, huevo duro, salsa holandesa y un trébol de perejil, no sabe mal este plato acompañado de un vaso de vino rosé. Ibsen lo prefería con cerveza. Acababa de dejar su sombrero hongo y su bastón en el perchero de pie del vestíbulo para sentarse aquí a escri-

bir su *Hedda Gabler* o para imaginar parlamentos y la actitud desenfadada y sorprendentemente revolucionaria de la Nora de *Casa de muñecas*. A tal punto fue el escándalo de su obra teatral que en las tarjetas de invitación a las cenas de gala, se escribía debajo, en letra cursiva: *Se prohíbe hablar de Nora*.

En ese entonces, Oslo no se llamaba así, sino Cristianía. Es el año 1867, la fecha del estreno de *Peer Gynt*. Es el triunfo del realismo en la escena escandinava. Luego vendrá *Espectros* en 1881, después de una serie de estrenos espectaculares en los que se ponía en solfa la hipocresía social de la burguesía noruega.

Aquí, a este mismo café vino también un contemporáneo de Ibsen: Bjørnstjerne Bjørnson (1832-1910) que tuvo una destacada participación en el teatro naturalista de su tiempo, exaltador del individualismo y de las fuerzas del yo. En estas mismas mesas de mármol sanguíneo escribió algunos poemas y páginas de inspiración cristiana que luego, puliéndolas, publicó bajo la forma de cuentos y novelas. Aquí también compuso la letra del himno nacional que todavía hoy se canta en Noruega...

¿No estuvo también aquí Knut Hamsun? El autor de *Bendición de la Tierra* fue un apasionado naturalista que supo describir el ambiente de las calles frías de la capital de Noruega y la vida interior atormentada de sus habitantes. "El pobre inteligente es un observador mucho más fino que el rico inteligente" escribió una tarde cualquiera sentado en la penumbra de este viejo café.



Pero lo más hermoso, lo más importante de este Café son los grandes murales pintados en 1932 por Per Krogh. Nacido en 1889, Per Krogh, famoso por sus frescos de grandes dimensiones que pinta en el Hospital de Oslo, en la Biblioteca de la Universidad, en la Gran Sala del Nuevo Campus Universitario y en el Teatro de Oslo, es contratado para que pinte las paredes con motivos alusivos a la historia del Café... a través de la cual, se puede ver claramente la historia de Oslo.



Ambiente del Grand Café de Oslo a fines del siglo XIX con las principales figuras del mundo intelectual y artístico de la época. Fresco pintado en los muros del café por Per Krogh en 1932 y reproducido en el menú. Colección de autor.

Per Krogh sabe que por esas mesas han pasado todos los grandes personajes de la política, del periodismo y del arte de Noruega. Y que bebiendo una copa de cognac se han trazado también los destinos de la ciudad. Entonces, los pinta a todos, uno por uno... y simultáneamente, imaginando un día cualquiera en el que todas las grandes figuras se han dado cita. Allí, en el centro, elegantísima, con mangas abullonadas y guantes de encaje pinta... ¡cómo no!... a su madre, la distinguida Oda Krogh, pintora naturalista, mujer muy particular, de carácter fuerte y dominante, que causó escándalo en Cristianía al divorciarse de su primer marido para casarse con el gran bohemio del grupo "Los Bo-

hemios de Cristianía”. Especie de lo que fue Berthe Morisot para los impresionistas franceses, esta Oda Krogh (1860-1935) fue la gran musa, la retratista inspiradora, la madre genial que inyectó espíritu y vitalidad a una serie de artistas de la época.

Ahí está sentado también, con rostro adusto, su marido... su primer marido: Christian Krogh –padre del pintor– con un vaso en la mesa... es un vaso muy fino que la dirección del Café le ha obsequiado para que use él solo, cada vez que vaya, exclusivamente...

Luego figuran otros personajes importantes: Fritz Thaulow; Hans Jaeger, “el bohemio incorregible de Oslo”; Sigbjørn Obstfelder... Bjørnstjerne Bjørnson, por supuesto... y Henrik Ibsen, claro, en la mejor época del café, alrededor de 1890, entrando a mano izquierda, con su sombrero característico, sus gafas y su barba blanca, dispuesto a sentarse en la mesa fija que tuvo en el Café durante treinta años...

Unas damas elegantes salen con sus sombrillas. Es un día agradable de primavera. Por las ventanas recubiertas de pesados cortinajes se divisa la calle con sus carruajes. Adentro, los caballeros se hunden en los sillones de felpa y piden vasos de agua. Otros bostezan o leen el periódico.

A mano derecha, hay un joven tímido cerca de la ventana. Hacia este lado se sitúa la gente joven. Es Eduard Munch, el gran pintor vanguardista –de corte expresionista– que se hará famoso con el desgarrador cuadro “El grito” y con los murales que pinta en importantes edificios de Oslo, entre ellos, la Sala de la Universidad en donde se entrega el Premio Nobel de la Paz...



Nada ha cambiado desde entonces en el viejo Café. Las mismas lámparas... pareciera que los mismos camareros y el mismo papel mural recargado con dibujos florales de color burdeos.

Ya se hace de noche. Es preciso abandonar el Café, salir a la calle iluminada por el resplandor blanco de la nieve y tomar el pequeño tren de madera que asciende por la montaña en medio de pinos y abetos, al territorio de los *trolls*, de los seres minúsculos e invisibles escondidos en el bosque, al mundo romántico que cantó Eduard Grieg, al viejo hotel de Soria Moria desde donde es posible ver los fiordos a lo lejos, las sombras crepusculares y el parpadeo débil, lejano, de las luces de un viejo café perdido en las calles de la ciudad.

Otros Cafés en Europa

En Suiza hay varios cafés literarios notables. El Café Odeon de Zurich fue refugio de Bertolt Brecht en los aciagos días de la Segunda Guerra Mundial. En este legendario Café escribió sus mejores obras y trabajó con los modernos teatristas en tanto que en las mesitas de cubierta de mármol del Café Voltaire de Zurich, James Joyce concibió y escribió páginas de su colosal novela *Ulises*.



Un café austriaco en Viena, para leer el diario, reflexionar y dejar pasar la mañana, sin prisa.

¡Los viejos cafés de Europa con sus puertas giratorias y sus mesitas de mármol sanguíneo para leer el diario y escribir cartas! Famosos son los de Viena, inmensos como catedrales, llenos de espejos empañados, sillas lógicamente de Viena... y terciopelos gastados por la pátina del tiempo. Café Herrenhoff... Café Hawelka... con sus exquisitas tortas Sacher... Café Dommayer donde Johannes Strauss tocaba valsés...

Cafés de Alemania, en uno de los cuales, Johann Sebastian Bach compone en 1732 la Cantata del Café... Porque como Vivaldi y Beethoven, Bach era adicto a esta milagrosa bebida estimulante para la creación artística a la que le dedica hermosos compases...

Cafés de Berlín, de Munich, de Colonia... perfumados a pan negro y pastelería fina, llenos de espejos y palmas.

Praga tiene sus cafés románticos y envejecidos por la pátina del tiempo en donde Kafka jugaba a las cartas.

Al Café Arco viene a veces en la antigua Pflaster Gasse en donde los artistas judeo-alemanes se reúnen. ¡Qué agradable la atmósfera intelectual del café! La humareda de los cigarrillos ejerce también un efecto sobre el viejo Café Savoy en la esquina de Kozí con Vezenská en donde Kafka viene a ver fascinado en 1910 la compañía judía de teatro de Lemberg. Es aquí en el ambiente de los cafés con música eslava de violín y piano, donde se gestan sus obras y donde acude a conversar de arte y libros con su amigo Max Brod, que más tarde -y pese a la súplica de Kafka, antes de morir, de quemar sus escri-



*Autorretrato de
Franz Kafka,
atormentado
en un Café de Praga,
frente a una
copa de vino.*

tos— publicará toda su obra en bien de la literatura.

¿Y qué decir de la entrañable Lisboa? La mítica, fascinante y poética ciudad tiene el célebre Café A'Brasileira donde acudía Fernando Pessoa a escribir sus versos teñidos de *saudades*. Hoy, una estatua en el café lo inmortaliza, precisamente sentado en una de las mesas de la terraza, con cubierta de mármol, bebiendo una taza de café con un libro en la mano.

El interior de A'Brasileira es hermoso también con su estilo inconfundible. Tiene un largo mesón

de madera con una barra de bronce para apoyar los pies y grandes ventiladores de hélice. Allí han pasado poetas y soñadores que han impregnado las paredes de ilusiones y humo fuerte de tabaco.

El encanto de la vieja Lisboa se infiltra en el alma cuando escuchamos un fado de Amalia Rodríguez y dejamos correr las horas en el Café Martinho da Arcada, el más antiguo de la ciudad, fundado en 1782... Otro café lusitano entrañable es el Café Chiado, también frecuentado por Fernando Pessoa.

En Oporto está el Café Majestic, con profusión de espejos de luna azogada, ángeles dorados, lámparas de pergamino y cómodos sillones con respaldos tallados: un entrañable refugio para soñar, leer y escribir cartas a los nostálgicos y soñadores del papel escrito.

En la actualidad, viajar a Europa y no conocer sus cafés es no haber estado en el viejo continente. Sus cafés son parte de su cultura literaria y de su tradición. En ellos se ha escrito y conversado. Se ha departido y se ha soñado. Se han dado cita poetas y enamorados. Pertenecen a la cultura occidental, proyectando también sus características al otro lado del océano.



Fernando Pessoa.

Dibujo de Julio Pomar, Lisboa.



Café para dos... en una terraza de París: lugar mágico para conversar, dejar fluir las confidencias y leer "Le Monde".



El legendario Tortoni, de Buenos Aires, en la Avenida de Mayo, fundado en 1858, es el Café Literario más emblemático de América Latina. Por sus salones han pasado Federico García Lorca, Luigi Pirandello, Alejandro Casona, Jorge Luis Borges, Alfonsina Storni, Berta Singerman, Manuel Mujica Láinez y tantos otros.

II. LOS CAFÉS LITERARIOS DE AMÉRICA LATINA

Nuestro continente heredó la tradición europea y especialmente española de los cafés para conversar y leer, sin que el mozo nos interrumpa. De hecho, una de las primeras manifestaciones culturales que llega de España a América, es la fonda y posteriormente el café.

La planta misma prospera en las Antillas, en la isla Martinica. Luego pasa a Centroamérica donde se explotan los grandes cafetales de Costa Rica. Luego, el café se expande a todo el continente, abriéndose, como en Europa, las cafeterías para departir y conversar en torno a una taza de café. Es entonces, cuando los intelectuales y poetas latinoamericanos advierten el efecto estimulante de la maravillosa bebida y el poder benéfico que ejerce sobre la comunicación y la creación literaria.

En torno a una taza de café se gestan ideas, revistas poéticas y ediciones de libros. El café va actuando como un poderoso acicate de la imaginación. Es el estímulo del artista y un verdadero afrodisíaco de la actividad poética.

Los cafés literarios prosperan en nuestro continente, como en toda Europa. El escritor acude allí a ver a sus iguales. Y cuando regresa a su hogar, sigue escribiendo junto a la mágica bebida que perfuma el ambiente y da el clima propicio de la creatividad.

Porque en el escritorio de un autor o de una autora, siempre hay junto al cigarrillo, una humeante taza de café...

Los Cafés Literarios en México

En el siglo XIX se fundan los principales cafés de la capital azteca, siendo el Café de la Ópera el de mayor estilo y raigambre literaria en la Ciudad de México. Este Café está situado en la Calle 5 de Mayo, muy cerca del Palacio de Bellas Artes, por lo que es siempre frecuentado por artistas, cantantes, tenores y barítonos.

Su interior es magnífico con hermosos artesonados de yeso dorado y grandes revestimientos de maderas de Chiapas. Tiene una barra de mostrador con estribo para poner los pies y estar allí con un tequila o un café departiendo con los contertulios.

Aquí estuvo el propio Pancho Villa. Así lo atestiguan los actuales mozos enseñando con orgullo el agujero en el techo que dejó una bala disparada por una de sus legendarias pistolas. Por aquí pasaron diversos presidentes de México, entre ellos Miguel Alemán,

Adolfo López Mateos, Porfirio Díaz y su esposa Carmen Rubio. También actores, como Johnny Weismüller, protagonista del mítico Tarzán.

Tanta atmósfera respira este café lleno de lámparas, columnas y espejos, que ha sido utilizado como marco ideal para diversas películas, entre ellas "Los de Abajo", inspirada en la novela de Mariano Azuela. Asimismo el fotógrafo Remington realizó una serie de fotografías artísticas tomadas en el Café.

Una de las características más sobresalientes del Café de la Ópera es que no transmite partidos de fútbol por televisión como ocurre en los cafés al uso. "Se perdería la magia", dicen sus actuales dueños. "Los transmitimos sí, pero por radio. Es otra cosa"...

Otro café interesante de Ciudad de México es el Café Tacuba, situado desde 1912 en una casona colonial del siglo XVII. Por su cercanía al parque donde tradicionalmente se celebra la Feria del Libro, el Café Tacuba ha sido lugar de reunión y convergencia de escritores, filósofos y poetas.

También merece citarse el Café de la Casa de Azulejos, quizás el más emblemático de Ciudad de México por la belleza de su arquitectura y entorno junto al Callejón de la Condesa.

Situado en el antiguo edificio que ocupaban como palacete los Condes del Valle de Orizaba, este Café se destaca por sus hermosos balcones y su decoración en azulejos de tonos azules. Su interior es igualmente asombroso, con un mural titulado "Omnisciencia" representativo de la escuela mexicana, lleno de alegorías en tonos tostados y bermellón, perteneciente al muralista José Clemente Orozco.

Por el Palacio Azul, como también se denomina este bello café azteca, han pasado numerosos escritores, poetas, los duques de Windsor y el Presidente Nixon, entre muchas otras personalidades que han pedido un buen café y lo han acompañado con tostadas melba espolvoreadas con canela...

Durante los años posteriores a la Guerra Civil Española surgieron también en Ciudad de México muchos Cafés para discutir en torno a la vida política de México y España. Fundados por los republicanos exiliados, estos Cafés reunieron a los escritores y poetas tanto mexicanos como españoles que estaban informados de lo que estaba ocurriendo en la España de Franco. Entre los asiduos tertulianos de los Cafés aztecas, estaban el cineasta Luis Buñuel, el poeta Luis Felipe y los escritores mexicanos Juan Rulfo y Carlos Fuentes.

Otros cafés mexicanos de sabor literario han sido el Café del Sur, Veroly, Casa Medina y Café Próspero. En el puerto de Veracruz

se destaca La Parroquia que se caracteriza porque sus contertulios piden repetición del café haciendo tintinear graciosamente la cucharilla en el vaso.

Los Cafés Centroamericanos

En Centroamérica se cultiva el buen café, principalmente en Costa Rica. Muchos autores de este país escribieron novelas y cuentos ambientados en los cafetales, principalmente con una intención social, entre ellos Carmen Lyra, Joaquín Gutiérrez y Carlos Luis Fallas.

En 1928 se funda en la capital, San José, el Café La Perla que pervive hasta nuestros días y que ha congregado en su interior a numerosos escritores y teatristas. También tiene prestigio literario el Café del Teatro Nacional que sorprende al visitante por su decoración de líneas barrocas con hermosos frescos ambientados en los cafetales y plantaciones de bananas.

Un Café de tradición literaria es el del Hotel Costa Rica, en plena plaza, con una gran terraza bajo los árboles, donde es posible degustar un buen café de grano, al compás de las marimbas, mientras se observa el movimiento callejero de San José y se palpa el pulso de la ciudad.



"Campesinas en la cosecha del café", mural del pintor milanés Alerdo Vila, pintado en 1897, en el interior del Teatro Nacional de Costa Rica. Colección del autor.

En Guatemala destaca el Café Barroco de la Calle de la Concepción en la vetusta Ciudad de Antigua donde se ambientan las páginas finales de la novela *Antigua vida mía* de la escritora chilena Marcela Serrano. Otro café de carácter literario en esta hermosa ciudad es el Café de la Condesa de estilo colonial, bajo la frondosidad de grandes árboles.

En Nicaragua, patria de Rubén Darío, se destaca La Casa del Café en Managua, la capital. Es un antiguo caserón restaurado en cuyo segundo piso es posible degustar una taza de café observando la maravillosa vegetación de plantas tropicales al otro

lado de la hermosa balconada de madera. Aquí han estado, entre otros, Ernesto Cardenal hablando de libros junto a los poetas de Solentiname.

En El Salvador existen varios cafés, entre ellos La Luna, La Ventana y El Punto Literario. Todos ellos de reciente data, porque los sucesivos temblores, terremotos y ciclones han devastado las reliquias arquitectónicas del pasado en Centroamérica.

En su mayoría los cafés del istmo son de la década del 60 y tienen todos el sabor de la revolución y la guerrilla.



Los Cafés y Bares literarios de Cuba

El ambiente de La Habana ha inspirado siempre a escritores y poetas. Desde Ernest Hemingway a Federico García Lorca, los autores literarios que han visitado Cuba se han fascinado con la capital mágica del Caribe hispano.

En el Bar La Floridita de la calle del Obispo, Ernest Hemingway inmortalizó el Daiquirí, ese trago en base a ron, azúcar, cáscara de naranja, limón, gotas de marrasquino y mucho hielo *frappé* para calmar el calor y la sed del trópico.

En la época cuando vivía en la finca El Vigía, en la vecina localidad de San Francisco de Paula, Hemingway siempre acudía a La Habana y departía en el Floridita, hasta tarde, bebiendo junto al actor Spencer Tracy que estaba en la isla para la filmación de la película *El Viejo y el Mar*, basada en la novela del autor.

En el Floridita estuvieron también Gary Cooper, Ava Gardner, Luis Miguel Dominguín, Jean Paul Sartre, los duques de Windsor y por supuesto, la bailarina cubana Alicia Alonso. Cuando en 1954 Hemingway obtuvo el Premio Nobel de Literatura, el Floridita se vistió de fiesta para celebrar el acontecimiento.

Otro bar literario de La Habana es La Bodeguita del Medio, famoso por sus mojitos con hierbabuena. Por aquí han deambulado también los consabidos poetas y músicos de la noche habanera.

Los escritores de visita en La Habana han bebido cervezas frías en los magníficos bares de los hoteles, siendo uno de los más hermosos el Bar y Cantina del Hotel de Inglaterra, donde se puede apreciar una hermosa estatua en bronce que representa a la bailarina española Tórtola Valencia.

Son famosos por la belleza y la suntuosidad de la decoración los Cafés del Hotel Sevilla, Santa Isabel, Ambos Mundos, y el Café del viejo Hotel de París en la calle del Obispo.

Otro café clásico de La Habana Vieja es el O'Reilly que antes fue Camisería La Princesita. Su dueño servía cafés a los clientes mientras éstos se tomaban las medidas o aguardaban la prenda. Posteriormente, desapareció la confección de camisas y quedó la vieja costumbre de tomar el café. Hoy es posible tomarlo arriba, en el segundo piso, admirando una hermosa vista de las casas bañadas por la cálida luz de La Habana, mientras escuchamos la música en vivo de un viejo danzón.

Otros cafés de solera son La Lluvia de Oro en la calle del Obispo y El Patio, lleno de rumor de árboles y pájaros, en el interior de un antiguo palacio en la Plaza de la Catedral...

Los Cafés de Santo Domingo

En Santo Domingo, capital de República Dominicana, hay algunos cafés tradicionales en la calle El Conde en donde los dominicanos se reúnen a media mañana a tomarse un *tinto* y a leer *El Listín*, el periódico del día.

Famoso es el Café Paco con buen café y jugos naturales de fruta: coco, china, chinola, aguacate, mango, piña, guineo, rulo, lechosa, guayaba, granadillo, quenepa y limoncillo.

Un Café clásico es La Cafetera Colonial de la Calle El Conde donde venden el auténtico café dominicano en un ambiente tradicional del Caribe, con sus ventiladores a hélice y los genuinos personajes de la calle. Aquí se reunían los refugiados de la Guerra Civil Española en los años posteriores a 1936.

Junto a La Cafetera Colonial, un Café vende “bebidas psicológicas”, en base a combinación de jugos naturales de frutas y ron:

*Tomándolas con los dedos cruzados
tus deseos serán realizados.*

Aquí van espigados algunos de sus nombres: “Casita de Campo”, “Una milla no es tan lejos”, “Más cerca del Cielo”, “Mañana me iré”, “Por favor”, “Déjalo crecer”, “Fuera de ruta”, “Tendré que pensarlo”, “Sólo por ti”, “Te felicito”.

Los Cafés Literarios de Puerto Rico

En el Viejo San Juan, en la calle de San Justo, se encuentra el Café La Mallorquina, quizás el Café más antiguo de América, puesto que existe desde 1840.

Durante todo el siglo XIX, La Mallorquina reunió a las familias más distinguidas de San Juan. Durante esta época racista y colonial, se dividió el Café y Chocolatería en secciones para la gente blanca y de color. Se escuchaba ópera y se bebía ron Bacardi en la amplia barra de madera, comentando los sucesos locales, mientras afuera pasaban los carruajes y se escuchaba el croar de sapos y grillos.

En 1860 La Mallorquina se amplió a restaurant, pero se mantuvo inalterable la sana costumbre de beber café hasta el día de hoy.

Por La Mallorquina han pasado todos los escritores de Puerto Rico. Y los que han estado de visita en la isla, no han dejado de acudir allí para admirar el vetusto salón con sabor a tiempo, los magníficos espejos, sus grandes ventiladores de aspas, los ja-

YAUCO SELECTO
Café Gourmet de Puerto Rico



DELATSE CUNTA LETENDA PRICUDA UTRA VEZ

INDULGE IN A CHERRISH LEGENDS WAIN

RENDEZ-VEC DRY DELA ULLA-ANDRES

GOMES DE SOU WILMA EINE LEGENDME DEINAPOSE



100% Arabica
100% Natural
100% Pure
100% Coffee
100% Quality
100% Taste

rrones de porcelana checa y la decoración que simula un viejo palacio andaluz, en medio de palmas y helechos del trópico.

Otros cafés clásicos del Viejo San Juan son La Bombonera, el Café Bohemio, el Café Berlín de la Plaza Colón y el Café del Bar de la Casa España donde aún los viejos españoles juegan al dominó.

Los Cafés Literarios de Colombia

Colombia es país productor de café. Sus hermosas haciendas del siglo XIX están adaptadas actualmente como paradores en donde los huéspedes pueden alojar y de paso, conocer el proceso de la cosecha de los granos y la elaboración del café. Estas hermosas haciendas coloniales están situadas en El Quindío, Caldas, Antioquia y Risaralda donde se encuentran los principales cafetales del país. Muchos de ellos han servido como magníficos escenarios naturales para ambientar películas que tienen de fondo la vida en las plantaciones.

Bogotá, la capital, es por excelencia una ciudad de cafés. El bogotano ama el "tinto", como se denomina el café bien cargado y solo. Los viejos barrios de Bogotá, especialmente La Candelaria, reúnen una importante cantidad de bares, cantinas y cafés con sillas de Viena y espejos, donde los escritores colombianos pueden estar hablando de sus libros y planeando ediciones, bajo un ventilador a hélice, en medio del rumor de pájaros y helechos.

Café bogotano de tradición bohemia, literaria y periodística es La Romana a donde acudían los periodistas del diario *El Tiempo* y los toreros famosos tan aclamados en los redondeles colombianos. También es digno de destacarse el Café La Giralda, de ambiente colonial, en el barrio de la Candelaria. Otro famoso es el Café Pasaje que existe desde 1926 en un pequeño pasaje de La Can-



delaria. Hasta aquí llegan poetas, escritores y los esmeralderos de la Calle 15.

También se conocen el Café Sorrento, el Patiño, El Automático, donde se reunía el escritor Álvaro Mutis con sus afines y actualmente las modernas cadenas de Oma de la Zona Rosa donde se puede tomar un buen café en un ambiente cálido y disfrutar de buenos libros y revistas literarias.

Algunos de los cafés más bellos e interesantes, de ambiente caribeño, se encuentran en la costa atlántica, en Cartagena de Indias, ciudad literaria de Gabriel García Márquez. Allí, en los pequeños merenderos o junto a los baluartes de la ciudad fortificada, oiremos la frase cordial que inicia siempre una amistad: “¿Le provoca un tinto?”.



*Tarro de hojalata pintada
para guardar herméticamente el café colombiano.
Colección del autor.*

Los Cafés Literarios de Ecuador

En Ecuador fue famoso el antiguo Café del Hotel Colón en Quito, ya desaparecido. De él, sólo se conserva una vieja fotografía en el vestíbulo de dicho hotel.

De prestigio literario es el Madrilón por donde han pasado escritores, presidentes y diplomáticos. Este hermoso Café, que es una prolongación del Palacio Presidencial, sorprende por la belleza de sus espejos y la decoración original que se mantiene inalterable.

Otro destacable es La Cueva del Oso donde es posible beberse un tinto puro o un pintado, al compás de la melancólica música de un trío quiteño.

Los Cafés Literarios de Perú

Lima, la vieja Lima de la Perricholi y el Virrey Amat, tuvo también sus cafés y cantinas para el ocio burgués y refinado.

El siglo romántico fue de fasto y nobleza. Durante la época de las mujeres tapadas y las mantillas, se construyeron edificios llenos de elegancia, con balcones y miradores tallados en cedro nicaragüense, verdaderos encajes para practicar el bello arte de mirar sin ser visto.

Un edificio de alcornia es el que alberga el Hotel Bolívar de genuina tradición clásica, en el centro de Lima.

El Café de este Hotel brinda el justo ambiente del pasado y evoca muy bien tiempos pretéritos de una Lima romántica y gentil. Muchas tardes, un músico de color toca vales arcaicos en el piano blanco, estableciéndose una estampa llena de melancólico sabor. Sentados en una mesa, disfrutamos de un pisco *sour* en el viejo café, mientras observamos y disfrutamos la atmósfera, bajo la inmensa bóveda de cristal.

Un café emblemático de Lima es La Tiendecita Blanca como se conoce al Café Suisse, de elegante tradición, que existe en Lima desde 1937 manteniendo el buen gusto y la calidad de sus tortas, pasteles, conservas, embutidos, panes y buenos vinos.

En el salón de La Tiendecita Blanca hay un piano de finas maderas rojizas en el que se organizan veladas musicales a media tarde para las damas del barrio de Miraflores.

Sentadas amablemente escuchan la selección de valeses y operetas mientras conversan en voz baja junto a una taza de té con

limón. Bajo la maravillosa cúpula de cristales y pinturas exóticas, diversos escritores, políticos y presidentes han paladeado buen café y repostería fina.

Otro café tradicional de Lima que ha perdurado en la mente de los escritores ha sido el Haití fundado primeramente en 1952 en la Plaza de Armas limeña y posteriormente en 1962 en el clásico barrio de Miraflores. Este Café Haití fue fundado por el italiano Antonio Neri que anteriormente, en 1948, había fundado el Café Haití de la calle Ahumada de Santiago de Chile.

Por el Haití de Lima han pasado ministros y estadistas como el Presidente Belaúnde Terry. Bajo el toldo desteñado de franjas verdes y rojas, Mario Vargas Llosa escribió páginas memorables de su novela *La ciudad y los perros*. En tanto que Alfredo Bryce Echeñique se ha sentado también en el Haití de Miraflores, mirando pasar la gente y los viajeros de visita en destartaladas calesas de tiempos idos.

Otros cafés son el D'Onofrio, en el centro, con sus clásicos turrónes del Cristo Nazareno marca Doña Pepa y el Café Cordano, junto a la Plaza de Gobierno y frente a la estación del Tren de los Desamparados.

En el antiguo barrio de Barranco, donde está el famoso Puente de los Suspiros, cantado por Chabuca Granda, se encuentran hermosos y vetustos cafés de artistas, entre ellos el Juanito, fundado en 1927, el Café de Queirolo, las Mesitas de Barranco y el Café Rovira de la Plaza Grau. Todos ellos entrañables y románticos.

Las Confiterías de Argentina

Buenos Aires tiene un sonido característico y ese es el murmullo constante de sus confiterías y cafés abiertos día y noche, con el tintineo de tazas, platillos y cucharillas en su interior.

La gran capital de América Latina construyó durante el auge de la ganadería sus elegantes confiterías con espejos biselados, puertas giratorias y columnas de jade como verdaderos templos de lujo para desarrollar la vida artística en torno a una taza de café y a un libro.

Aquellos viejos cafés de España tuvieron aquí, al otro lado del Atlántico, un aire aristocrático. El café se transformó en Buenos Aires en pastelería, licorería fina, tienda elegante de bombones,

chocolate blanco, dulces y pastas. Un lugar prestigioso de reunión y plática.

La confitería se transformó en el sello vivo de la identidad de Buenos Aires, su más característico rasgo cultural. Y es que no se puede entender al porteño sin visitar una de sus confiterías, llenas de elegancia y estilo, con sus mesitas de mármol reluciente, sus espejos de marco dorado y sus perchas para acomodar abrigos y sombreros. Allí están sus prendas finas con buenos forros de seda porque los porteños visten bien y acuden a los cafés con el mejor vestuario de la moda europea.

Hoy, todavía sobreviven las viejas confiterías de Buenos Aires, aunque las más hermosas sólo permanezcan en el recuerdo y en las postales antiguas que muestran el refinamiento parisino de la ciudad en el siglo XIX.



Dejando pasar el tiempo en una confitería porteña, con un café, un vaso de agua y una buena conversación.



"El Café de los Inmortales". Antonio Scordia, 1949.

Durante la época de los carruajes y el esplendor de la ópera en el Teatro Colón, eran famosas las confiterías Victoria, Smith y Armonía. Aunque el café más antiguo de Buenos Aires fue el de Catalanes que se abrió al público a finales del siglo XVIII, modificándose después al gusto de la época.

Las fotografías muestran arcaicos salones pintados al fresco y patios adornados con estatuas de mármol. Los clientes, vestidos según la moda de la revista *L'Illustration*, se servían —entre los arreglos de palmas— los primeros helados espolvoreados con canela. El Café de la Victoria también fue uno de los más aristócratas durante el siglo XIX. No sólo fue ámbito para el lujo mundano y el intercambio de miradas, sino también espacio para la política y la vida teatral. En este sentido, el Café de la Comedia fue centro de reunión de cantantes de ópera y actrices, así como de sus admiradores.

El Café King y Faunch fue el punto donde se reunía la colonia británica, muy numerosa durante el siglo pasado en Buenos Aires.

Aquí tuvo lugar el 23 de abril de 1823 la tradicional celebración del *birthday* del rey Jorge IV de Inglaterra, ocasión en que sesenta y dos ingleses y diez argentinos participaron de un selecto banquete en los salones del Café.

Otros Cafés de esos tiempos fueron el de los Dos Amigos, el Café del Plata y el Café de la Amistad, célebre por un exquisito café con leche —único— y por la concurrencia elegantísima. Aquí también llegaban numerosos pasajeros de la Central de Ferrocarriles a beber un refresco de limón mientras esperaban la hora de partida... o de llegada de un tren.

A mediados del siglo XIX, el 1º de enero de 1852, se inauguró la famosa Confitería del Águila que todavía hoy muchos recuerdan, en la calle Florida, trasladándose luego a Callao esquina Santa Fe.

De esta época es también la Confitería del Gas que en un comienzo se llamó Confitería de León.

Otro de los cafés más antiguos ha sido El Imparcial que data de 1860. Luego le sigue El Globo que fue inaugurado con toda pompa en 1908, conservando el sabor castizo de un café madrileño, con sus clásicos azulejos, su amplio mesón de madera noble y los desteñidos carteles de toros, resabio de un pasado hispánico.

Durante el siglo XX se siguieron levantando grandes confiterías por donde deambularon los porteños en tardes y noches de conversación. Buenos Aires es la ciudad que nunca duerme y la calle Corrientes es famosa por sus grandes librerías abiertas toda la noche. Después de hojear libros, es posible leerlos sentados en un viejo café de artistas...

Uno de los más famosos es el Café Los Inmortales que ha visto pasar a Carlos Gardel, John Fitzgerald Kennedy, Bing Crosby, Paul Newman, Andrés Segovia y toda la bohemia artística de Buenos Aires de una época cuando no había radio, ni televisión, ni teléfonos y la comunicación se hacía boca a boca, de persona a persona.

Al Café del Hotel Castelar solían ir los escritores afines al grupo literario de Oliverio Girondo y Norah Lange, entre ellos la escritora chilena María Luisa Bombal, de 23 años, hacia 1933, en su paso por Buenos Aires y mientras escribía páginas de *La última niebla*.

Otro Café señero es La Biela de la Recoleta. Aquí suele verse de tarde en tarde la figura frágil de Adolfo Bioy Casares en su mesa de la esquina leyendo la página literaria de *La Nación*.

Vale la pena hoy visitar estas confiterías de Buenos Aires que dan el pulso de la ciudad y entregan su verdadera alma. Un chocolate con churros en estas cafeterías históricas es una experiencia

literaria. Allí, sentados en una mesita de mármol, veremos desenvolverse a los mozos, personajes inseparables del rito de tomar un café. Observaremos el modo en que toman el pedido, cómo se paran, cómo se visten, cómo se mueven entre las mesas...

Quizás la Confitería Richmond, en la calle Florida sea la última de su tipo que va quedando. Sí. Quien quiera conocer el corazón de Buenos Aires no puede dejar de vivir algunas horas en estos cafés del silencio y la conversación sin los cuales la ciudad ya no sería la misma...



Contertulios del mítico Café Tortoni de Buenos Aires en la tertulia de la Avenida de Mayo.

Café Tortoni de Buenos Aires

El café emblemático de Buenos Aires es el mítico Café Tortoni de la avenida de Mayo por donde han pasado Josephine Baker, Alejandro Casona, Ernesto Sábato, Conrado Nalé Roxlo o Manuel Mujica Láinez, entre muchos otros.

El primer propietario del Tortoni fue un francés de apellido Tonan que quiso homenajear al famoso Café Tortoni de París fundado en 1798.

Lo que destaca en este célebre Café es la soberbia arquitectura de época, las gruesas columnas como las de la cafetería de la Estación Retiro, las mesas de roble americano y mármol verde, los papeles murales fuera del tiempo con leves manchas de humedad trazando mapas inverosímiles y los grandes ventiladores a hélice.

Aquí se reunieron los grandes intelectuales de Buenos Aires y de Europa. Alfonsina Storni tenía aquí su peña literaria. Apoyada en el lujoso piano Steinway del café, recitó: "No tienes tú la culpa si en tus manos/ mi amor se deshojó como una rosa...". Después, la genial Berta Singerman declamó aquello de "Polvo de oro en tus manos fue mi melancolía...".



Alfonsina Storni lee poemas en una velada literaria en el Café del Hotel Castelar, donde se reunían Leopoldo Marechal, Oliverio Girondo, Norah Lange, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, María Luisa Bombal y Federico García Lorca, quien en 1934 se hospedó precisamente en este Hotel.

El ámbito, traspasado de humanidad, tiene las presencias fantasmales de Jacinto Benavente, de Luigi Pirandello, de Carlos Gardel y de Federico García Lorca. Frente a una taza de chocolate con churros, Baldomero Fernández Moreno escribió:

*A pesar de la lluvia yo he salido
a tomar un café. Estoy sentado
bajo el toldo tirante y empapado
de este viejo Tortoni conocido...*

Aquí tocó el piano Artur Rubinstein y cantó una noche Lily Pons. Muchos autores escribieron y conversaron de libros.

Sede de los poetas lunfardos, refugio de los enamorados del tango, Café favorito de Jorge Luis Borges, el Tortoni de Buenos Aires concentra una parte importante de la vida de la ciudad...

Confitería El Molino

Famosa e histórica fue la célebre Confitería El Molino, frente al Congreso. Este romántico café se inauguró en 1916, con una elegantísima arquitectura *Art Nouveau*, diseñada por el arquitecto italiano Teresio Ginatti, con ocasión de la celebración del Centenario de la Independencia.

Las estampas de época muestran la inauguración del soberbio edificio de siete pisos, coronado por una torre en donde las aspas de un molino todavía giran... Allí hay salones para recepciones especiales, amplísimos comedores, tres subsuelos con cocina, pastelería, fábrica de hielo y bodegas.

Aquí vino a tomar una taza de té la Infanta Isabel de Borbón que visitó Buenos Aires precisamente para el Centenario... Y por supuesto, los políticos del Congreso que hicieron de la Confitería El Molino, el punto de reunión para cambiar el país en un torno a una buena taza de café.

El fundador de la Confitería, don Cayetano Brenna —el gran repostero que pasó a la historia de Buenos Aires con su famoso Merengue Imperial Ruso— llevaba él mismo una Guía de Trabajo, manuscrita, con diferentes recetas ordenadas alfabéticamente.

La señorita Delma se ofrece gentilmente a traernos el preciado libro, una verdadera joya histórica de la Confitería. Allí aparecen las indicaciones para tostar y garrapiñar las almendras, la manera de disponer las copas en una bandeja, las recetas secretas para obtener

esencias y las preparaciones de mesas para banquetes, con sus moños, arreglos florales y disposición de los aguamaniles. También se detalla el modo de embalar un regalo de confites finos que debe ser embarcado por vapor a Europa o el modo de amoldar el dulce de membrillo casero en forma de gallina, pato, conejo o casita.

Visitar hoy la Confitería El Molino es conocer el gusto de la rancia aristocracia de Buenos Aires a través de esa extraña arquitectura ecléctica, característica de los viejos edificios porteños tan bien descritos con sus personajes en las novelas de Manuel Mujica Láinez. Es también digno de admirar la distinción de los camareros vistiendo uniformes de color rojo militar como oficiales de opereta. En las mesitas de mármol sanguíneo, los matrimonios o las parejas beben suavemente el café bajo lámparas de opalina o piden al *maître*, un *locatelli* de pavita o un licuado de ananá.

Lamentablemente esta hermosa confitería cerró sus puertas y entró a la leyenda de la vieja ciudad...



*Frontis de la magnífica
Confitería El Molino
de Buenos Aires
frente al Congreso.*

Confitería Las Violetas

Otra confitería histórica que ya no existe lamentablemente fue Las Violetas, fundada en 1884 y desaparecida en el cambio del siglo. Situada en Rivadavia esquina Medrano, esta Confitería fue un verdadero santuario de la nostalgia familiar, cuando llegaban a servirse té con masitas los padres acompañados con los niños. Esta confitería era tan elegante que se hacía anunciar en los programas de mano del Teatro Colón...

Su belleza arquitectónica era extraordinaria, con sus mesitas de mármol en medio de enormes columnas y sobre todo, sus *vitreaux* palaciegos. Como antes, los camareros vestidos de etiqueta, servían en vajilla ostentosa tanto el té como el aperitivo... y el café en tazas que tenían pintada una violeta. Hoy son joyas de colección.

La especialidad era el café vienés en "vaso cívico" o en "vaso imperial". Había postres helados con marrón glacé, arroz con leche y arrollados de palmitos...

Sobre los mostradores, se exhibían grandes frascos de cristal con lentejas de dulce y pastillas de limón. ¡Qué agradable sensación de tarde de provincias se respiraba en esa confitería del barrio Almagro! En los últimos tiempos aún había damas empolvadas que recordaban cuando la confitería, en ese mismo lugar, quedaba en las afueras de Buenos Aires. Eran tiempos en los que corrían los tranvías de caballos y las glicinas trepaban por las verjas de las casas viejas de ese Buenos Aires pueblerino.

No hace mucho había orquesta de señoritas. Por eso, la Confitería Las Violetas tenía fama de reunir siempre un público femenino, compuesto casi siempre por maestras solteras que acudían a oír valeses y selecciones de operetas



Servilleta de papel de la desaparecida confitería Las Violetas de Buenos Aires, en Rivadavia con Medrano.

famosas –*El Barón Gitano*, *La Viuda Alegre*– mientras degustaban candeal con yema o bizcochos con chocolate. Pero una leyenda hizo disminuir la clientela de Las Violetas. Contaban que las damas que acudían allí... nunca se casaban.

La copita de licor dulce, los huevos chimbos, las lámparas con tulipas en forma de corona, constituían lo más clásico de esa confitería decorada en un estilo “bien español”.

Por su atmósfera de época, la Confitería Las Violetas ha servido para rodar en sus interiores diversas películas argentinas, entre ellas *¿Qué es el otoño?* de David Kohn y *La Mafia* de Leopoldo Torre Nilson. Ambiente característico de *Boquitas Pintadas* y del mundo de Manuel Puig, Las Violetas ha inspirado también a Roberto Arlt para escribir aquí algunos cuentos.

Famosa por las facturas de manteca, las frutas “abrillantadas” –que en Chile se llaman “confitadas” y en España, “cristalizadas”– los tocinitos de cielo y las *cerisettes* al *Cherry Brandy*. Las Violetas tiene un libro de firmas donde los clientes dejan estampado un testimonio de afecto y lealtad. Con mano temblorosa y estilográfica de tinta turquesa, Estrella Acevedo escribe sentada frente a una taza de té con cuatro masitas pasteleras: “Hace treinta y cinco años que vengo aquí con un grupo de amigas de la escuela...”.

Confitería Ideal

También con la magia inconfundible del viejo estilo, la Confitería Ideal, en el número 384 de Suipacha, al llegar a Corrientes, atiende al público selecto que acude a las cinco en punto a beber el té con leche o el buen café madrileño con gotitas de cognac.

La Confitería fue fundada en 1910 por don Manuel Rodolfo Fernando, un español natural de Tuy, un pueblo de Pontevedra. Aunque primitivamente se situó en la calle Rivadavia, este Café sobrevive a la picota del progreso y muestra una arquitectura soberbia, como disponible para filmar allí una escena de una película de Visconti.

Grandes columnas, arañas de bronce relucientes, espejos biselados... y un ascensor de rejas plegables para subir al segundo piso donde hay salones de billar, pistas para bailar tango y reservados para tomar *champagne* o sidra en copas altas.

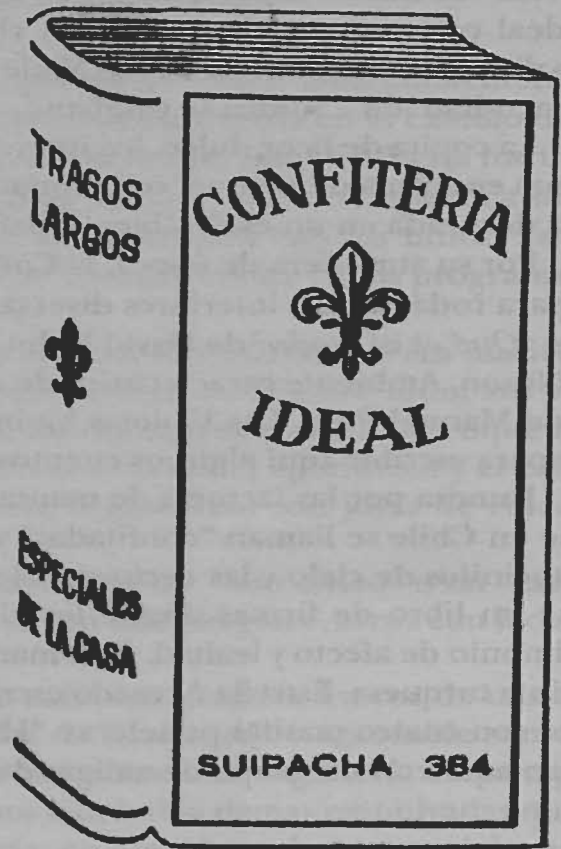
Abajo, hay música de órgano. Osvaldo Norton interpreta tangos o milongas. Cuando descansa, se escucha la Orquesta Casino de Madrid que interpreta selecciones de zarzuelas o pasodobles

famosos. *El beso* o *Radiante sol madrileño* son los temas favoritos del público asiduo a la Confitería Ideal.

Antiguamente, en los años 50, la Confitería Ideal tenía orquestas. Las más famosas, las más alegres que animaron las tardecitas de la Confitería, fueron la Orquesta Los Bambucos, Los Mariscales, la Orquesta Da Silva y Los Siete de Oros...

Hoy, la Confitería Ideal exhibe en sus escaparates enormes cajas de bombones ribeteadas con cinta zig zag, frascos con dátiles de África, cristalería fina para regalo y postres finísimos que suelen incluir hojaldre, *marrons*,

y que culminan por lo general, con una capa de *fondant* en la que un virtuoso en las artes del glacé ha escrito: "Felicidades...".



Las viejas Confiterías porteñas se van

¿Cómo no visitarlas? ¿Cómo dejar de admirar los viejos escaparates de cristal con tortas de novia y ositos de felpa rubia? En la Confitería Richmond, los caballeros beben el té con limón y tienen a sus pies un lustrabotas. Son escenas en vías de extinción... En la Confitería Flores Porteñas están prohibidos los colorantes e ingredientes artificiales.

Los viejos Cafés de la calle Corrientes tienen todavía enormes puertas giratorias de bronce y mesones de vidrio que exhiben merenguitos de frutilla y nuez, traviatas mixtas y postres con gajos de mandarina.

Volvamos por última vez a admirar sus cielorrasos moldurados y a servirnos una leche merengada o un chocolate caliente con en-

saimadas. Puede que la próxima vez que volvamos a pasar por esa calle, no se encuentre más nuestra confitería predilecta...

Adiós, palmeritas, *Petit Fours*, luceritos, flores de azúcar, camareras con toca almidonada. En el fondo de un azogue, Jorge Luis Borges, completamente solo, también nos dice adiós con una taza de café en la mano.

Las confiterías elegantes de Buenos Aires con sus viejas melodías y su ambiente marchito, representan una desaparecida manera de vivir. Hoy, pese a todo, se mantienen algunas en pie con una impresionante dignidad. Por eso, por ser testimonios de una época, hay que entrar a ellas con respeto y pedir al camarero acaso, la última taza de café...

Fumar un cigarrillo sentado en una mesita de mármol en una antigua confitería de Buenos Aires, es sentir que el tiempo no ha pasado y que es hermoso dejarlo transcurrir lentamente con las volutas del humo...



Café Teatral Sabatino con su clásico toldo a franjas en la calle Paraná, junto al Teatro Politeama de Buenos Aires, hacia 1926.

Los Cafés y Confiterías de Uruguay

Montevideo tiene también tradición de confiterías como en Buenos Aires, aunque sin la suntuosidad de las porteñas. El viejo barrio del puerto tiene lugares llenos de encanto donde es posible reunirse a conversar en torno a un café que siempre va acompañado de un vasito de soda, sifón o agua de Seltz muy fría.

Un lugar interesante es el Café El Oro del Rhin de tradición alemana con buena repostería y agradables mesitas para charlar en torno a una buena taza de café y un *éclair* de chocolate.

En las afueras de Montevideo, se levanta el majestuoso Hotel Carrasco, donde pernoctó Federico García Lorca en su visita al país en 1934. Allí, en el café del hotel, escribió el tercer acto de su obra de teatro *Yerma*, mirando el mar. Una plaza recordatoria rinde recuerdo a este momento mágico, cuando el poeta, reconcentrado, escribe en una mesita con su lapicera a tinta en el papel de carta que tiene impreso el monograma del hotel:

*En el río de la sierra
la esposa triste se bañaba.
Por el cuerpo le subían
los caracoles del agua.
La arena de las orillas
y el aire de la mañana
le daban fuego a su risa
y temblor a sus espaldas.
¡Ay, qué desnuda estaba
la doncella en el agua!*

Federico García Lorca quedó entusiasmado con el hotel uruguayo y la atmósfera del Café. Era un hotel apacible y elegante al mismo tiempo. Tenía amplios salones, camas con sábanas de hilo, comedor tradicional de mantel blanco, sala de billar y hasta servicio de sombrillas para bajar a la playa. Ciertamente le recordaba la costa malagueña y aquellas caletas de la Costa del Sol, remotas y con ambiente marinero.

Por la tarde, caminando por la playa, pensaba en las costas de pescadores del mar Mediterráneo que tanto le atraían. Pero su mente estaba en aquella obra teatral basada en el amor estéril.

Un poco perdido y como de otra época, anacrónico incluso en esos tiempos –un dinosaurio varado en medio de la playa– el gran hotel del antiguo barrio de Carrasco, con sus elegantes man-

siones frente a la playa, lo impresiona. Tiene algo del Malaga Palace con su inmenso *hall* de entrada y su ambiente fastuoso de novela de Thomas Mann. Por la noche hay orquesta en la terraza para bailar el *shimmy* o escuchar música de jazz bajo las estrellas.

Pero Federico prefiere recorrer solitario el salón de fiestas con sus lámparas de lágrimas. Aunque está en un ambiente europeo, como en un hotel de la Costa Azul, García Lorca siente con fuerza la presencia latinoamericana. Allá al fondo, divisa incluso el Parque Hotel, donde murió el poeta mexicano Amado Nervo.

Una tarde, Federico García Lorca se retiró con sus maletas llenas de poemas del Hotel Carrasco, bajo el sol de Montevideo. En el Café donde escribió el poeta, quedó algo flotando. Apenas el rastro de un sueño...



*Interior del Hotel Carrasco de Montevideo
donde se hospedó Federico García Lorca en 1934.
Colección del autor.*

A la salida del Teatro Solís de Montevideo hay también cafés literarios. Los uruguayos acuden a las confiterías a tomar un café y a comentar la función. En la calle 25 de Mayo existió el famoso Café Sorocabana con mesas redondas de mármol.

El Sorocabana era un lugar característico del viejo Montevideo, existiendo allí una larga tradición de tertulias literarias y periodísticas en torno a una taza de café. Lamentablemente desapareció.

Uno de los cafés más antiguos y emblemáticos de Montevideo es el histórico Café Brasileiro en donde da entrevistas, escribe y se fotografía el escritor uruguayo Eduardo Galeano, el autor de *Las venas abiertas de América Latina*.

Los Cafés de Brasil

Siendo Brasil país exportador de café, no es de extrañar que existan en cada calle lugares para beberlo, incitando a la camaradería y a la conversación tan propias de un pueblo expansivo.

Brasil tuvo en otros tiempos grandes cafetales y hermosas haciendas que hoy son un documento vivo de las costumbres pasadas. Intactas y bien conservadas, muestran una desaparecida manera de vivir.

El café se transportaba en el siglo XIX por tren hasta Paranapiacaba. Desde esta pequeña ciudad de estilo inglés en medio de la selva, salía la interminable fila de vagones cargados con aquellos granos fragantes hasta Santos en donde se embarcaban para los distintos países del mundo. Era tan importante la economía de este producto que precisamente en este puerto se levantó la Bolsa Oficial en donde se fijaba el precio mundial del café.

Después, los trenes se devolvían vacíos subiendo penosamente hasta la planicie, desde donde volvían a bajar cargados de sacos de café en un descenso que era



toda una complicada obra de ingeniería ferroviaria montada por los ingleses.

De esa época gloriosa –hoy, el café ya no es el gran producto económico del Brasil y los precios oficiales se fijan en la Bolsa del Café de Amsterdam– restan las casas británicas, como pequeños *cottages*, rodeadas de jardincillos, las maquinarias importadas de Inglaterra, las inmensas roldanas, las poleas, los mecanos gigantescos –oxidados por las últimas lluvias– y las maestranzas patinadas de hollín, como pequeñas capillas románticas.

En medio de la neblina otoñal, todo tiene en Paranapiacaba un encanto pretérito, hasta los vagones de tren, algunos de ellos históricos, como aquel imperial forrado en seda y madera de cedro que trasladaba al rey Pedro II cuando llegaba a visitar a la vizcondesa de Río Preto a la Hacienda Cafetera Paraíso o cuando viajaba de la selva hasta el mar a la luz de la luna...

El Café Colombo de Río de Janeiro

Río de Janeiro ostenta uno de los cafés más elegantes y refinados de América Latina. Es la Confitería Colombo que tiene más de un siglo. Por sus salones han pasado todos los personajes de la vida política, periodística, social y literaria de la ciudad fluminense.

La Confitería Colombo fue fundada en 1894 por Manoel José Lebrao que había llegado a Brasil de Portugal, de Alto Minho, el 20 de febrero de 1881 a la edad de 13 años, estableciéndose en Río de Janeiro. De inmediato, el joven muchacho se empapó de las condiciones de vida del país, de las tradiciones populares y de sus carnavales. Era una época de fuerte emigración ibérica a América, cuando los campesinos portugueses y españoles viajaban al otro lado del Atlántico, buscando mejores posibilidades de vida y trabajando en las principales confiterías de Buenos Aires y Río de Janeiro.

Manoel José Lebrao se adaptó rápidamente a las transformaciones políticas y sociales que se estaban desarrollando en el nuevo país. En su interior, el joven abrigaba las esperanzas de convertirse en un gran empresario, en un momento de opulencia y esplendor en el modo de vida de los brasileros, debido al auge de las haciendas cafeteras y de la exportación del café a nivel mundial.

En este marco, Lebrao logró crear la Confitería Colombo, considerada el establecimiento comercial más importante de su época, con una decoración lujosa sólo comparable a los grandes cafés de París y Viena.

Para ello, llamó a su lado al prestigiado artista Antonio Borsoi que trabajó como arquitecto, diseñador de muebles de estilo y decorador de interiores. Entusiasmado con el proyecto, Borsoi puso toda su inspiración en crear una confitería magnífica que superara a las más prestigiosas de Europa. Fue tal su éxito que posteriormente, entre 1906 y 1918 diseñó otros proyectos de decoración para diversas firmas, entre ellas confiterías, cafés de lujo, clubes internacionales, restaurantes exclusivos, farmacias, bares y pastelerías.

Las tiendas que se beneficiaron del elegante estilo de Borsoi fueron el Cinema Central, la Joyería Bernachi, vecina del Café Colombo, la Confitería Tisuca, la tradicional casa de artículos masculinos Torre Eiffel y la Zapatería La Insinuante en la rua da Carioca. Lamentablemente muchos de estos edificios históricos han sido demolidos, pero aún perviven el Cinema Iris y la Confitería Colombo considerada la obra prima del artista.

Aquí se dieron cita las grandes familias que llegaban asombradas a ver la arquitectura y la decoración representativa de la *Belle Epoque* carioca: una mezcla de *Art Nouveau* afrancesado con la gracia dorada y triunfante del rococó.



*Ambiente de la tradicional Confeitaria Colombo de Río de Janeiro.
Fotografía del autor.*



*Camarero carioca en la Confitería Colombo.
Fotografía del autor.*

El café de dos pisos ostenta inmensos espejos belgas biselados con molduras de jacarandá talladas a mano, mesitas de fierro forjado con cubierta de mármol traído de Carrara e inmensas lámparas de opalina. Las vitrinas eran asombrosas con preciosas marqueterías e incrustaciones de nácar. Tan magníficas eran que aún en la actualidad están consideradas como una de las mejores realizaciones de mobiliario brasilero de la época. A través de sus cristales, los clientes veían la mercadería: licores finos importados, muñecas de porcelana, bombones en cajas maravillosas festoneadas en papel de encaje.

Sobre todo el conjunto, predomina hasta el día de hoy la extraordinaria claraboya que da luz al espacio y filtra los rayos del sol tiñéndolos de diversos colores a través de los cristales coloreados. Este hermoso tragaluz consigue integrar el espacio externo con el

interno, en una relación que siempre estuvo presente en el *Art Nouveau*.

Sus figuras florales y vegetales son también representativas del Modernismo Carioca en una elegante integración con el estilo Luis XVI, tan querido por los intelectuales y artistas cariocas de la época.

En el interior, tomaban el café de la tarde las elegantes de Río de Janeiro, vestidas con gasas y muselinas en estilo *Belle Epoque*. Allí hablaban de los óleos que decoraban el salón, del teatro lírico, de los bailes en el Casino Fluminense, de los viajes a Petrópolis... También se daban cita las escritoras, entre ellas Julia Lopes de Almeida que fue una de las más destacadas personalidades femeninas de la literatura carioca de esta época.

En este ambiente parisino se reunieron también los escritores brasileiros impecablemente vestidos en la Casa Raunier que hicieron del Colombo un lugar de reunión sofisticado.

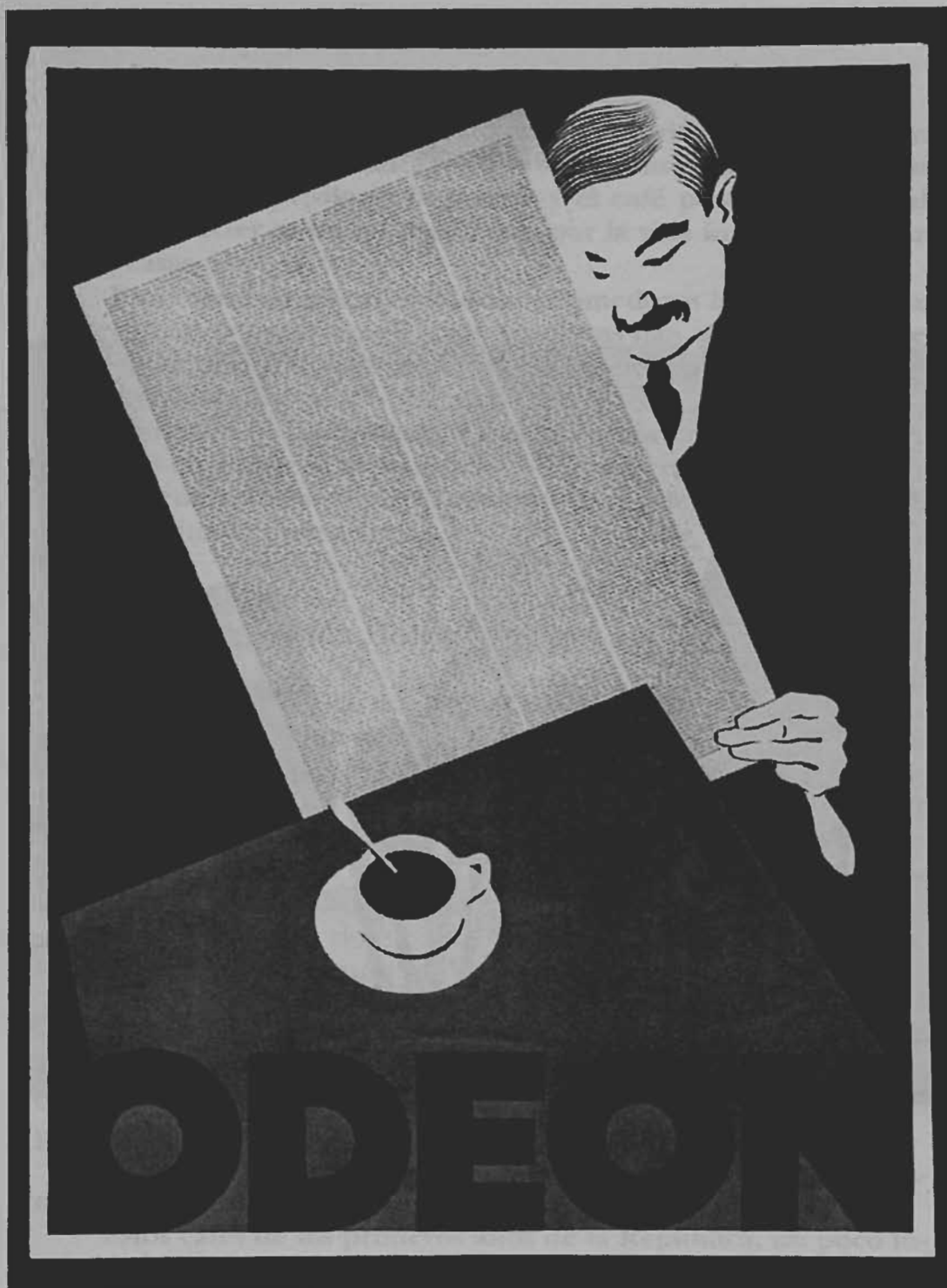
Era una época tan elegante y europea que se construyó en una calle principal de Río de Janeiro el famoso Restaurant Nabucco, decorado íntegramente en el estilo de la ópera de Verdi.

En 1906 se editó en esta Confitería el famoso Anuario Colombo que era una especie de almanaque literario muy leído por los integrantes de las tertulias literarias del Café. Venían recetas, notas de astrología, noticias sociales y páginas literarias escritas por los autores del momento: Coelho Neto, Julia Lopes de Almeida, Guimarães Passos, entre muchos otros.

Aquí también se recibió al escritor Anatole France, en su visita a Río de Janeiro. También estuvo aquí el escritor suizo Blaise Cendrars que tan bien se impregnó de la cultura del Brasil y se relacionó con sus escritores.

La Confitería Colombo –llamada así en recuerdo de Cristóbal Colón– fue el escenario de reunión de todos los intelectuales cariocas de la época, unidos en espíritu a la cultura europea.

Hoy, después de más de un siglo, sigue sorprendiendo por su perfecto estado de conservación y por constituir un hermoso ejemplo de café literario de América Latina.



*Café y lectura de periódico: una combinación ideal.
Publicidad emblemática del viejo Café Odeón de Zurich,
según diseño de Hugo Laubi, en 1920.*



Aguatero de la Patria Nueva. Ilustración de la época colonial.

III. LOS PRIMEROS CAFÉS EN CHILE

Chile ha tenido también sus cafés literarios, aunque nuestra idiosincrasia ha sido distinta porque a diferencia del temperamento europeo que privilegia la terraza y el café para la vida social, nuestro carácter se ha inclinado más por la vida íntima al interior de las casas.

En el seno de nuestros salones y comedores han tenido lugar las tertulias de escritores. Y si los novelistas han salido, más que el salón de té refinado, han preferido la casa del poeta, el bar, el club social o la cantina.

La noche de los bohemios ha tenido por cobijo el restaurant de barrio en donde se han juntado ensayistas y narradores a conversar de libros frente a un plato humeante o alrededor de una botella de vino tinto de buena cepa...

Los Cafés Coloniales del siglo XVIII

No siempre ha sido así. En nuestra tranquila vida colonial, durante el siglo XVIII, ya existían los cafés al estilo español, es decir como recintos para conversar ampliamente en voz alta, jugar a la baraja, fumar mucho y beber una copa con los amigos alrededor de una mesa, dejando transcurrir el tiempo.

Ya en el año 1773 había en la Calle del Rey, hoy Estado, a cuadra y media de la Plaza de Armas, una especie de café y fonda, de sólidas proporciones, donde se reunía la juventud a jugar al "monte de baraja", conversando ruidosamente.

Por las calles empedradas y bajo la luz de los faroles, ya sea a pie o en carruaje, los caballeros también acudían a estos cafés que estaban en las inmediaciones de la Plaza de Armas en donde se jugaban distintos juegos de naipes, entre ellos "la malilla", "el mediator" o "la primera", alumbrados por velas de sebo.

Otro juego característico de estos cafés coloniales fue el "truco", parecido al billar, introducido en Chile entre 1812 y 1814.

Estos cafés de los primeros años de la República, un poco lúgubres, fueron fundados por españoles y tuvieron de modelo a los madrileños en donde se fumaba y se jugaba a la brisca.

Por la atmósfera ruda y humeante, a estos iniciales cafés no concurrían las mujeres que permanecían bordando en las casas o salían cubiertas con sus mantos para ir a la iglesia.

Un Café Republicano

Fue famoso el Café de don Francisco Barrios situado en la calle Ahumada frente a la puerta del antiguo pasaje Bulnes.

Don Francisco Barrios era un español avecindado en Chile que recordaba a su patria lejana en la atmósfera ruidosa de su vetusto café. La instalación misma no era lujosa. Más bien pobre de aspecto, este café por estar situado en el centro de la capital, era frecuentado por los políticos y hombres de negocio de la época. Este lugar inspiró a un poeta español para escribir la siguiente estrofa: *En un ahumado aposento/ anegado en porquería,/ he visto en un solo día/ lo que no vería en ciento.*

Este café, similar al célebre Café de Bodegones en Lima, cerró sus puertas en 1825.

El Café Serio del Comercio

Otro café frecuentado por los santiaguinos fue el Café Serio del Comercio en la calle Compañía, a media cuadra de la Plaza de Armas. Era un lugar feo de aspecto y mal oliente, ya que lo cruzaba una acequia por uno de sus flancos. Sin embargo, tuvo su importancia ya que reunía a los caballeros de ese tiempo, especialmente comerciantes, echando las raíces de una costumbre de camaradería social en torno a un café que se mantiene hasta el día de hoy.

El Café de Dinator

Fue también famoso en los albores de la República. Lo fundó don Pedro Dinator que después construyó una cancha de gallos en el Tajamar. El Café Dinator funcionó a todo lujo en los altos del Portal Sierra Bella que después pasó a llamarse Portal Fernández Concha, frente a la Plaza de Armas. Allí se jugaba al "monte" y a la lotería.

Un Café Danzante: el de Rengifo y Melgarejo

Otro café Republicano fue el de Rengifo y Melgarejo en la calle Catedral esquina de Morandé, inaugurado a todo lujo en

1822. Este primer “café danzante” pertenecía a los señores Ramón Melgarejo y Tomás Rengifo quienes amenizaron las veladas con orquesta de músicaailable.

Al costado de la calle Morandé abrieron un gran salón con amplios ventanales, cuyo director fue el maestro de música don Manuel Robles, el autor de la Canción Nacional, que se entonaba en ese tiempo. Allí, al compás del piano, las parejas bailaban la contradanza, la cuadrilla, el minué, la “Morandé”, la gavota, y el “churré”.

El maestro Robles no tenía rival. Con paciencia de bailarín, enseñaba los complicados pasos y evoluciones en el encerado piso, mientras en las mesas, las madres y chaperonas observaban las clases, especialmente cuando las parejas bailaban el vals que no era muy bien visto porque era un baile “agarrado”.

La entrada a este café costaba un real con lo que se costeaban los gastos para el profesor y la orquesta. El Café de Rengifo y Melgarejo fue el primero de este tipo que existió en Santiago y dio la pauta para que se inauguraran con el tiempo otros cafésailables y cantantes en la capital.

El Café de la Nación

En 1826 se inauguró con toda pompa el Café de la Nación en el Portal San Carlos que después pasó a llamarse Portal Mac Clure. Este café pertenecía al acreditado hotelero español don Rafael Hevia que ya tenía experiencia en el negocio del café por haber fundado anteriormente el Café Serio del Comercio en la calle Compañía.

El señor Hevia se había especializado en preparar unas exquisitas mistelas. Los garzones las servían en copas de plata que tenían unas “bigoterías” para impedir que los caballeros se mojaran el bigote.

El Café de la Nación era el lugar de moda para hablar de política, literatura y riñas de gallos. Un escritor asiduo de este emblemático café fue el dramaturgo Daniel Barros Grez que lo evoca en sus crónicas.

La repostería del Café de la Nación era tan refinada que se la comparaba incluso con la de las Monjas Rosas en la preparación de golosinas, alfajores y turrónes para los santos, Navidades y Fiestas Patrias.

Hacia 1831, don Rafael Hevia abrió un Café Casino en la Plaza de Armas, en el lugar que hoy ocupa el Palacio Arzobispal y donde antiguamente tenía su residencia don José de San Martín.

Este Café Casino era el mejor montado de Santiago, con un insuperable servicio de refrescos en bandejas de plata. Su atracción principal residía en la música, porque durante la tarde, el maestro Torres, aventajado discípulo del pianista francés Barré, residente en Chile, daba conciertos en "clave". Sin embargo, el ambiente declinó y debió cerrar sus puertas en 1841.

Los Cafés Cantantes: El Café de la Baranda

Como en Madrid, en Santiago también se pusieron de moda los cafés cantantes, para oír la mazurca, la habanera o el cuplé, siendo el Café de la Baranda el más famoso.

Inaugurado en 1831, este Café de tipo español situado en la calle Monjitas, muy cerca de la Plaza de Armas, reunió a los artistas en torno a la música que se interpretaba al compás del arpa y la guitarra con la atiplada voz de las cantoras. Aquí también se jugaba a la lotería mientras en el estrado Las Petorquinas cantaban tonadas campesinas.



*Cantina de Valparaíso a fines de siglo XIX,
con sus características cantoras,
captada por la cámara del fotógrafo norteamericano Harry Olds.*



Ambiente costumbrista en una calle de Santiago frente a la Casa Colorada. Óleo de Charton de Treville (1818-1878).

Era un tiempo tranquilo en el interior de las casas con patios. La vida transcurría lenta al compás de las campanadas de las iglesias. En los salones, al otro lado de las rejas españolas, se bailaba el cuando y la resbalosa, tejiéndose la historia amorosa e íntima de las familias al sabor de la mistela.



Reflexiones junto a una taza de café. Antonio Donghi (1898-1963)



*El café ya está en la mesa.
La lamparilla está encendida...*

IV. LOS CAFÉS ROMÁNTICOS

Durante la época romántica de Santiago, las damas tocaban lánguidas mazurcas al piano mientras el enamorado les escribía versos en el abanico o en el álbum de tarjetas postales al dorso de un retrato.

En 1872 ya había numerosos cafés en Santiago en donde además podían beberse licores. El ambiente era festivo e incluso ofrecían servicio para pernoctar, convirtiéndose también en posadas para pasajeros. Los hoteles más sofisticados no expendían bebidas alcohólicas que se consideraban de mal tono y ofrecieron como alternativa servicio de buena pastelería en sus respectivos salones de té y cafeterías con orquesta.

El Café del Hotel Inglés

En esta época existía en el Portal Fernández Concha, enfrente de la Plaza de Armas, el famoso y respetable Hotel Inglés, cuyo propietario era Monsieur Therrier. Aquí se hospedaban principalmente los extranjeros, entre ellos el escritor y educador argentino Domingo Faustino Sarmiento en su primer viaje a Chile en 1884.

El autor de *Facundo*, adelantado a su época, era un estricto vegetariano y sólo comía ensaladas de lechuga en el comedor. Sarmiento viajó a Valparaíso y dijo que el puerto le daba la sensación de ser "la Europa acabada de desembarcar y botada en desorden en la playa".

Sabiendo que Sarmiento estaba en el hotel, el español don Rafael Jover, dueño de la Imprenta Cervantes, hizo imprimir unos volantes con un texto de Martínez Villergas que había sido publicado en el periódico, atacando al escritor de visita por su marcado anti hispanismo. Bebiendo un café en la sala de lectura del hotel, el escritor se llevó una gran sorpresa al constatar que los pasajeros lo señalaban con el dedo, después de leer aquellos panfletos que estaban sobre las mesas.

Por cruel ironía del destino, el autor del célebre *Método de lectura gradual* con el que aprendieron a leer muchas generaciones de niños latinoamericanos y uno de los primeros vegetarianos, murió al pie de la cordillera de los Andes en 1888, rumbo a su ciudad natal, San Juan, debido a las lesiones sufridas en plena pampa, luego de ser embestido por una vaca.

Aquí, en el Hotel Inglés, se hospedaron también políticos de renombre, entre ellos el peruano Nicolás de Piérola y el General ecuatoriano Ignacio de Veintimilla que parecía un viejecito encantador y sin embargo era conocido en Quito como uno de los más temibles tiranos.

Preferido por los extranjeros de paso en Chile, el Hotel Inglés con sus amplios salones, recibió al duque de Madrid, don Carlos de Borbón, pretendiente al trono de España.

Otros hoteles famosos y elegantes del centro de Santiago fueron el Oddó y el Dounay, descritos por la pluma amenísima de Joaquín Edwards Bello. Todos ellos contaban con salas especiales para conversar, leer, fumar y tomar el café.

El Café del Hotel Central

Hacia 1887 existía el Hotel Central en Merced esquina San Antonio. Su dueño era Monsieur Leon Broue especialista en comodidades hoteleras. Monsieur Broue tenía ya el Hotel Central de Valparaíso en la calle Serrano, de modo que su nuevo hotel santiaguino fue instalado con experiencia y calidad. En los bajos funcionaba un café en donde se reunían los santiaguinos a conversar de los sucesos del día y a leer la prensa de la época: *L'Illustration* en francés, *La Moda Elegante*, *El Madrid Cómico*, *La Ilustración Ibérica* y *El Eco de la Zapatería*.

El Café de la Bolsa

Este histórico café —ya desaparecido como muchos otros edificios notables que se llevó el siglo XIX— pertenecía a don Carlos Weisse. Estaba situado en la calle Merced, en el extremo oriente del Portal Mac Clure. Poseía cantina, salones de billar y amplios comedores de almidonados manteles blancos a donde acudían siempre los hombres de la Bolsa de Comercio. En el invierno era famoso un ponche aromático llamado “Tom and Jerom” servido en copas de plaqué con forma de esbeltos vasos griegos.

El Café de Hinternof

Otro café del centro a fines del siglo XIX fue el Hinternof. Al fondo, estaba colgado un cuadro al óleo que representaba a varios

caballeros alemanes, antiguos clientes de la casa, bebiendo cerveza, sentados a una mesa. Entre ellos, se distinguía al anciano profesor de música don Tulio Hempal. Servía la mesa un mozo que, muchos años después, ya viejo, atendía el mismo café y con una semi sonrisa amarga, solía mostrarse a sí mismo en un extremo del cuadro, atendiendo joven y esbelto a la clientela.



Brindando por los sueños en torno a una botella de vino, en un Café de Santiago del siglo XIX.

El Café de Papa Gage

El más interesante de los cafés de Santiago hacia 1884 era Papa Gage en la calle Huérfanos, en una casa antigua con tres patios. El de la calle tenía pequeñas mesas de fierro y de madera para almorzar tranquilamente junto a una pila situada en el centro del patio. Sobre las mesas, colgaba un lienzo tenso para resguardar a los parroquianos del implacable sol santiaguino o del rocío de la noche. Este café y restaurant, administrado por Monsieur Genestier, que era un eximio *gourmet*, tenía comedores y cantina.

Aquí solían venir el escritor y cronista Julio Vicuña Cifuentes a charlar con sus contertulios: Narciso Tondreau, Luis Navarrete y Clodomiro Zañartu que siempre decía que estaba atacado de un mal incurable que llamaba "hiperestesia sexual...". Aquí, saboreando el tradicional y buen café que se servía, se fraguaron conversaciones atingentes a los años previos de la Revolución del 91 que le costó la vida al presidente José Manuel Balmaceda.

Era la época del Chocolate *Menier* de París, de la música de Moskowski, de los polvos Victoria que blanqueaban y suavizaban la piel y de los famosos *marron glacés* del Portal Fernández Concha.

En sus interesantes memorias escritas en el libro *Un mundo que se fue...*, Eduardo Balmaceda Valdés recuerda: “Se comía allí tan bien o mejor que en el Café de París o en Chez Ciro’s; su *cave* contenía lo más apreciado de la producción vinícola del mundo. Nada ha habido después en Santiago que pueda acercarse a la variedad, calidad y exquisitez de cuanto se servía en aquel famoso Gage”.

Por las tardes, un piano amenizaba el Café. Las piezas favoritas eran: “Violetas secas”, “Pensando en ti” y el vals “Presidente Balmaceda”. Se tocaban y bailaban lanceros, cuadrillas y polcas brillantes de salón. Suavemente se deslizaban las parejas girando en ritmo de tres por cuatro en pisos de maderas relucientes, mientras en las casas bailaban cuecas de salón, zamacuecas, contradanzas y habaneras.

Era la época cuando la *jeunesse dorée* de Santiago comía en el Restaurant Gagé, vestía *a la dernière* y paseaba bajo las arquerías de los portales luciendo sus brillantes zapatos de charol, sus bastones de junquillo con empuñadura de metal niquelado y sus pañuelos de seda granate —el color de la época— asomados en el bolsillo con un semi descuido estudiado.

El Café Torre Eiffel

Famoso era también el Café del Hotel Restaurant “Torre Eiffel” en el centro de Santiago que servía almuerzo, *lunch* y comida a la carta.

En el Café se exhibía en vitrinas de cristal la especialidad de la casa que era la torta Emperatriz Carlota, llamada así en recuerdo de la emperatriz Carlota de México, esposa de Maximiliano de Austria. También se servían los postres de *huevo moll*, las frutas tropicales, los helados de canela y los *primeurs*.





Diseño de Otto Blaumberger, hacia 1915, para el célebre Café Vienés de Zurich, rincón romántico musical para escuchar valeses y tomar un café. Esta fórmula originó la creación de los Cafés con orquesta en América Latina, siendo famosa la obra de teatro "Orquesta de Señoritas" de Jean Anhouil basada en este ambiente y representada con éxito en los países iberoamericanos por la Compañía Argentina de Teatro de San Telmo, a fines de los años setenta.



*El café que invita al reposo, al bienestar
y a los encuentros amorosos y literarios...*

V. TIEMPO DE CAFÉ Y TERTULIAS

En 1886 el joven poeta Rubén Darío (1867-1916) llega a Chile desde Nicaragua, a probar fortuna y a conocer maravillado los portentos de una capital lujosa. Le habían dicho que Valparaíso era una ciudad cosmopolita y llena de posibilidades literarias. El poeta, de sólo 17 años, recorre las calles y escribe sus primeros versos. Se reúne con los escritores del diario *La Época* del puerto y realiza su primer viaje a Santiago.

Deslumbrado con la capital, con sus calles, sus restaurantes elegantes y sus confiterías, Rubén Darío se relaciona con los poetas y visita con ellos los cafés y tertulias, empapándose de la atmósfera afrancesada que flota en la ciudad.

Rubén Darío en los Cafés de Santiago

En su crónica "Historia de un sobretodo" nos cuenta que con su primer sueldo compró un hermoso abrigo en una lujosa tienda de Valparaíso. Como venía de Nicaragua, carecía de prendas invernales, de modo que no soportaba el frío del puerto. Así, narra las peripecias de su sobretodo, diciendo que el abrigo "cenó *Chez Bruck* donde los pilares del café parecen gigantescas salchichas y donde el mostrador se asemeja a una joya de plata".

Con su abrigo nuevo conoce "a un gallardo Borbón y a un criminal". Él mismo agrega en su crónica del sobretodo: "Al compás de los alegres tamborileos que sobre mesas y cajas hacían las 'cantoras', él gustó, a son de arpa y guitarra, de las cuecas que animan al roto, cuando la chicha hierve y provoca a los 'potrillos' cristalinos, que pasan de mano en mano".

Luego, el poeta con su sobretodo frecuenta los salones literarios donde, en amables tertulias en torno a la poesía de Campoamor, conoce a diversos autores que lo relacionan con Pedro Balmaceda y Toro, hijo del presidente José Manuel Balmaceda, con quien establece una profunda amistad ligada a los libros.

Juntos emprenden la búsqueda de los magníficos volúmenes de la biblioteca de los jesuitas que eran considerados de gran valor en la época.

Investigando, los jóvenes descubren que después de la expulsión de la Orden religiosa durante la Colonia, la inmensa colección de libros se guardó en la Universidad de San Felipe, para pasar posteriormente al edificio de la antigua Aduana.

Instigados por la curiosidad intelectual, Rubén Darío y Pedro Balmaceda dedican muchas horas a la incansable lectura de estos libros que formarán en ellos un temple literario y un gusto por los libros antiguos.

Pero Rubén Darío no tiene dinero ni trabajo. Su amigo lo ayuda, intercediendo en favor suyo ante don Gil Alberto Fernández, familiar suyo que residía en esos años en Valparaíso, trabajando como administrador en la Aduana, para que le consiguiera un trabajo... ¡contando fardos en el muelle!

Allí trabajó hasta junio de 1887, debiendo presentar una licencia médica por un mes por padecer de un reumatismo que lo imposibilitaba para ejercer su cargo. Pero al expirar el plazo, el poeta no se presentó, dejando vacante el puesto.

Su gran amigo en el puerto, el escritor y rector del Liceo de Valparaíso, Eduardo de la Barra, que prologó la primera edición de *Azul*, escribió: "¡Imaginadlo enjaulado en el pandemonium de la Aduana de Valparaíso, tratando de fardos, contando barricas, alineando números en negras columnas! ¡Imposible!".



Rubén Darío hacia 1886, poco antes de llegar a Valparaíso.

El ambiente de los antiguos edificios aduaneros inspira, no obstante al poeta para escribir su cuento *El Fardo* en el que describe una trágica historia portuaria. A raíz de esta experiencia, escribió a su amigo Luis Orrego Luco: "Has murmurado, Luis, de la prosa de la Aduana, y has hecho mal. ¡Si vieras cuántas cosas se miran, además de las aes en triángulo y de los enigmas de las pólizas! Yo pensaba como tú, al frente de tan claras arideces, y mira lo que he encontrado ayer, al salir del galpón de avalúos, a los dos días de mi empleo".

Hoy día, aún puede verse una placa en la Aduana de Valparaíso que recuerda el primer empleo del poeta.

Pedro Balmaceda Toro en los Cafés bohemios

Rubén Darío viaja otra vez del puerto a la capital. Escribe, recorre bares bohemios y bebe tazas de café en tabernas de Santiago. Ha sentido un profundo afecto hacia su joven amigo de dieciocho años Pedrito Balmaceda y Toro, de cabellera rubia, ojos claros y melancólicos, y cuerpo enfermizo, con quien acude a los cafés de Santiago, especialmente a la Confitería Torres –que inicialmente estaba situada en la calle Ahumada con Agustina– donde se les ve siempre conversando de libros.

Rubén Darío ve en su amigo a un protector y alma gemela. "Cabeza de Apolo en un cuerpo deforme" lo define el poeta. Y ello porque, siendo niño, sufrió un accidente al caer de un caballito chilote en la hacienda de La Punta.

Desde entonces, el niño sufrió muchos dolores en la columna vertebral. Y cuando llegó la etapa del desarrollo adolescente, su espalda se arqueó en el crecimiento del cuerpo. Ya nunca más fue el mismo. Su temperamento fue arisco y creció como un ser enfermizo y solitario.

La amistad con Rubén Darío fue un solaz dentro de su vida. Con él podía hablar de temas que le resultaban ajenos a ojos de otros. Rubén amaba como él, los objetos finos, la música, las sedas relucientes, las porcelanas y todo lo francés.

La influencia que recibe de su joven amigo será clave en su desarrollo literario. Allí, en un saloncito de La Moneda, elegante y original, arreglado con mucho gusto y lleno de cuadros, palmas y porcelanas, conoce a Luis Orrego Luco, autor de *Casa grande* y a Inés Echeverría Bello que escribe libros y los firma con el pseudónimo *Iris*.

Era la única mujer del grupo en una época en que aún la mujer no figuraba en el mundo literario, pero, como ella misma dice en su diario: "Yo era la única joven de sociedad que los frecuentaba. Había sido aceptada con recelo, pero como era una ávida lectora y solía lanzar una crítica acertada, terminé siendo admitida". Juntos leen a Dante Gabriel Rossetti, a Swinburn, a Verlaine, a Edgard Allan Poe, a Oscar Wilde.

Rubén Darío absorbe esas influencias y comienza a escribir con nuevas métricas, inaugurando un nuevo estilo en la poesía castellana, lleno de sensibilidad artística y de modulaciones sonoras.

Entretanto, Pedrito Balmaceda escribe y pinta. Con un lápiz al carbón traza apuntes de un rincón de un parque familiar. Y con pinceles de pelo de marta pinta un ramillete de fucsias y pensamientos en una concha de nácar.

Las conversaciones entre los poetas amigos continúan en la intimidad del saloncito de La Moneda en donde se reúnen al amparo de una taza de café, para compartir poesía de sabor exótico en un ambiente recargado de sándalo, pieles de tigre, chinerías y maderas preciosas.



Palacio de La Moneda desde la esquina de calles Moneda y Morandé, hacia 1887, en la época en que Rubén Darío asistía a las tertulias literarias de Pedro Balmaceda Toro, el hijo del Presidente.

El Modernismo estético estaba insinuando su perfil de joyas, amatistas, aromas lejanos y piedras encantadas. El mundo se hizo más abierto y la vida monacal, castellana y austera dio paso a una influencia de claro acento francés. París era el norte a donde se encaminaba el arte, la arquitectura, la decoración y la literatura.

Las familias aristocráticas abrieron sus salones para intercambiar impresiones literarias y comentarios de viaje. Los elegantes iban a Europa en lujosos vapores y regresaban al cabo del tiempo cargados de novedades que compartían en la intimidad de sus mansiones.

Rubén Darío lee en las tertulias poemas de su libro *Epístolas y poemas*. Luego, los jóvenes escritores se leen mutuamente sus versos. Pedro Balmaceda Toro publica el primer libro de Rubén Darío titulado *Abrojos*. Rubén Darío se siente feliz y comprendido en un ambiente estimulante. Lee fragmentos de un cuaderno manuscrito que titula "Apuntes Porteños". Son esbozos en prosa de lo que vio en los cerros de Valparaíso y que publicará junto con otros cuentos y poemas en la primera edición de *Azul* publicada en nuestro puerto en 1888.

Muchos de estos poemas fueron leídos en estas tertulias de Pedro Balmaceda Toro y en las reuniones de poetas en casa del señor Ossa Borne a donde asistía también don Manuel Rodríguez Mendoza, director del diario *La Época*.

A su vez, el joven poeta, hijo del Presidente, lee también sus composiciones, llenas de timbres sonoros y sensibilidad hacia todo lo bello.

No sabía aún Rubén Darío que su joven amigo moriría un año después, de apenas 20 años, de un síncope cardíaco presenciando una carrera de caballos en el Parque Cousiño.

Pedrito Balmaceda acudía todos los días al Parque con su amigo Arturo Cousiño Goyenechea a presenciar los ensayos de los carruajes tirados por caballos chilenos que desfilarían para los días de Fiestas Patrias. Esas carrozas francesas diseñadas por Daimont habían sido encargadas directamente por el Presidente a la casa de *Million Guied* de París. Tan maravillosos eran estos dorados coches presidenciales que antes de ser embarcados para Chile, fueron exhibidos en el Gran Palais, asistiendo el *tout Paris*.

El joven Pedro, fascinado por el ambiente parisino de estas carrozas importadas llenas de arabescos dorados, acudía todos los días a presenciar los ensayos de los caballos que tiraban coches antiguos, con soldados de granaderos como postillones. Era una época de hipofilia entre los santiaguinos, es decir, de una extraordinaria pasión por los caballos.

De pronto, un coronel ordenó un simulacro de carga. El joven, débil y enfermizo, hipersensible, con su espalda jorobada, sin-

tió en la barrera el tronar ensordecedor de los cascos de los caballos y tuvo la impresión de que se le venían encima.

No pudo sobrevivir a la emoción y murió poco más tarde del sofoco. Desolado, al leer los poemas póstumos recogidos en un libro y firmados con el pseudónimo de A. de Gilbert, Rubén Darío escribió:

“Es como una caja de cristal llena de pequeños bibelots de bronce, de joyas de oro, de alabastros, camafeos, copas florentinas, medallas, esmaltes; y en el mármol, se ve la huella del cincel de acero”.

Tampoco pensaba Darío que un año más tarde al abandonar Chile, estallaría la terrible Revolución de 1891 que empujaría al presidente José Manuel Balmaceda, el padre de su amigo en La Moneda, a suicidarse.

Darío se fue del país llevando en su corazón el recuerdo de las tertulias en casas y cafés de Santiago y Valparaíso donde llevó una existencia errabunda y poética.

Las tertulias literarias

No solamente era famosa la tertulia de Pedrito Balmaceda Toro en los círculos de Santiago. También existían otras reuniones literarias de prestigio, donde, bebiendo una taza de café, se hablaba de arte y literatura, en el interior de una mansión elegante.



*Tertulia de café y mate en una casa santiaguina del 900.
Grabado de Theodor Ohlsen. Colección del autor.*

La idea viene de París, como todo. Aunque ya en la época de la Colonia existían estos encuentros en los que el hombre comentaba las actividades del día, mientras la mujer bordaba o leía en voz alta pasajes bíblicos o vidas de santos.

Los vecinos y amigos fueron acercándose al grupo, amenizando las tardes y las noches con el canto acompañado de vihuelas, la danza y la literatura. En el siglo XIX se acentúa la idea del salón francés, hablándose también de *habitués* para designar a las visitas habituales, por lo general vinculadas a la cultura y el saber.

La tertulias literarias de Peñalolén

Las primeras tertulias santiaguinas transcurren a mediados del siglo XIX en la hermosa casa que don Juan Egaña le compró en 1830 a las Monjas Claras, en Peñalolén.

Aquí, construyó la magnífica Quinta de las Delicias siguiendo las normas europeas del buen gusto y del buen vivir. Más tarde, su hijo Mariano fue dando forma al jardín botánico de acuerdo a las instrucciones que recibía de su padre desde el Viejo Continente. De especial interés resultó este parque a la italiana con estatuas de mármol que trasladaron desde Europa en barco para instalarlas bajo la sombra de los árboles autóctonos.



Magnífica mansión del siglo XIX de la familia Arrieta en Peñalolén donde se desarrollaron importantes tertulias literarias.

Allí, en medio de escalinatas y balaustros, plantaron una rica variedad de palmas chilenas, maitenes, boldos, litres y peumos que se fueron mezclando con especies botánicas foráneas, como anémonas y peonías, lo que sorprendió gratamente a María Graham cuando visitó la casa y el jardín, dejando estampadas sus impresiones en su famoso *Diario*.

Más tarde, don José y don Luis Arrieta dieron forma definitiva a este parque que se proyectaba en base a una filosofía ornamental muy clásica, ya que tanto las estatuas como los árboles estaban distribuidos con un riguroso sentido estético.

Por esta casona intelectual pasaron artistas y escritores importantes, entre ellos José Ortega y Gasset, Alone y la escritora Inés Echeverría de Larraín -*Iris*- que escribió la novela *Alborada*, inspirada en las historias de la familia.

La Hacienda de los Arrieta de Peñalolén constituyó un ejemplo clásico de Parnaso americano. Fue también una verdadera Atenas por donde desfilaron intelectuales, políticos, poetas y artistas de renombre. Y las tertulias que se llevaron a cabo en los salones al amparo de una taza de café resultaron modelo de una forma de convivencia social y literaria únicamente comprensible en el marco de la época.

Otras tertulias ilustres

También fue famosa la tertulia La Picantería de los hermanos Gregorio y Miguel Luis Amunátegui. Entre 1886 y 1909 don Ricardo Montaner Bello fundó en su domicilio un Club de Amigos para exponer, dialogar y discutir un tema literario semanal. Luego se abrieron otros círculos de intelectuales en torno a las librerías y bibliotecas, siendo las más importantes las que se formaron en *El Diario Ilustrado*, la Biblioteca Nacional y en la oficina de don Diego Dublé Urrutia en el Instituto Nacional.

También fueron famosas las tertulias en la casa de Mercedes Marín del Solar, destacada escritora y educadora. Doña Martina Barros organizaba también veladas literarias tomando café, en tanto que en la misma casa, su marido se reunía en otro salón para fumar y hablar con los hombres de política.

Con posterioridad, las tertulias fueron multiplicándose en los hogares de personas viajadas. Eran parte de la recreación social y formas de convivencia. En las casas elegantes de Santiago, se reunían los escritores, actores y artistas a conversar de arte y cultura, en torno

a la figura destacada de la dueña de casa que oficiaba de anfitriona, seleccionaba a los invitados y presentaba a unos con otros.

Se leían libros en francés, se citaba a Proust de memoria y en todo se imitaba la vida y los salones literarios de París que se conocían sólo de referencia a través de la lectura de *En busca del tiempo perdido*.

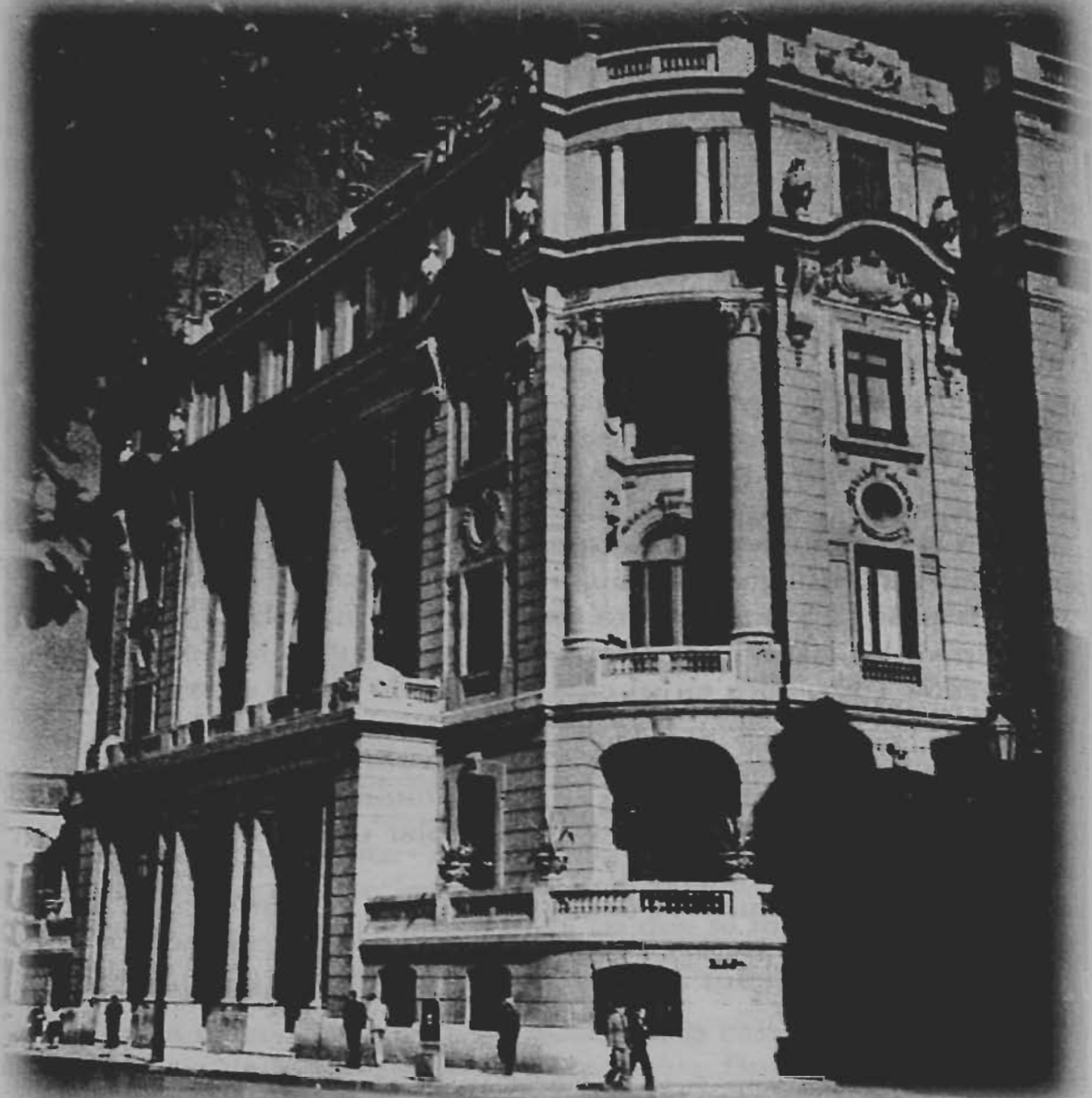
Pero había diferencias. Los salones literarios franceses eran más abiertos. Los grupos más numerosos hablaban de distintos temas. Y, generalmente las condesas ejercían influencias para actuar de mecenas de algunos autores favoritos, cosa que no ocurría en Chile donde las tertulias además, fueron más cerradas, en círculos reducidos de familiares de diez personas en los que se hablaba un solo tema, principalmente literario.

También había tertulias eclesiásticas a la hora del desayuno en casa de una católica piadosa que abría sus puertas para que llegaran monseñores y cardenales a los que ofrecía buen café, dulces y panecillos caseros para acompañar conversaciones en torno a la vida monástica. Estaban invitados también sacerdotes con vocación literaria, religiosas y personas allegadas a la iglesia de familias de prestigio social.

En el cambio de siglo se operan transformaciones en la vida cotidiana de Santiago. Las mujeres cobran protagonismo en las artes, la política y la literatura. Inés Echeverría Bello, que había participado en las tertulias literarias junto a Rubén Darío y Pedro Balmaceda Toro, abre en su casa tertulia de arte y conversación literaria.

Siguen el modelo otras feministas precursoras como Mariana Cox de Stiven que firma bajo el pseudónimo *Shade*. En 1916 se crea el famoso Club de Señoras para hablar de literatura y hacer valer los derechos de la mujer.

Todas estas tertulias se desarrollan en las elegantes casas particulares, hablando siempre en torno a una taza de café acerca de temas afines vinculados a las ideas, la literatura, la política y las artes.



Fachada del Club de la Unión en la Alameda de Santiago.

VI. LAS VELADAS DEL CLUB DE LA UNIÓN

Otro punto de reunión obligado para conversar y departir fue el Club de la Unión. Los contertulios eran en sus inicios liberales y conservadores que por el gusto de hablar de política se reunían primero en la casa de don Rafael Larraín, hombre progresista y agricultor moderno.

Posteriormente las tertulias se trasladaron a los altos de la casa de doña Joaquina Concha de Pinto que arrendaron en Estado esquina Huérfanos donde fundaron el Club en 1864.

El Café del Club de la Unión

Era aún una época tradicionalista y dormida en el viejo Santiago. La decoración de este Club inicial era sobria y los principales adornos de sus salones eran seis cuadros de santos religiosos que prestó a la nueva sociedad la respetable dama santiaguina doña Dolores Ramírez de Ortúzar.

Los socios se juntaban para charlar y jugar al billar que estaba prohibido los Jueves y Viernes Santos. También jugaban rocambor, poker y malilla. Leían los diarios y preparaban el café en un sencillo anafe. Un año más tarde, los socios habían aumentado y se trasladaron a la casa de enfrente, en forma diametralmente cruzada a la casa de los inicios.

Esta nueva morada era más cómoda que la anterior, aunque igualmente sencilla. Contaba con una cocina y los socios podían sentarse a platicar de política y viajes mientras comían "hervidos a la chilena" y el característico "pescado en fuente de barro".

Poco duraron en esta casa los miembros del Club inicial porque la casa fue devorada por un incendio. Sin embargo, no quedaron desamparados porque el Club de Septiembre ofreció hospitalidad y conversación a los contertulios que, amparados en un techo amistoso, decidieron comprar un local propio que reuniera suficientes condiciones y mejor seguridad.

Fue así que adquirieron la casa de la señora Felisa Ossandón de Havilland, situada en la Alameda, entre Ahumada y Estado. Fue necesario adaptar la casa a Club Social y de esta manera, se habilitaron en los altos dos elegantes comedores y un hermoso salón de billares ornamentado por elegantes columnas que llamaban "la Basílica" por su noble arquitectura. Además encargaron a Europa muebles, alfombras, tapices, cortinajes, lámparas, vajilla, cubiertos y adornos.

Por fin, en marzo de 1870 el Club de la Unión abrió sus puertas por primera vez en sede propia. Esta vez contaban con lujosos salones asomados a la Alameda en donde podían charlar amablemente un café en una época en que la conversación era un arte.

Los comedores eran el decorado ideal para la práctica del brillante orador. Aquí se servían vinos franceses, entre ellos los de *Chateau Margaux* y *Chateau Lafitte*, sin contar otros que se traían en pipas, todos de las *caves* de los Hoteles del Louvre y Gran Hotel de París.

Era una época amable para Chile que vivía un gran esplendor económico gracias al imperio de la minería del salitre y el carbón, siendo presidente de este Club precisamente Luis Cousiño, hijo de don Matías Cousiño, fundador de las minas de Lota.

Don Luis Cousiño refinó el ambiente del Club de la Unión y creó espacios para la buena conversación culta, erudita y de viajes. Asiduo visitante a estas tertulias literarias fue el escritor colombiano Jorge Isaac (1837-1895), el autor de *María* (1867) que fue socio transeúnte del Club de la Unión por seis meses durante 1872.

Pocos años más tarde se produjo un problema porque hasta ese momento sólo los hombres podían ingresar al Club a conversar. Aquellos respetables caballeros encontraban aquí un espacio silencioso donde poder fumar habanos, conversar y tomar una taza de café en un ambiente distendido y lejos del mundo femenino y hogareño que mantenían aparte.

Fue en esta época cuando un socio propuso dar un baile en las elegantes dependencias del Club para que de esta manera los miembros presentaran a sus esposas e hijas, y a su vez, estas últimas pudiesen conocer a sus futuros maridos dentro de un mundo social cerrado y elegante. La propuesta tuvo sus detractores, ya que iban a entrar mujeres al Club, pero finalmente se dio el Gran Baile del Club de la Unión en 1875 para lo cual fue encargado a París un afamado cocinero.

Años más tarde, en plena crisis con motivo de la Guerra del Pacífico, el Club entró en un receso y los socios debieron vender la propiedad y trasladarse a la calle Bandera esquina Huérfanos, a un edificio propiedad de la familia Goyenechea que fue facilitado en magníficas condiciones para que siguiera desarrollándose el Club de manera más o menos normal.

Fotografías de este tiempo muestran el Club funcionando en esta espléndida casa con patio en el que se disponían las mesas durante el verano, en medio de macetas con palmas y estatuas.

En 1887 estuvo de visita en Chile don Carlos de Borbón, pretendiente a la Corona Española y representante de las ideas más tradicionalistas y conservadoras. El príncipe fue agasajado por la sociedad chilena y en una reunión a la que asistió fue invitado a un paseo campestre por don Francisco Undurraga, uno de los socios más antiguos del Club.



El famoso patio del viejo Club de la calle Bandera.

El Conde de Brem —como se hacía llamar el duque, de incógnito— aceptó la invitación a almorzar a la Hacienda Santa Rita de propiedad de don Domingo Fernández Concha. Todavía circula un retrato del príncipe, en sepia, en traje de huaso chileno, con sombrero y poncho, rodeado de los caballeros de su séquito y de agricultores del país.

Con posterioridad a este convite, el príncipe fue invitado a conocer el Club de la Unión donde fue recibido por el Presidente, don Adolfo Ortúzar, don Joaquín Walker Martínez y don Ramón Barros Luco, entre otros.

El Duque de Madrid llegó acompañado del conde de Ayans de Comans y de su comitiva, quedando impresionados por la bienvenida que le hicieron los socios, quienes los invitaron a un *lunch* y a una copa de champagne.

Otro invitado ilustre fue el Príncipe don Luis de Orleans y Braganza que llevaba en sus venas la sangre de las familias reales del Brasil, de Francia y de Portugal, quien visitó el Club de la Unión en 1907.

Escritores en el Club de la Unión

En estos mismos salones cargados de recuerdos redactó páginas de su afamada novela *Casa grande* el escritor don Luis Orrego Luco que era también socio del Club de la Unión donde solía juntarse a conversar y a observar el mundo social de la clase alta santiaguina para llevarlo posteriormente a las páginas de sus novelas.

Otro observador de nuestras costumbres desde los comedores del Club de la Unión fue don Aurelio Díaz Meza, quien reparó en la tapicería “colorada” de uno de los salones del Club y dijo en una de sus crónicas de la conquista que ese color en tapices de muebles provenía de una moda importada de Lima durante la colonia por las familias de alcurnia venidas de allá y avecindadas en Santiago, entre ellas la de don Alonso de Córdoba.



*Ambiente de las calles céntricas de Santiago
hacia fines del siglo XIX,
con sus características tiendas comerciales.*

Otro escritor asiduo del Club de la Unión fue el brillante periodista don Joaquín Díaz Garcés (1877-1921), que firmaba con el pseudónimo de Ángel Pino en recuerdo de un cobrador de tranvías que conoció yendo a su casa quinta en Ñuñoa y que encontraba simpático y divertido. Ángel Pino escribía muchos de sus artículos de pie en el mesón del Club de la Unión y luego de firmarlos, los enviaba al diario *El Mercurio* o a la revista *Zig-Zag* por medio de un mozo.

El ambiente del Club le servía de inspiración y acicate para la imaginación. Ángel Pino fue un sabio estudioso de las costumbres chilenas, un observador alerta que dibujaba con su pluma ciertos retratos del hombre de la calle y del dandy que bebía su copa de Oporto sumido en un sillón del prestigioso Club del cual era socio. Tan frecuentes eran sus visitas al Club de la Unión que en muchas de sus crónicas costumbristas lo menciona, transcribiendo conversaciones y apuntes del natural, especialmente en los artículos que escribió en el periodo comprendido entre 1913 y 1916.

Don Alberto Edwards, amigo íntimo de muchos años de Ángel Pino, se refiere al escritor del Club de la Unión con su "infinito, su asombroso, su fascinador poder de seducción... Yo recuerdo que cuando llegué de Europa y lo encontré en el Club, escuchado, adorado, embelesando a medio mundo me dije: ¡Pero este hombre es un dios!... En el Club lo adoraban. Cuando lo nombraron académico, le dieron el banquete más grande que se le haya ofrecido en Chile a un particular. Tenía amigos de todas clases... y materialmente los fascinaba".

Era un tiempo en que los escritores necesitaban de la comunicación humana a flor de piel para potenciarse mutuamente en la camaradería y la amistad de la palabra hablada.

Más adelante, en 1917 los socios del Club adquieren el Convento de las Monjas Agustinas que estaba situado en la Alameda, esquina Bandera, pues las religiosas iban a trasladarse a otro lugar más alejado del centro.

Es en este lugar en donde comienza a edificarse el Club de la Unión que conocemos en la actualidad, bajo la supervisión del famoso arquitecto don Alberto Cruz Montt. Muchos años tardó en construirse el soberbio edificio de nobles proporciones que finalmente estuvo terminado en 1925.

Durante los años de edificación, el Club siguió funcionando en la vieja casona de Bandera con Huérfanos donde recibieron la visita del representante de don Alfonso XIII, don Fernando de Baviera, acompañado del periodista José Francos Rodríguez, lo que fue motivo de largos agasajos, porque debido al mal tiempo reinan-

te en esos días en la capital, la visita real se prolongó más de lo previsto y los salones del Club fueron testigos de extensas conversaciones sobre política, viajes, arte, literatura y vida social. Otro visitante ilustre en esta época fue el Príncipe Humberto de Saboya, heredero de la Corona de Italia.

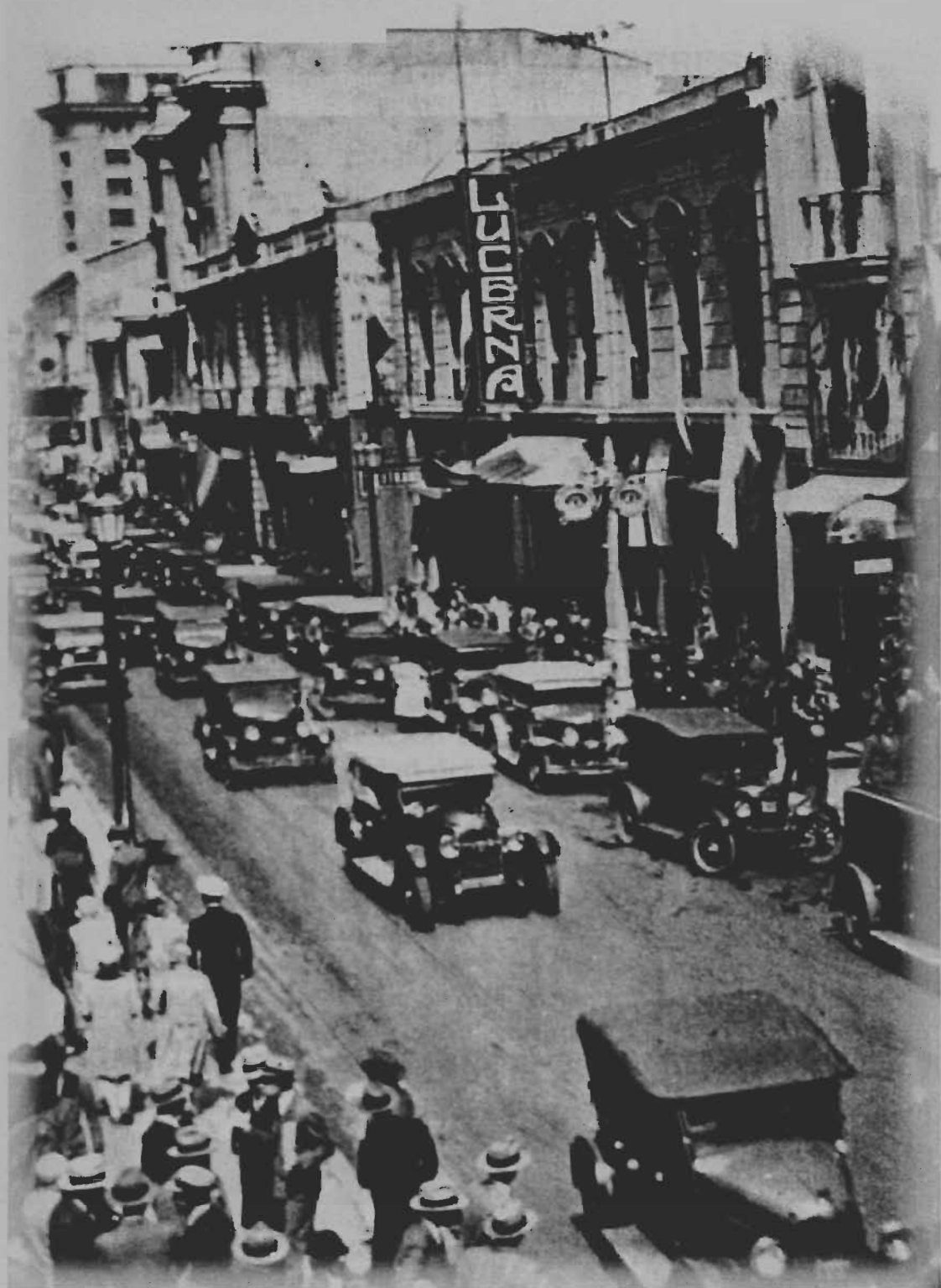
Ya en el Palacio de la Alameda, recibieron la visita del Príncipe de Gales en 1926 que pudo admirar las nobles dependencias de sus salones con esculturas de Rebeca Matte y cuadros de Pedro Lira, Sommerscales, Valenzuela Llanos, entre muchos otros.

Otro escritor asiduo del Club de la Unión fue Jenaro Prieto que, inspirándose en los personajes que frecuentaban estos salones y especialmente los ámbitos de la Bolsa de Comercio, vecina al Club, escribió su famosa novela *El Socio*.

Es en este ambiente sofisticado del Club donde se reúnen las principales figuras de la vida política y diplomática de Chile. Aquí vienen banqueros, abogados, juristas, escritores y conversadores natos provenientes de las antiguas familias chilenas, conscientes de que el ser humano necesita de un espacio para estar entre sus iguales.



Contertulios del Club de la Unión hablando de política, viajes y literatura.



¿Se acuerda del Café Lucerna? Era uno de los Cafés más elegantes de Santiago durante los años 30. Estaba en la calle Ahumada cuando los caballeros del centro usaban sombrero y paseaban en sus automóviles Ford.



¡AQUÍ!

NO PIDAIS MAS CAFÉ
QUE EL TORREFACTO DE
LA ESTRELLA

VII. LA CONFITERÍA TORRES

En 1879, en plena época de la Guerra del Pacífico, se inauguró la Confitería Torres en calle Ahumada con Huérfanos, en el mismo lugar donde años más tarde existió el Café La Novia.

El cocinero de este establecimiento fue don José Domingo Torres, mayordomo de una aristocrática familia de Santiago, famoso por la excelente preparación de sus alfajores, dulces, “chilenitos” betunados, príncipes de manjar blanco y el tradicional “huevo moll”.

Tan afamadas eran sus mistelas y confites que muchas familias solicitaban sus servicios para que personalmente se ocupara de los banquetes. Inclusive el Círculo Español, que en 1880 se inauguró con gran pompa en una casona de la calle Agustina, le encargó que le preparara una torta para la ocasión. Grande fue la sorpresa de los socios cuando vieron que la torta representaba la torre de la Giralda de Sevilla con todos sus detalles en azúcar glaseada.

El cocinero se hizo rápidamente popular, a tal punto que la familia para quien trabajaba, decidió instalarlo en un local propio. Ahora las piezas de dulcería se exhibían en lujosas vitrinas que rápidamente atrajeron la atención del público por la novedad de las decoraciones y la alta calidad del servicio ofrecido por el pastelero artista.

La confitería fue un éxito. Por sus salones circulaban las elegantes con sus mejores atuendos –polisón y sombrero de plumas– a comprar pasteles para la hora del té y también los escritores que hacían vida social al amparo del mundillo refinado que pululaba por los comedores.

Entre los primeros poetas que frecuentaron los hermosos salones de la confitería de la calle Ahumada estaban Rubén Darío, recién llegado a Chile, Pedrito Balmaceda Toro, hijo del presidente



Balmaceda y el grupo de artistas que los rodeaba, todos ellos de marcada preferencia por la moda y los gustos franceses.

Un político y escritor asiduo del Torres fue don Ramón Subercaseaux Vicuña, representante de Chile en Alemania e Italia. Hacia 1888 y teniendo 32 años, participó también con Darío en varias tertulias del Torres. Don Federico Errázuriz, que fue Presidente de Chile en 1896, fue también asiduo concurrente del Torres, frecuentando las tertulias amenísimas que se llevaban a cabo en sus salones.

En el lujoso interior, los caballeros bebían café turco y licores finos: Oporto dorado, Jerez Old Solera, Cognac Rare Old... licor Benedictine de la Abadía de Fecamp... en tanto que los *pijes* que volvían con sus enamoradas de ver la opereta *Los Mosqueteros Gri-ses* tomaban café y fumaban en boquilla.

Toda la confitería olía a perfumes finos, a céfiro oriental, a Ixora de África, a heliotropo blanco y a resedá... Era una confitería sofisticada al estilo parisino. No era de extrañar que en una de las mesitas, una dama santiaguina bebiera un café leyendo un libro de Alfred de Musset... en francés.

La Confitería Torres en el Palacio Iñíguez

Más tarde, la Confitería del centro se trasladó en 1904 a la mansión romántica de los Iñíguez, construida a petición de la familia por los arquitectos Cruz Montt y Larraín Bravo, en la Alameda, casi esquina de Dieciocho, donde existe hasta la actualidad.

La familia Iñíguez fue la primera en habitar el palacio, aunque anteriormente no vivían en Santiago sino en Valparaíso, ya que allí había llegado don José Santiago Iñíguez, procedente de Castilla la Vieja, que fue el primero en llegar a Chile desde España.

Su trabajo en el puerto fue muy productivo, pues pronto llegó a tener barcos propios que surcaban todo el Pacífico hasta Panamá. Su hijo Pedro Felipe consolidó la fortuna, creando lazos comerciales con Perú, Brasil y Centroamérica. Compró haciendas en el sur e integró la política como vicepresidente en la Cámara de Diputados. Estas actividades le permitieron prosperar económicamente, de modo que fue posible mandar a construir el palacio con todos los adelantos de la época y las modas del momento.

Sus dos hijos también brillaron en la sociedad santiaguina. Antonio Iñíguez escribió el libro *Historia del periodo revolucionario en Chile 1848-1851*, en tanto que Loreto Iñíguez fue Reina de Be-

lleza en 1873. El premio del concurso, ideado por Benjamín Vicuña Mackenna, era que se bautizara con el nombre de la ganadora una conocida calle santiaguina que después enfrentaría un puente. Desde entonces, ese tramo al otro lado del río Mapocho en el barrio de Bellavista, se llama Calle y Puente Loreto...

Era ésta una época afrancesada y el gusto de los santiaguinos se aproximaba al de los elegantes de la Ciudad Luz. Por eso, los arquitectos idean el magnífico edificio como una copia fiel

del Hotel Rambouillet de París, en estilo Segundo Imperio barroco, con su ornamentación exagerada, llena de estatuas, medallones, cornucopias, guirnaldas y balaustros.

En este local se celebró el Centenario en 1910 debido a que en ese tiempo era el local público más elegante de Santiago. Para ponerlo más a tono, el gobierno sugirió separar el restaurant del bar con unos hermosos biombos de madera con espejos que se conservan hasta el día de hoy.

En esos comedores se ofreció el Vermouth de Honor al cuerpo diplomático vigente en celebración del Centenario de la Independencia, siendo Presidente de la República don Emiliano Figueroa que oficiaba de mandatario a la muerte de Pedro Montt mientras don Ramón Barros Luco recibía la Presidencia.

Los jóvenes iban siempre después de la misa dominical de mediodía en la iglesia de San Ignacio o a la salida del Teatro Iris a tomar refrescos, en tanto que las señoras acudían a tomar el té con pasteles, principalmente empolvados y "borrachos" impregnados de cognac que eran la especialidad del mítico Café.



*Frontis de la Confitería Torres
en la Alameda de Santiago.*

Aquí solía venir el presidente don Arturo Alessandri Palma todas las tardes, desde La Moneda, a “tomar onces”, con su chofer y su perro *Uik*, un gran danés que era su compañero inseparable, tal como se les ve en diversos retratos, óleos y caricaturas de la revista *Topaze*.

Una vez, incluso, desfilando en coche abierto tirado por caballos por la Alameda durante la tradicional Parada Militar, el presidente don Arturo Alessandri Palma hizo detener el carruaje y se bajó, rompiendo el protocolo, abriéndose paso entre la multitud que lo aclamaba, para entrar a la Confitería Torres a beberse un vaso de chicha bien fría en cacho de buey.

También venía aquí, ya siendo Presidente de la República, don Ramón Barros Luco que pedía siempre un *sandwich* de carne y queso caliente, razón por la cual este *sandwich* pasó a llamarse hasta el día de hoy *Barros Luco*.

Frecuentada por presidentes, diplomáticos, ministros, embajadores, periodistas, poetas, intelectuales, artistas y políticos, la Confitería Torres vivió sus años de esplendor como punto obligado de reunión, especialmente cuando en ese barrio, circundado por las calles Vergara, Ejército, Dieciocho, Ejército y República, vivían las familias enriquecidas en la industria vitivinícola o en las minas del salitre y del carbón, mucho antes de producirse el éxodo hacia el barrio Oriente de la capital.



*Ventanas de la Confitería Torres
con las botellas polvorientas encontradas en las antiguas cavas.
Fotografía de Guillermo Palma.*

Entre las familias que frecuentaron el Torres podemos mencionar a los Rivas Vicuña, los Cousiño Valdés, los Cousiño Lyon, los Chaigneaux Puelma, los Caffarena, los Saavedra Montt y los Undurraga que vivían en Dieciocho, a la vuelta de la Confitería.

Sentado en una mesa, don Pedro Undurraga hablaba de las viñas y de la calidad de sus vinos. También acudían los Pretot y los Martínez Baeza que siempre tomaban un aperitivo aquí antes de ir a almorzar al Círculo Español que estaba junto al negocio.

También tomaron aperitivos en el Torres los Risopatrón, don Daniel Mac Donald que era un gran contador de historias, los Eyzaquirre de la Huerta que fueron propietarios del edificio, don Arturo Matte Larraín, su primo Miguel Ángel Larraín, dueño de una gran facilidad de palabras y tantos otros.

Joaquín Edwards Bello en la Confitería Torres

El escritor Joaquín Edwards Bello también solía venir y en uno de sus libros escribe: "Si pasamos por la Alameda, entre las calles Dieciocho y San Ignacio, por el lado de los antiguos palacios, veremos un letrero que dice: *Confitería y Pastelería Torres*. Esta pastelería es un pedazo del viejo Santiago. Antes se encontraba en Ahumada con Huérfanos, esto es mucho antes. Cuando voy a dicha pastelería, que conserva los muebles del tiempo viejo, mi imaginación vuela por muchos años para atrás, a 1902 y 1910 por lo menos".

Más adelante de su sabrosa crónica, Edwards Bello hace recuento de los contertulios del Torres: "La pastelería servía helados, vainas y cocteles. Era bar y pastelería. Los que iban entonces, fuera de los que no recuerdo, eran Eduardo Nelson, Enrique Rozas Ariztía, el 'Negro' Carlos Alarcón, Hernán y Nacho Zañartu, Ramiro Valdés, Choño Alemparte, Jorge Bories Lavín y Juan Vicuña".

Edwards Bello finaliza la crónica diciendo: "He ido al Torres algunas veces. El mejor tiempo es septiembre, cuando el sol hace hervir la tierra y el aire trae olor a novia. A las doce el tráfago estudiantil llena el paisaje. Yo me pongo a recordar. Veo pasar a las que hoy son marchitas y escucho las voces de los amigos que ya no están".

Otro personaje de la bohemia artística que pasó por el Torres fue el mítico Jorge Cuevas, también llamado Cuevitas que con el tiempo se convirtió en el famoso Marqués de Cuevas, promotor del afamado Ballet de resonancia mundial, casado en Europa con Margarita Strong Rockefeller, nieta del multimillonario Rockefeller, heredero de una cuantiosa fortuna y uno de los grandes acaudalados chilenos en el mundo.

Jorge Cuevas era asiduo del Café Torres y allí se veía a menudo con sus contertulios, antes de marchar a Europa donde inicialmente se desempeñó como dependiente de la casa de antigüedades del príncipe Yusopov, el asesino de Rasputín. Muchas veces, cuando el príncipe no estaba o no quería atender a las personas curiosas que querían conocer a aquella mítica personalidad, Jorge Cuevas lo su-plantaba entre aquellos vetustos muebles de estilo, porque siempre tuvo un marcado sentido del histrionismo.

Jorge Cuevas reivindicó el marquesado de Piedra Blanca de Huana que le correspondía por herencia. Con ese argumento nobiliario y sobre todo con el arte de la seducción en el que era maestro, se franqueó las puertas de los palacios europeos.

Sentado en el suelo, tomó una taza de café en un castillo legendario con Joaquín Edwards Bello, la duquesa de Wellington y la ex reina de Rumania. Se batió a duelo por honor en 1957 en una casa de campo francesa. Fotografías de la época lo muestran blandiendo su sable. Murió en su villa de Cannes en 1961.

Sentado en una mesa del Café Torres, Joaquín Edwards Bello señaló que la vida legendaria del Marqués de Cuevas era una novela que estaba pendiente por escribir...



El escritor Joaquín Edwards Bello, asiduo de la Confeitía Torres.

Las veladas líricas de la Confitería Torres

La espléndida confitería de comienzos del siglo XX entró en decadencia hasta que en 1959 la adquirió don Bartolomé Alomar con el propósito de restaurarla y reivindicarla como un establecimiento tradicional donde se ha tejido gran parte de la historia de Chile.

Don Bartolomé Alomar fue el alma del Torres en su nueva etapa y logró animar la vieja confitería, iniciando las famosas veladas que contaron con actuaciones notables de cantantes líricos.

Los viejos bohemios se entusiasman y regresan a una confitería remozada que ya no vende pasteles. De la época de los dulces sólo queda el nombre y ocho frascos de caramelos. Pero en cambio, se puede comer y beber bien. Los vinos son excelentes: Santa Rita, Santa Carolina, Tocornal...

En los comedores de mantel blanco los comensales pueden encontrarse con viejos contertulios. Además, el teatrillo cobra vida. En el pequeño escenario cantan ahora el brindis de *La Traviata*, con una copa en alto, Maruja Bontá e Iván Skoknic, joven abogado que tenía un agradable registro de barítono.

En ese tiempo llega al Teatro Municipal de Santiago una compañía de zarzuela directamente de España con el repertorio de costumbre: *Luisa Fernanda*, *La Verbena de la Paloma*, *La Leyenda del Beso*, *La Rosa del Azafrán* y *La del Soto del Parral*.

En el coro, canta un joven de hermosa voz. Al término de la función, pide que lo lleven a un café y restaurant típico de Santiago. Lo conducen al Torres donde se encuentra con una velada lírica en el escenario. Entusiasmado con la representación y con el pisco *sour* que acaba de paladear, el joven tenor sube también y canta para el público una romanza de *Marina*. Es Plácido Domingo que aún no es conocido internacionalmente. La Confitería Torres lo escuchó cantar una noche en el histórico escenario...

Un presidente de Chile que frecuentó el Torres de la Alameda en la década del 60 fue don Eduardo Frei Montalva que siempre le solicitaba al mismo mozo, Raúl Carrillo, una frugal taza de té con tostadas.

Una bebida tradicional de la Confitería fue el colemono que sólo se preparaba durante el mes de diciembre, sirviéndose muy frío. Para tal circunstancia, Germán Herpel que era el afamado barman, llegaba a la Confitería con su clásico bastón de palo de guindo para revolver la milagrosa mezcla de leche, café, clavos de olor, canela, nuez moscada, cáscara de limón, vainilla y azúcar, ingredientes que luego de hervidos, reposados y enfriados, se mezclaban con aguar-

diente de Chillán, más una copa de cacao y un vaso de ron. Posteriormente se envasaba todo en botellas de Anís del Mono de la Confitería Torres de donde procede el nombre de Cola de Mono.

Terminada la época de la venta del prestigiado “Colemono del Torres”, Germán Herpel envolvía religiosamente en un estuche de cuero negro su bastón de palo de guindo con el que había dado “el punto” exacto a su maravillosa bebida y regresaba a su casa con toda tranquilidad para guardar su varita mágica hasta el próximo año.

Las comidas del Torres también han sido tradicionales: la carne mechada, la corvina a la riojana, los calamares salteados al jerez, el filete al arriero, el bistec a lo pobre y los clásicos *sandwichs* chilenos, únicos en el mundo: el Chacarero con porotitos verdes y ají picante, el Barros Jarpa y el Barros Luco...

Enrique Lafourcade, nostálgico del Torres, de cuando “las damas de Viena tocaban en el escenario *Plaisir d’Amour*”, escribió: “Por el pequeño teatrillo del Torres han desfilado Jaime Urbina, Maruja Bontá y otros líricos. Recuerdo a Alonso Pengueli, un notable pianista. Hacia 1925, en mis viajes a Santiago, iba al Torres a ver películas de Chaplin. Sobre todo a mirar a las señoras y a las niñas que reían comiendo pasteles y tomando té”.



Interior de la Confitería Torres con el mobiliario original, su balcón de balaustros y sus clásicos manteles blancos almidonados. Fotografía de Guillermo Palma.

Otro contertulio fue el escritor Edmundo Concha, autor de las famosas crónicas "Día a día" que firmaba con sus iniciales E. D. en el diario *El Mercurio*: Allí escribe: "Recuerdo que en otro tiempo yo solía recalar a la hora de onces en el Café Santos, donde habitualmente se juntaba un trío formado por el ingenioso González Vera, el introvertido Manuel Rojas y el erudito Enrique Espinoza, quienes integraban la versión masculina de las tres Gracias".

En las paredes se conservan versos pintorescos en torno a la amistad, el buen vivir y la camaradería alrededor de una mesa:

*¿Le gusta la noche?
Bébase las estrellas con Santa Carolina.*

*En los cien años del Torres
yo también quiero brindar
brindo como parroquiano
por este café singular.*

*Las lolas de aquel entonces
de crinolina y de abuela
debían pasar al Torres
a tomarse una mistela.*

O bien:

*Aquí transcurren los años
con mucho acudir de gente
ya la Alameda ha cambiado
y el Torres siempre vigente.*

Rayén Quitral canta en el Torres

La soprano chilena Rayén Quitral nació en Iloca el 7 de noviembre de 1916, aunque su verdadero nombre fue María Georgina Quitral. Al venirse a Santiago en busca de empleo comenzó a trabajar como empleada en la casa de Sofía del Campo, afamada soprano y profesora de canto, madre de la conocida cantante Rosita Serrano que triunfó en Alemania en los días del III Reich, cantando "La Paloma":

*Si a tu ventana llega
una paloma*

*trátala con cariño
que es mi persona.*

Oyendo a su empleada cantar mientras trabajaba en las labores de la casa, Sofía del Canto puso oído, advirtiendo inmediatamente las condiciones vocales excepcionales de la joven araucana. De inmediato, decidió educar su voz de hermosa coloratura. Y fue así que nació la soprano mapuche Rayén Quitral, quien debutó en un concierto en el Teatro Central de Santiago en 1937.

Posteriormente en 1941 viajó a Buenos Aires donde cantó en el Teatro Colón representando a la Reina de la Noche en la ópera *La Flauta Mágica* de Mozart, siendo éste su rol más característico. Fotografías de la época la representan con el deslumbrante vestuario de la Reina de la Noche cuya hija Palmira se haya prisionera en el palacio del Sumo Sacerdote Sarastro. La Reina convence al joven Tamino para ir a rescatarla, pero éste, al ver un pequeño retrato, se enamora de Palmira. La Reina se aparece entonces a su hija y con gran furia le reclama que mate a Sarastro. Rayén Quitral ponía toda su energía dramática en la interpretación de este difícil papel.



La soprano chilena de origen mapuche, Rayén Quitral, con trapelacucha de plata y atuendo indígena, tal como se presentaba en actuaciones internacionales. Colección del autor.

Su voz ya estaba empezando a ser conocida en toda Latinoamérica, residiendo durante largo tiempo en México. Fue famosa cantando en Chile *Lucía de Lammermoor* en 1942 e interpretando en 1943 el rol de Gilda de *Rigoletto*.

En 1950 realizó una gira de conciertos por Italia y Francia interpretando las canciones de su sur nativo, especialmente *El copihue rojo*, *El copihue blanco* y *El copihue rosado* del poeta penquista Ignacio Verdugo Cavada. También popularizó las canciones chilenas *La Tranquera* y el *Ay ay ay* de Osman Pérez Freire que hoy se conoce internacionalmente.

Rayén Quitral cantó nuevamente su rol estelar de La Reina de la Noche, en Londres, en 1951. En Inglaterra estuvo en distintas oportunidades. En una ocasión, después de un concierto fue invitada a cantar al Palacio de Buckingham. Esta invitación fue debida a Perico Vergara, hombre de mundo, sobrino de Blanca Vergara, propietaria de la Quinta de Viña del Mar, quien viajaba por toda Europa, siendo amigo de las principales familias europeas.

Como Perico Vergara era amigo del Príncipe de Gales de Gran Bretaña, Eduardo de Windsor, heredero del trono británico, con quien emprendía excursiones de caza al África, intercedió para que Rayén Quitral fuera invitada a cantar al palacio, sorprendiendo al futuro Eduardo VIII de Inglaterra por el hermoso timbre de voz cantando el repertorio chileno e internacional.

No sabía aún el príncipe que su reinado duraría poco tiempo y que habría de abdicar del trono por romper las reglas del protocolo real al haberse enamorado de una divorciada norteamericana. Aquel amor con Wally Simpson sería legendario. Tampoco sabía que con el tiempo visitaría en dos oportunidades el país de su amigo Perico Vergara.

Entre tanto, está allí aplaudiendo a esa exótica cantante mapuche venida del otro lado del Atlántico. Tenía altivez y un rictus dramático al cantar. No obstante a Rayén Quitral le faltó educación. Incumplía los contratos. Bebía mucho. Profundamente indígena, se sentía ajena en ese mundo europeo. Tenía voz natural, pero le faltaba disciplina, solfeo y base musical.

Nacionalista y adelantada a su época, defendió a su pueblo indígena. En barrocos escenarios europeos, se presentaba con túnica mapuche y trapelacuchas de plata. Finalmente después de grandes dificultades, regresó a Chile y cantó muchas veces en el Torres. Todavía parece que se escucha su voz inconfundible de dramático timbre resonando en los comedores:

*Soy una chispa de fuego
que del bosque en los abrojos
abro mis pétalos rojos
en el nocturno sosiego.*

*Soy la flor que me despliego
junto a las rucas indianas
la que al surgir las mañanas
en mis noches soñolientas
guardo en mis hojas sangrientas
las lágrimas araucanas.*

En los años 60, Rayén Quitral dio recitales por todo el país, incorporando a su repertorio arias de *Fidelio* de Beethoven que había aprendido en Alemania.

Su último concierto lo dio en el Casino de Viña del Mar en 1967 bajo la batuta de Izidor Handler, vestida con un traje de terciopelo negro y un manto de tul rosado. En esa oportunidad cantó *Un bel di vedremo* de la ópera *Madame Butterfly* de Puccini, un aria de *Fidelio* de Beethoven y el clásico *El copihue rojo*. El público la aplaudió de pie.

El país sin embargo, no le correspondió, como suele suceder y le retribuyó con el llamado “pago de Chile”. Con dificultad consiguió un puesto de profesora de canto en una escuela fiscal. A veces se la veía deambular en el Torres, hilvanando recuerdos de Europa. Después de beber una copa de vino que alguien le brindaba, ella aceptaba ponerse de pie y cantaba, con dramático acento mapuche, el aria de la Reina de la Noche de *La Flauta Mágica* que le dio fama internacional.

En los años 60, el nombre de Rayén Quitral era tan famoso en Chile que fue puesto como marca... de una cocina. Efectivamente, los hermanos Aurelio y Américo Simonetti –padre y tío de la cantante Gloria Simonetti– tenían en la comuna de San Miguel la famosa empresa Mademsa, con más de 3.000 operarios, hoy desaparecida.

De origen italiano, esta familia bautizó con el nombre Etna a un calefont en recuerdo del famoso volcán italiano. A otro calefont igualmente poderoso le dieron la marca Osorno en homenaje al volcán chileno. Posteriormente sacaron al mercado una cocina básica de dos platos que bautizaron Quitral, en homenaje a la cantante mapuche a quien admiraban, seguramente asociando la idea de “chispa” y de “fuego” de la famosa canción del copihue chileno popularizada por la soprano. Tal era la fama de la cantante que frecuentaba el Torres.

En esta época, el gobierno de Eduardo Frei le otorgó a Rayén Quitral una pensión de gracia con la que pudo alquilar un pequeño departamento en la calle Moneda. Desde allí se trasladaba a la Confitería Torres, donde los parroquianos la reconocían y le pedían que cantara una canción... Finalmente la cantante murió el 20 de octubre de 1979 completamente olvidada, como años después le ocurrió a la cantante Rosita Serrano, en su departamento de la calle Merced.

El 15 de octubre de 1997, Correos de Chile emitió una serie de sellos de cantantes líricos chilenos, rindiendo homenaje a Pedro Navia, Renato Zanelli, Carlos Morelli, Ramón Vinay y Rayén Quitral.

Perico Vergara, una leyenda de la Confitería Torres

Uno de los grandes amigos de Rayén Quitral, Perico Vergara, que había intercedido por ella para que cantara en el Palacio de Buckingham y que había integrado la comparsa del Príncipe de Gales en Inglaterra, también moría olvidado en una residencial de la calle Dieciocho, muy cerca de la Confitería Torres. ¡La vieja calle Dieciocho! ¡Pensar que antiguamente tenía pavimento de madera para suavizar el paso de los carruajes! Es que todo en aquella calle tenía rumor de elegancia y suavidad de terciopelos. Era la calle de las grandes familias santiaguinas que frecuentaba Perico Vergara... Desde el balcón de la residencial, recuerda otras épocas...

Muchas tardes baja y pasea por la calle Dieciocho deteniéndose ante la escalinata de una mansión convertida ahora en academia de corte y confección...

Antes de morir, se le veía deambular por los comedores, al amparo de una copa de vino, recordando los años de apogeo de la Quinta Vergara de Viña del Mar. Le parece ver en los jardines a su tía, doña Blanca Vergara, dando órdenes para cada detalle de una fiesta en esa noble residencia de estilo gótico manuelino, semejante a un palacio veneciano junto al Gran Canal.

Aquella espléndida casona rodeada de estatuas, fuentes y palmeras, había sido el escenario donde transcurrió la niñez de su querida prima Blanquita Errázuriz Vergara, en medio de sonatas de piano y juegos de muñecas francesas bajo la sombra de las palmeras.

Sentado en una mesa del Torres, Perico habla de Blanca Elena que protagonizó en 1917, un bullicioso escándalo en New York cuando dio muerte a su marido norteamericano con un disparo.

Nadie hablaba mucho de ello en el Chile de esos años. "Se conocieron en Francia", dice Perico "cuando fue con su madre a reco-

rrer Europa. A los diecisiete años Blanquita ya era hermosa, inteligente, rica, tocaba el piano y era una incansable lectora de libros. Enamorada de la cultura francesa, conoció en París, en una embajada, a John de Saulles, un elegante norteamericano quince años mayor que ella, comerciante de caballos, jugador de la Bolsa de Valores en Wall Street y asesor de campañas políticas. Pronto se casaron en una espléndida boda que tuvo lugar en la Quinta de Viña...



Perico Vergara, asiduo del Café Torres, posa con su gran altura, caballerosidad y elegancia ante el Puente de Londres.

Gentileza: Archivo de Sara Vial.

“Al poco tiempo se fueron a vivir en Estados Unidos, pero la vida de Blanca Elena en Long Island, se tornó un infierno... John era un mujeriego que le quería quitar a su propio hijo. Indignada, Blanquita tomó un revólver y le disparó causándole la muerte. Toda la sociedad de Estados Unidos se conmocionó con este crimen de una mujer sudamericana que asesinaba a su marido norteamericano. Por cierto que fue juzgada y encarcelada. A la prisión de New York la fue a visitar Rosita Renard e incluso tocaron piano a cuatro manos...

“Su madre sufrió mucho en Viña del Mar. Era tan conocida... Mi prima iba a ser condenada a la silla eléctrica, pero la opinión pública y las primeras feministas se pusieron en su favor. Por fin, se pronunció la sentencia que gritaron todos los suplementeros de New York a pleno pulmón: *Blanquita is not guilty!*: ‘¡Blanquita no es culpable!’ en los días aciagos de la Primera Guerra Mundial...

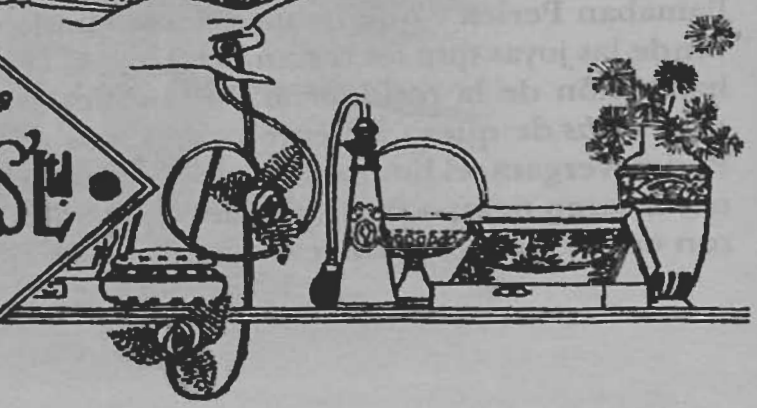
“Pronto, Blanca Elena regresó a Viña del Mar, pero ya nada fue como antes. Se había rematado el maravilloso palacio. Ya no quedaba dinero. Blanca Elena sufrió mucho porque al poco tiempo de regresar a Chile con su hijo, él no se acostumbró en Viña del Mar y regresó a Estados Unidos a casa de su familia paterna. Blanquita terminó suicidándose en su chalet de Con Con después de perder todos sus bienes...”

Perico siempre recordaba en los años 60 su estadía en el Palacio de Buckingham donde había tomado en brazos, siendo niña, a la actual Reina Isabel de Inglaterra... En sueños se veía viajando por África cazando leones con el Príncipe de Gales... y con amigos chilenos a quienes invitaba con los gastos pagados. Incluso, estando en París se hospedaba en el Hotel Ritz donde recibía espléndidamente a sus amistades...

Por lo pronto, está enfermo y pobre. Su esposa, a quien todos llamaban Perica y que había sido su empleada, consigue dinero y vende las joyas que le restan. Con amor, cuidará a su marido en la habitación de la residencial de la calle Dieciocho donde le lleva *sandwichs* de queso caliente comprados en el Torres. Finalmente Perico Vergara, el hombre que lo tuvo todo, muere solo tras permanecer largo tiempo postrado en cama. Sus últimas apariciones fueron en la Confitería Torres, recordando viejos tiempos...



The Cullian Store
Cathy Graves
Santiago



Publico Vergara, 2014. *del Libro de Artes y Oficios para el gran alfarero*
caballero de la Orden de San Fernando de la Real Academia de San Fernando
Genova, 1800. Archivo de San Vito.

VIII. LOS PRIMEROS CAFÉS DEL SIGLO XX

A comienzos del siglo XX, el país respira prosperidad. La ciudad de Santiago crece a ritmo vertiginoso y copia siempre la moda europea. Las familias elegantes viajan a París y traen las novedades en barco. La vida santiaguina se hace cada vez más cosmopolita y afrancesada. Junto a la Confitería Torres aparecen otros lugares elegantes para reunirse y conversar alrededor de una taza de café.

El Tea Room del Gath y Chaves

Es la época cuando en Santiago las elegantes compran en la tienda Gath y Chaves inaugurada en 1910 con gran pompa en Estado con Huérfanos. Una de sus características fue que sus dependientes eran extremadamente atentos.



Frontis del espléndido edificio de la tienda Gath y Chaves en la esquina de Estado con Huérfanos.

En el primer piso que daba a la calle estaban las telas, de manera que las señoras podían apreciar al tacto las maravillosas sedas y terciopelos que estaban allí en amplios mostradores de nogal. Era un tiempo en que las señoras les mandaban a confeccionar sus vestidos a las modistas, de modo que era indispensable comprar cortes de género por metros. Allí se prodigaban en amplios mesones las telas finísimas, los rasos y los encajes.

El día de la inauguración las damas del centro se aglomeraron en la entrada esperando que abriesen sus puertas. Ya la prensa había anunciado el lujo que verían las clientes y no salieron defraudadas, porque la mercadería era selecta y en su mayoría importada de Londres, París, New York y Berlín.



En Gath y Chaves fueron famosos sus maniqués, casi perfectamente humanos. Las señoras santiaguinas miraban asombradas aquellas hermosas figuras que ceñían vestidos deslumbrantes.

La ropa más fina, las alfombras más mullidas, así como los comestibles importados —quesos, bombones y licores— se compraban también en el sofisticado edificio de cuatro pisos, construido en sólido hormigón para durar toda la vida.

Era signo de elegancia y refinamiento comprar en Gath y Chaves la mercadería para la despensa y así, Daniel de la Vega escribió: “Y cuando a usted le servían un plato de fideos, le advertían con orgullo que habían sido comprados en la casa Gath y Chaves. Y así, aquí hubo una época en que se comieron los fideos respetablemente”.

En el último piso, inauguraron en 1921 un famoso *Tea Room* a imitación del salón de té de la Casa *Harrod's* de Buenos Aires, con un quinteto de cuerdas —dirigido por el primer violín de la Ópera de Santiago— que interpretaba a Stravinski y a Ravel.



GATH & CHAVES LTD.

Había que subir al *Tea Room* del Gath y Chaves por un ascensor de rejas que iba pasando de piso en piso para apreciar la maravillosa mercadería exhibida en vitrinas de cristales.

Las damas del centro, tan bien descritas por la pluma amenísimas de Orrego Luco en *Casa grande* y Joaquín Edwards Bello, subían allí a tomar el té con limón acompañado de galletas de jengibre o de torta Selva Negra con canutones de chocolate.

También a la hora del *cocktail* era posible beber una copa de Oporto o de jerez de buena marca mientras se escuchaban composiciones de músicos nacionales como Soro o Alfonso Leng.

El pianista Claudio Arrau asistía a estos famosos tés del Gath y Chaves para escuchar conciertos, especialmente de Debussy que empezaba a oírse en Chile en el ambiente de este sofisticado salón de té a donde también acudían escritoras, impecablemente vestidas, entre ellas María Monvel, Marta Vergara y Victoria Barrios.

Era indispensable que las señoras llegaran bien vestidas a tomar el té del Gath y Chaves, de cartera, guantes y sombrero con velo de mota cubriendo apenas los ojos, lo mismo los caballeros de traje oscuro, sombrero *canotier* o batelera y corbata en el tono.



En la penumbra discreta, una mujer toma nota de cuánto ve y escucha. Es Luisa Irrarrázaval de Sutil que –bajo el pseudónimo de *Chiffon*– escribe la página de la Vida Social de *El Diario Ilustrado* en la que consigna quiénes estuvieron presentes cada tarde a la hora del té...

Aquí dio clases de baile el profesor Valero y se conocieron muchas parejas al compás del charleston y el fox trot.

En 1935 tocaba allí la orquesta del maestro Scherniak compuesta por un piano, dos trompeta, un violín, tres saxofones y una batería. Tenía fama de ser el mejor conjunto musical que actuaba en Santiago.

El salón de té del Gath y Chaves marcó época. Fue lugar de conversaciones literarias entre Mariano Latorre, Ricardo Latcham, Alberto Romero y tantos otros que adquirirían libros en la Casa Francesa y que luego iban allí a departir junto a un café con una porción de galletas, escuchando buena música selecta.

El día miércoles era famoso porque el Gath y Chaves ofrecía sus tés infantiles. Generalmente se premiaba a los niños llevándolos a tomar chocolate y helado a este distinguido salón de té con orquesta.

Lamentablemente, el Gath y Chaves cerró sus puertas luego de una huelga prolongada de sus trabajadores en 1952. El soberbio edificio indestructible fue demolido. En el solar se llevó a cabo una fantástica Feria de la Industria Española, con organillos madrileños, desfiles de mantones de Manila y una magnífica ambientación de las provincias de España.

Con posterioridad se construyó el famoso Edificio España que albergó por tanto tiempo al Café Paula y que hoy es famoso por su célebre Galería España.

Del Gath y Chaves queda el recuerdo en la mente de los santiaguinos y en el nombre de una calle de la comuna de Las Condes.

El mítico Café del Hotel Crillón

Otro lugar de ambiente distinguido para tomar el café o el aperitivo fue el Hotel Crillón situado en el edificio donde en otros tiempos vivió la familia Larraín García Moreno en la calle Agustinas al llegar a Ahumada. El salón de té del Crillón, con sus amplios aposentos alfombrados y sus comedores de verano adornados con palmas, fue famoso por reunir permanentemente a intelectuales, artistas y “gente de sociedad” en un ambiente de gran esplendor.

Aquí se dieron cita poetas y escritores, intelectuales y gente de teatro. Los presidentes de Chile -que en esos tiempos paseaban por el centro en amplia camaradería con la gente- solían venir aquí a disfrutar del refinado servicio a la hora del aperitivo. Los mozos vestidos de impecable frac de color gris deslizaban carritos con pasteles en medio de espejos, grandes lámparas de lágrimas, gobelinos y tapicería belga.

En esos amplios salones, Joaquín Edwards Bello escribió en 1935 páginas de su novela *La chica del Crillón* que después en 1941, Jorge Délano, Coke, llevó al cine con Beverle Bush en el papel de Teresita Iturrigorriaga, "la chica del Crillón", quien recibe su correspondencia en este refinado lugar de encuentro, aunque viva en la calle Romero del barrio Poniente. "Me hago dirigir las cartas al Crillón y ayer tuve la sorpresa de recibir un convite de las señoritas Cepeda. Son las niñas de moda, por su belleza y su plata".

La novela se convierte en un relato satírico humorístico de plena vigencia sobre el arribismo, siendo leída por los santiaguinos que se ven cruelmente retratados en su intimidad... Aquí se reúnen todos: viejas, viudas, "políticos que han desertado de sus partidos: gordos, ricos y cínicos; las lindas hijas de un funcionario chino, con sus cabellos tiesos como garras de laca, sobre las orejitas diminutas. Yanquis felices de poder tomar toda clase de tragos, como niños que hicieran la *cimarra*. Se ven políticos y especuladores enriquecidos demasiado rápidamente; nuevos ricos de turbia mirada comprenden que la buena sociedad de ayer se escandaliza de verlos solicitados de todas partes; las damas encopetadas los llaman para pedirles datos seguros de Bolsa, y luego bailan con ellos, apoyando sus mejillas en sus hombros de cargadores".

Tardes de ese remoto salón de té perdido en el tiempo... Aquí estuvieron en reuniones literarias los escritores Luis Durand, Manuel Rojas, Chela Reyes, Pepita Turina, Blanca Luz Brum, la periodista Lenka Franulic, Efraín Szmulewicz, el escritor peruano Luis Alberto Sánchez, autor de una novela sobre "La Perricholi", Braulio Arenas que era asiduo de los cafés y tantos otros...

Aquí, frente al Crillón, María Luisa Bombal, la autora de *La última niebla* y *La amortajada*, el 21 de enero de 1941, disparó tres balazos contra el hombre que amaba, Eulogio Sánchez Errázuriz, dejándolo malherido.

El incidente tuvo como consecuencia el encarcelamiento y juicio de la escritora que, por fin, debió salir del país, rumbo a Estados Unidos. "Me arruinó la vida, pero nunca pude olvidarlo", exclamaba siempre.

Aún años más tarde, en este mismo escenario, en la elegante atmósfera del salón de té, en medio del tintinear de platos y cucharillas, el 14 de abril de 1955, la novelista María Carolina Geel, en otro arrebato pasional similar al anterior, dio muerte a balazos a su pareja, por celos, con gran escándalo en el medio artístico de esos años. En la mesa contigua al crimen, tomaba té con su hermana la escritora Matilde Ladrón de Guevara que fue testigo presencial de la escena.

Del resultado de la prisión de María Carolina Geel nació su novela *Cárcel de mujeres*, muy alabada por la prensa de esos años y recuperada recientemente por la crítica actual.

Los dos incidentes protagonizados por famosas escritoras “de armas tomar” remecieron el ambiente literario y sellaron para siempre la leyenda del mítico Crillón.



*María Luisa
Bombal
con su clásico
peinado a lo
Príncipe Valiente
en los tiempos
del café en el
Hotel Crillón.*

Bohemia en posadas históricas

Otro lugar donde los escritores acudían era el histórico edificio de la Casa Colorada de la calle Merced, antiguo lugar de residencia del presidente de la Primera Junta de Gobierno, el conde de la conquista don Mateo de Toro y Zambrano. Abajo había un bar donde se podían ver a poetas y periodistas.

Al fondo funcionaba un Club de Ambulantes de Correo a donde iba a almorzar el poeta Teófilo Cid, llamado "Mester de la Noche" o "el último bohemio". En el segundo piso estaba el famoso Café Fancy que tuvo su vida entre 1925 y 1935. Mezcla de bar y confitería, el Fancy era lugar de viejos contertulios. Aquí cantó un tango la actriz española Lola Membrives, de paso por Chile y en este ambiente Antonio Orrego Barros escribió un tango llamado precisamente "El Fancy", alusivo al viejo café de artistas:

*En un rincón del Fancy, ensimismada
en el rumiar eterno del dolor
buscando una alegría fracasada
se ve todas las tardes a Margot...*

Otro lugar histórico de reunión de escritores fue la Posada del Corregidor situada en la calle Esmeralda, frente a una pileta de sabor español. En esta casona de dos pisos con balcones volados y hermosas rejas de forja vizcaína vivió el Corregidor de la Colonia don Luis Manuel Zañartu bajo cuyo mandato se construyó el puente de Cal y Canto.

Aquí funcionaron las famosas filarmónicas en tiempos de Diego Portales. Muchos años más tarde, en 1935, se inauguró en la vieja casona la Sociedad de Amigos del Arte.

Por el vetusto salón de la posada desfilaron poetas y artistas, entre ellos don Arturo Aldunate Phillips y Pablo Neruda que una noche leyó poemas de su libro *Residencia en la tierra*.

Aquí, en el ambiente de un viejo mesón castellano, a la luz de las palmatorias, bebieron vino pipeño el famoso dramaturgo español don Ramón del Valle Inclán, de visita por Chile y la célebre bailarina Pilar López, la Argentinita, que era la mujer del torero Ignacio Sánchez Mejía, inmortalizado en el verso por Federico García Lorca.

Otra posada histórica de escritores fue la Posada Tarapacá en la avenida España que funcionaba en la antigua casa de Manuel Guzmán Maturana, el autor del famoso libro de lectura *El lector chileno* en el que aprendieron a leer muchas generaciones de chilenos.

El Naturista

Era la época del Naturista fundado por Ismael Valdés Alfonso, en 1923, en la calle Ahumada con toda clase de jugos naturales y *sandwichs* de tomate con queso y albahaca que eran toda una novedad para la época.

Incluso se exhibía la fruta y la verdura en grandes canastos a la entrada con frases altruistas escritas en la pizarra. Este lugar nació después del contacto que don Ismael Valdés Alfonso tuvo en Europa con dos hombres notables: el líder espiritual de la India, Mahatma Ghandi y el poeta Rabindranath Tagore, también de nacionalidad india, que en 1912 obtuvo el Premio Nobel de Literatura. De ambos recibió una cultura mística y un modo diferente de ver la vida y de alimentar el cuerpo.

Desde luego que las iniciativas de Ismael Valdés Alfonso eran adelantadas para su época. Nadie concebía en ese tiempo un restaurant sin carnes rojas y poniendo énfasis en la importancia de una dieta vegetariana y láctea para la salud. Eran pocos en esa época los que se contentaban con almorzar una ligera tortilla de espárragos o unas alcachofas hervidas con vinagreta.

El Naturista tenía comedores reservados en el segundo piso donde siempre estaban almorzando pepinos, tomates y huevos duros los pintores Benito Rebolledo y Alfredo Helsby, el pintor de ese famoso cuadro porteño titulado *La niña del aro* que representa una escena costumbrista del paseo Atkinson del cerro Alegre de Valparaíso, con la característica luminosidad del puerto.

Helsby pagó muchos almuerzos vegetarianos con cuadros que don Ismael Valdés Alfonso colgaba como adorno en las paredes del Naturista. Tan buenas eran las pinturas, teñidas siempre por los matices violetas de la luz, que el propio dueño le ofreció al pintor que viviese en una de las dependencias del restaurant, ya que carecía de dinero para poseer una mejor vivienda. Así costó su estadía en uno de los salones del Naturista: con naturalezas muertas llenas de espinacas, betarragas y zanahorias, que publicitaban artísticamente los productos del restaurant.

Otros asiduos del Naturista fueron los escritores Luis Durand, autor de *Frontera* y de unas amenas crónicas costumbristas del sur de Chile. También lo frecuentaron Antonio Rodríguez Romera y Washington Espejo Ravest, director de la revista *En Viaje*.

El Café Miraflores

Otro lugar tradicional y de ambiente artístico fue el Café Miraflores en la calle del mismo nombre entre Merced y Monjitas. Fue fundado por el escritor español Pablo de la Fuente, don Joaquín Berasaluce, de origen vasco y una chilena, Herminia Yáñez (Mina Yáñez) que acababa de llegar de Francia en 1942 con ideas de la vieja Europa. Allí, estos socios y amigos, habían visto la importancia que tiene un café como lugar de reunión e integración de intelectuales.

Conocedor de la clásica comida española, de sus “tapas” y tortillas, don Joaquín Berasaluce, encargado de la cocina, preparó y sirvió la auténtica comida castiza aromada a pimentón y azafrán. Aquí, en este café restaurant, sentados en mesitas con manteles de cuadros rojos, saborearon bacalao a la vizcaína, callos a la madrileña y pulpos a la gallega, los españoles republicanos que añoraban España al sabor de la paella y los calamares en su tinta.

La escritora Isidora Aguirre evoca a estos españoles refugiados que encontraron amparo y acogida en el café. Allí estaban “con las silbantes eses, zetas y esa jota violenta que parece rasguñar la garganta”.



“El Café Miraflores fue un lugar mágico de encuentro de poetas, escritores, pintores y músicos. Todos nos dábamos cita allí para hablar de arte. Me quedaba casi frente a mi casa...”, recuerda la pintora Inés Puyo. Fotografía de Alfonso Palacios.

Fueron comensales el historiador Leopoldo Castedo, el dramaturgo José Ricardo Morales y el escritor Vicente Mengod, entre muchos otros que, sin cesar, comentaban las últimas noticias venidas de la España franquista y recordaban la travesía a bordo del Winnipeg, cuando llegaron a Chile, arribando a Valparaíso en 1939.

Aquí también estuvieron los teatristas de la época, entre ellos la célebre actriz española Margarita Xirgú junto a su escenógrafo Santiago Ontañón que decoró el Café junto con Antonio Romera con preciosos dibujos a plumilla de sus concurrentes más asiduos.

En las paredes estaban enmarcadas las simpáticas caricaturas a la acuarela del arquitecto y poeta Godofredo Iomi, con un corral en su cabeza del que emergía un genio pensador; la periodista Lily Garafulic, el arquitecto Fernando Echeverría con un rey de ajedrez en la mano haciendo una jugada maestra; el comerciante Joaquín Fernández, rodeado de besadores labios rojos; el cineasta Patricio Kaulen, el filósofo José María Ferrater Mora y muchos otros. También eran asiduos del café el arquitecto Germán Rodríguez Arias que diseñó el local, el musicólogo Vicente Salas y Arturo Soria, editor de "Cruz del Sur", quien se definía siempre como "discrepante y antimultitudinario".

Arturo Soria gestó esta editorial en las mesitas del Miraflores, con fondos económicos de los mismos contertulios. En su mayoría eran intelectuales republicanos que deseaban dar a conocer sus escritos y para ello, se asociaron con escritores chilenos, entre ellos, Manuel Rojas y González Vera.

La editorial Cruz del Sur y sus librerías del mismo nombre contribuyeron a la difusión de los escritores españoles y chilenos en libros de bajo costo, escritos e ideados en su mayoría en el viejo café bohemio.

Aquí también nació la idea de crear el Archivo de la Palabra a iniciativa también de Arturo Soria, quien pensaba que debían grabarse las voces de los escritores. Fue así que se grabó en un disco la voz de Pablo Neruda leyendo "Alturas de Machu Picchu". Desde luego que el poeta era también asiduo tertuliano de las noches del Miraflores. Allí estaba siempre con sus amigos españoles, hablando de poesía y de proyectos de libros.

Otros escritores que iban siempre al Miraflores fueron Vicente Huidobro, Jacobo Danke, Braulio Arenas, Francisco Coloane y el folklorólogo Oreste Plath, autor de *Folklore chileno. Aproximación histórico folklórica de los juegos en Chile*, y tantos otros libros en los que indagó acerca de las características de nuestra nacionalidad. Oreste Plath fue vecino del barrio del centro y un permanente enamorado de la "pequeña historia" de la ciudad de Santiago.

Con su característico gorro de piel ruso, Oreste Plath hablaba y reía animadamente en las mesas, porque era un gracioso y chispeante conversador, sabedor de mil anécdotas de la vida nacional, especialmente literaria. Siempre pedía un tradicional licor “Araucano” que era un “digestivo por cuenta de la casa”, característico del Miraflores.

Aquí cenó también el escritor peruano José María Arguedas, el autor de *Los ríos profundos*, con la que iba a ser su mujer, Sybila Arredondo.

Por este mítico Café pasaron también diversos escritores de visita en Chile que acudían allí a departir con sus pares en animadas tertulias, entre ellos León Felipe, Dámaso Alonso, Américo Castro y Corpus Barga, entre muchos otros.

Aquí, en una mesa del Miraflores, Pablo Neruda conversó de libros y poesía con una María Luisa Bombal muy joven, a quien llamaba “la Abeja de Fuego”. El poeta Juvencio Valle, que también solía acudir, se extasiaba hablando con María Luisa que siempre vestía muy elegante, con sombrero, perfume francés traído por ella misma de París y guantes largos. “Es la princesa de las letras chilenas” solía decir al verla llegar al Miraflores.

También acudían cineastas, como Patricio Kaulen y pintores entre ellos Jaime del Valle Inclán, Camilo Mori e Inés Puyó, que tenía su palacio en Miraflores con Monjitas donde solía pintar sus famosas “flores sueltas y un poco desperdigadas” como las definió Gabriela Mistral.

Sentada en una mesa del Miraflores, Inés Puyó muestra a sus amigos escritores y pintores un Recado que le escribió Gabriela Mistral después de que viera uno de sus cuadros reproducido en un almanaque de la Phillips, fechado en 1943, que tenía colgado en su escritorio de la legación del Consulado de Chile en Nápoles.

Allí, mirando el mar, escribió: “Usted, Inés Puyó, ha sabido hacer unas flores que le celebraría cualquier pintor europeo, ni truculentas ni sanguinosas”. Más adelante agrega: “La manera suya de posar las flores se asemeja al lindo desorden con que se posa la banda de pájaros. Ellas no están ni rígidas ni desmadejadas, están en la negligencia divina de las cosas naturales”. Y finaliza diciendo: “Como la mujer, sus flores, Inés Puyó, escuchan más que hablan y sugieren más que dicen e inspiran más que sugieren...”.

Inés Puyó, cuenta a sus amigos del Miraflores que cuando por fin se encontraron en un hotel de Roma, en 1952, la autora de *Desolación* le dijo: “Para mí hay nombres sin rostro y rostros sin nombre. Usted era para mí, un nombre sin rostro...”.

Sentada frente a una solitaria taza de café, Inés Puyó recuerda aquel mágico encuentro y las proféticas palabras mistralianas: “Era natural que después del maravilloso viejo don Francisco González nos naciese una ahijada de su pincel que recogiese su reino...”.

En 1999, el Centro Cultural de España rindió homenaje a los pasajeros del Winnipeg que llegaron a Chile y que desembarcaron en Valparaíso hace 60 años. Para tal ocasión, se montó una exposición de fotografías recordatorias, cartas, pasaportes desteñidos, documentos y viejas maletas que recordaban la mítica travesía.

Hubo mesas redondas sobre el tema, películas, documentales y obras de teatro. También se realizó una instalación que reproducía el ambiente del Café Miraflores, con sus tradicionales mesas de manteles a cuadros y las acuarelas originales de los contertulios decorando las paredes, tal como era como cuando el Café era sitio obligado de los intelectuales españoles y chilenos. Estos míticos dibujos enmarcados se encuentran hoy día decorando las paredes de la Biblioteca del Centro Cultural de España, en avenida Providencia 927.

José Ricardo Morales, contertulio del Café Miraflores, recuerda en una de las nostálgicas mesitas: “Pasado el tiempo, este café vino a sufrir la suerte que corrieron muchos de sus iguales en todo el mundo: la desaparición, dado el constante ataque o el vacío con que ahora se menoscaba el ejercicio de la palabra compleja o directa. Y aunque actualmente los cafés se hallan sustituidos por las cafeterías, en ellas el estar es un ‘estar de paso’, reemplazándose así la pausa por la prisa, y el ocio –en su acepción de ‘escuela’– por el negocio que lo niega –*nec-otium*– para oponer al ejercicio de la inteligencia activa y desprendida, el tráfico vertiginoso de referencias bursátiles o mercantiles, en una muestra más de cómo en nuestro tiempo el pensamiento se degrada a expensas de la información”.

El Café Iris

Otro café de tradición literaria y periodística fue el Iris, en el edificio Undurraga situado en la Alameda esquina Estado. El Iris fue centro de reunión de periodistas, escritores y bohemios de la noche santiaguina, especialmente en las décadas de los años 30 y 40. Entre los frecuentes comensales, noctámbulos y conversadores de la noche, estaban el poeta Andrés Sabella haciendo recuerdos de Antofagasta, María Elena Gertner, Mario Ferrero, el poeta Francisco González Santana añorando Temuco y la reina de las noches

poéticas de Santiago, la increíble escritora Stella Díaz Varín, llamada “la Colorina”. Con su cabellera rojiza, es aún aquella perpetua nostálgica de esas noches en que los poetas parecían tener tiempo para la evocación, el recuerdo y la palabra.

El Café Iris o la Fuente Iris tenía parroquianos fijos, principalmente intelectuales y periodistas del diario *La Opinión*, entre ellos Juan Bautista Roseti, Ricardo Latcham y el crítico teatral Wilfredo Mayorga que poseía un hermoso teatro de cartón isabelino. También acudía Hugo Goldsack que recitaba “una suerte de cantos rituales que enlazaban con la poesía griega y oriental”, según recuerda Alfonso Calderón.

En los años de la Revolución Española colocaban pizarras dando a conocer las noticias del cable. Aquí los escritores supieron antes que nadie la noticia de la muerte de Federico García Lorca.

En la penumbra de las mesas estaban escribiendo Manuel Rojas y José Santos González Vera que atendía una peletería. Siempre pedía un famoso té ruso que se servía en unos vasos altos con cucharillas largas.

También acudía al Iris la escritora María Lefèvre, gran conversadora amena y adivinadora de la suerte. Otros de sus parroquianos fijos eran Antonio Campaña, Antonio Acevedo Hernández, Carlos Cariola, Víctor Castro, Ricardo Navia, Edesio Alvarado, Nicomedes Guzmán y Benedicto Chuaqui, entre muchos otros.

Por las mesas circulaban los libros de moda que en esos tiempos eran las novelas de Hermann Hesse, los tomos de Marcel Proust, los libros de poesía de T. S. Eliot, las obras de teatro de Marcel Camus y las reflexiones existencialistas de Jean Paul Sartre que marcaron esa generación.

Volodia Teitelboim recuerda el ambiente del Café Iris en el año 1934: “Estábamos allí con Eduardo Anguita y el Chico Molina, muchachos de ese tiempo con intenciones de literatos. Se nos acercó un hombre alto, pálido, más bien delgado, con una frente espaciosa y grandes entradas en las sienes, que tenía una mirada penetrante y un poco ausente. Tenía también algo sombrío y cierto énfasis nervioso. Me dije: éste es un animal poético porque aparecía y desaparecía al instante, como por arte de magia negra”.

El poeta evocado es Omar Cáceres (1904-1943), cuyos poemas quedaron tan perdidos entre legajos de polvo como el recuerdo de su autor. Sentado en el Café Iris, escribió los versos de su único libro *Defensa del ídolo*, del que hizo quemar todos sus ejemplares porque la edición estaba plagada de erratas. Se salvaron unos pocos y gracias a ellos podemos leer hoy sus versos doloridos y desgarradamente trágicos:

*Recordando mi antiguo ser,
los lugares que yo he habitado,
y que aún ostentan mis sagrados pensamientos,
comprendo que el sentido,
el ruego con que toda soledad nos sorprende
no es más que la evidencia
que de la tristeza humana queda.*

El Café Lucerna

Otro de los cafés importantes del centro en la década del cuarenta fue el Lucerna en Ahumada casi esquina de Huérfanos. Salón de té, confitería y boite, el Café Lucerna reunió a los principales artistas y escritores que lo frecuentaron para tomar un café o una copita de vino añejo mientras aplaudían los diferentes espectáculos que se sucedían en el escenario circular alrededor del cual se situaban las mesas.

Allí estuvieron la escritora Marta Brunet –que, con su alegría socarrona, dijo que la pista de baile le parecía un picadero para trillar yeguas– y el poeta uruguayo Hugo Riccaldoni que dijo tener “la sensación de estar sentado en un carrusel detenido”.

Los “números artísticos” eran de nivel internacional y aquí llegaron a interpretar rumbas los Lecuona Cuban Boys.

Era tan elegante este Café que entre los asistentes al “Aperitif Concert” del mediodía sorteaban un fino mantón de Manila y una botella de champagne de la *Marquise de Sauvigné*.

El día sábado en la mañana llevaban a los niños, como premio a tomar desayuno al Lucerna para comer unas medialunas gigantes y perfumadas, recién salidas del horno.

Todos los santiaguinos recuerdan con agrado el Lucerna por su belleza y su aire cosmopolita. Lamentablemente este hermoso Café desapareció en un incendio ocurrido el 25 de enero de 1949, finalizando la era de los históricos salones de té santiaguinos de los años cuarenta.

El Café Tivoli

Este mítico café estaba situado en la calle Monjitas muy cerca de la Plaza de Armas. Aquí solían venir diversos escritores a festejar sus libros recién aparecidos, entre ellos Edesio Alvarado y Mario

Ferrero. Contertulios fieles del Tívoli fueron Antonio Campaña, Luis Merino Reyes, Jorge Sosa, Stella Díaz Varín, Salvador Murillo y el poeta y pianista dominicano Manolo Rueda.

El Tívoli tenía un viejo piano que tocaba el Jote Aguilera, animando esas tertulias con temas de Cole Porter y boleros sentimentales que pusieron de moda Leo Marini, Gregorio Barrios y Cora Santa Cruz.

Alfonso Calderón recuerda que siempre, a pedido de Víctor Castro, el pianista interpretaba "Para Elisa", mientras en las mesas se preparaban las sesiones de una agrupación literario tremendista llamada "El zócalo de las Brujas".

El Café Santos

El Café Santos fue fundado por don Carlos Werth en el año 1914. El primer local estuvo situado en la calle Huérfanos. Posteriormente se trasladó a Monjitas con 21 de mayo y luego, en 1948, al conocido subterráneo de Huérfanos y Paseo Ahumada por donde han pasado poetas, escritores como Ricardo Latcham, Mariano Latorre, Oreste Plath, Luis Sánchez Latorre y periodistas como el brillante Tito Mundt.

También acudían frecuentemente los parlamentarios del vecino Congreso y los periodistas de *El Mercurio* cuando funcionaba en el tradicional edificio de Compañía con Morandé. Todos ellos departían el sagrado arte de la conversación disfrutando el servicio inconfundible del Santos a "la hora de onces", cuando viejos mozos de impecable chaquetilla blanca servían buen té de hoja y disponían sobre las gruesas mesas de madera noble paneras con galletas de agua y rebanadas de pan centeno. En platillos aparte venían unas bolitas de mantequilla en agua y mermelada de damasco. Eran famosos sus cafés helados con grandes pompones de helado de vainilla y crema *Chantilly*.

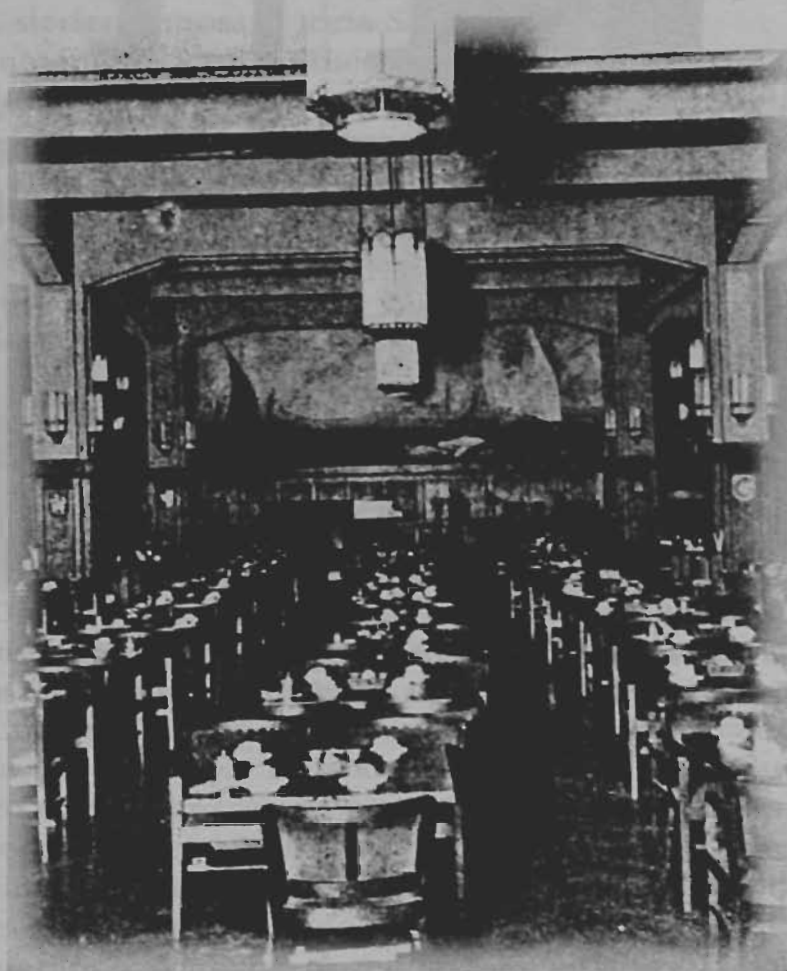
El espacio era circular y en las curvas paredes estaban colgadas fotografías del viejo Santiago.

Casi siempre, a la hora de "onces", había mesas completas rodeadas de mujeres que estaban realizando una "despedida de soltera" a una de las amigas. Era el tiempo en que las despedidas de solteras se realizaban en un salón de té... Definitivamente otros tiempos...

Luis Sánchez Latorre recuerda: "A la hora del té, puro o con leche, entre bollitos generosos, masitas dulces y magdalenas que

nos hacían recordar a Marcel Proust con lágrimas en los ojos, pasábamos revista al mundo. Mario Cánepa Guzmán, historiador del teatro y de la ópera, obtuvo entonces en buena lid y con justicia el prestigioso título de 'Mario, el proveedor'. El profesor Ariel Leporati, el novelista Fernando Emmerich, el dramaturgo Wilfredo Mayorga, fieles colegas, Samuel Valenzuela y Enrique Ramírez Capello, el crítico Martín Cerda, formaron, entre otros, en el contingente cívico de los que querían seguir tratando con palabras, a la sacra hora de onces, las vicisitudes de la cosa pública”.

En los años ochenta, el Santos se remodeló y adaptó a las nuevas costumbres, con almuerzo tipo *buffet* para ejecutivos jóvenes. Incluso se abrieron sucursales, pero lamentablemente, cerró sus puertas con el cambio de siglo, diciendo adiós a una época querida por los nostálgicos.



Primitivo Café Santos con su mobiliario original que se conservó siempre. Fue un lugar mítico y recordado para tomar el té en el centro de Santiago.



*Una taza de café en sillones de mimbre para el descanso en la playa.
Fotografía alrededor de los años cincuenta. Colección del autor.*

IX. LOS CAFÉS DE LOS AÑOS CINCUENTA

Durante la década de los años 50 se abrieron en Santiago numerosos lugares para tomar café a la salida de los cines y teatros que estaban de moda.

Entre los cafés tradicionales frecuentados por escritores y artistas merecen citarse el Astoria de la calle Ahumada y el Mozart de la calle Phillips que tenía siempre reservada “la mesa de los abogados”. Con frecuencia acudía el presidente Jorge Alessandri que vivía precisamente en un antiguo departamento de la misma calle.

Otro tradicional fue el Café Madame Pompadour de la calle Huérfanos frente al Teatro Rex. El Pompadour era de ambiente parisino, de estilo tradicional y muy elegante. Aquí la pastelería era finísima, siendo famosa la torta Saint Honoré.

También de la calle Huérfanos era el Tong Fang que fue el primer restaurant chino que hubo en Santiago. Por la tarde tenía un servicio de “onces” y muchas personas acudían a tomar allí un café en un ambiente exótico.

También existió el Café Olimpia situado entre Bandera y Ahumada. Era tan refinado que a la hora del té proyectaban películas con acompañamiento de piano y más tarde, a la hora del aperitivo, abrían salón con orquesta de baile, como era usual en esos años...

Otros Cafés fueron la Isleña y El Negro Bueno, ambos en la Alameda de las Delicias, con hermosos decorados, mesas de hierro con cubierta de mármol y fina pastelería. Aquí se reunían poetas y escritores... ¡a contarse unos a otros las novelas que acababan de leer!

Al salón de té El Negro Bueno van a “tomar onces” los protagonistas de la novela *Diario de un emigrante* del escritor español Miguel Delibes ambientada en Santiago a mediados de los años 50 y protagonizada por españoles que intentan adaptarse sin éxito a la idiosincrasia nacional. Este salón de té era famoso por sus pasteles. Cuando alguien llegaba de visita a una casa con una bandeja, siempre decía, para subrayar la calidad: “Son de El Negro Bueno”.

Otro café desaparecido fue el Rex donde se daban cita autores, periodistas y actores. Estaba situado en Huérfanos esquina Estado y solía verse siempre al escritor Carlos Vattier diciendo sus eternas frases oportunas y leyendo en voz alta parlamentos de su guión cinematográfico *Romance de medio siglo* basado en una novela de Francisco Coloane.

También se recuerda el Café Sangrante en Moneda esquina Ahumada con un quinteto que tocaba valsés y operetas a la hora

del té. Luego, allí mismo, estuvo el salón de té La Primavera que también cerró sus puertas.

El Café Haití

El Café Haití fue inaugurado en el año 1948 en plena calle Ahumada. Su fundador fue Antonio Neri que trajo esta idea de los cafés italianos. Fue tal el éxito que en 1952 abrió otro Café Haití con las mismas características en Lima, Perú.

Hoy, han sobrevivido a los cambios durante medio siglo los dos cafés de ambas capitales latinoamericanas. Además, se abrieron filiales adaptadas a los nuevos tiempos, pero con el inconfundible logotipo de fines de los años 40 que representa a una haitiana, muy sonriente, con un pañuelo a la cabeza, grandes aros de argolla y con una taza de café en la mano.

La característica del Café Haití reside en el personal femenino que atiende. Y el éxito radica en que estas mujeres se han adaptado a cada época, de manera que las antiguas señoras de toca y uniforme azul han sido reemplazadas en la actualidad por señoritas de buen aspecto, bien maquilladas, en minifalda y encaramadas en altos tacos sobre elevada tarima.

El público suele ser masculino, principalmente abogados y políticos del centro que acuden a media mañana a tomar un *capuchino* o un *express*, apoyados en la barra. El presidente argentino Carlos Menem quedó prendado del ambiente del Haití cuando estuvo en Chile. Se perdió de la comitiva oficial y lo encontraron tomando un café de incógnito en el Haití del Paseo Ahumada.

No hay *sandwichs* ni medialunas en esta clase de Cafés. Ni siquiera servilletas. El Café Haití sólo expende buen café express con un vasito de soda. Tampoco hay mesas para sentarse a discurrir. La modalidad en el cambio de siglo, es el vertiginoso café de pie. Aquí se realizan transacciones, se habla de la Bolsa de Comercio o del alza del dólar. El Café Haití ha estado marcado siempre por esta característica y mantiene su imagen como local de respetable calidad en el centro de Santiago donde todo transcurre de prisa.

Confitería La Novia

Un café elegante de los años cincuenta fue el salón de té y confitería La Novia en Huérfanos al llegar a Ahumada, famoso por

sus *sandwichs* de ave con palta o jamón con huevo. La especialidad eran las pastillas “Besitos”.

La Novia fue el primer “bar lácteo” de Santiago. Era conocido por sus leches con plátano y con frutilla. En esa época, no existían todavía las jugueras eléctricas, de modo que era toda una novedad pasar a La Novia del centro a tomarse un jugo de naranja, de chirimoya, de papaya o de uva. La fruta en ese entonces se comía natural como postre, pero todavía no se consumía licuada. Esa fue la gran atracción de La Novia y una originalidad de la familia Sahli que lo dirigió por muchos años.

El té y el café de La Novia eran de muy buena calidad. Por lo general, el público pedía té con leche o chocolate para los niños. En verano, era tradicional en La Novia pedir un Panagra, que era un postre de helado, fruta y crema, característico en esos años en esa línea de aviación.

En La Novia se sorteaba todas las tardes un disco entre los asistentes. Un comensal de ese tiempo —el señor Fernando Belaúnde— conserva con nostalgia el disco *Le Pouvre Mâtelot (El Pobre Marinero)* que obtuvo casualmente de premio la tarde aquella del año 1958 en que fue con su madre a tomar el té a La Novia... El disco contiene poemas de Jean Cocteau fechados en 1919 musicalizados en la década del 50 por Darius Milhaud e interpretados por Jacqueline Brumaire.



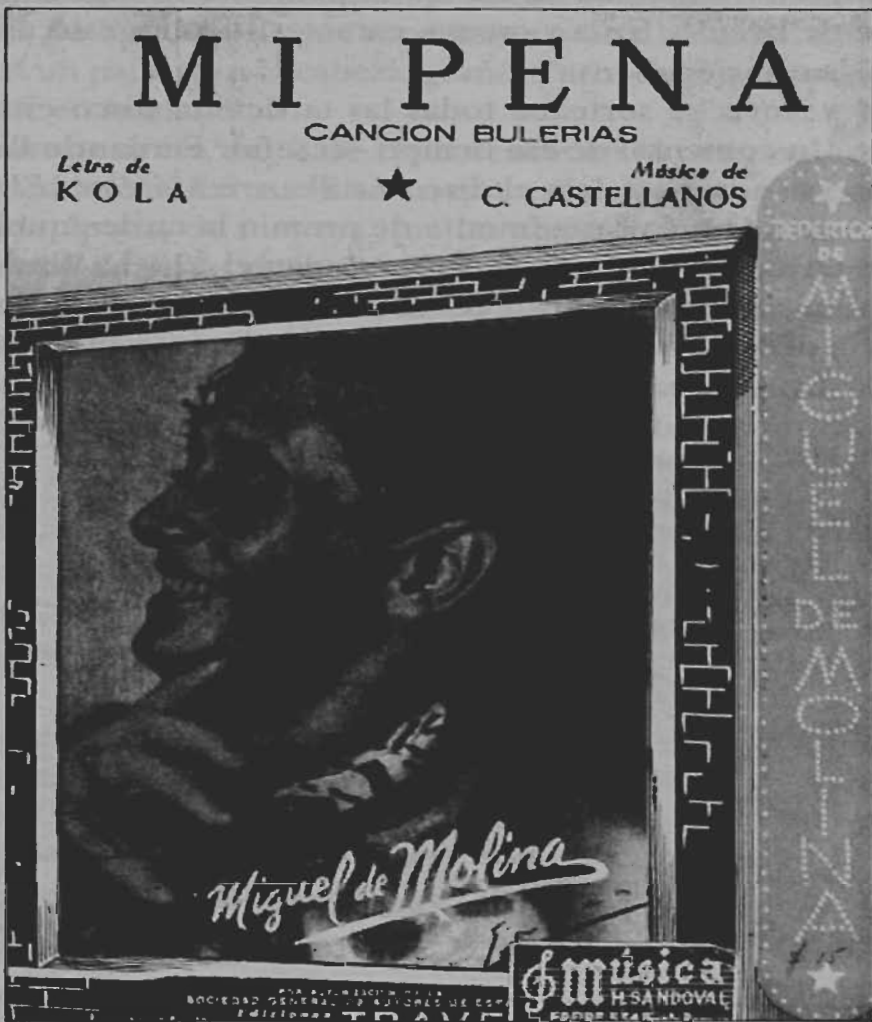
Envase original de pastillas “Besitos” de la Bombonera La Novia, alrededor de 1950. Colección del autor.

El Salón de Té "Goyescas"

Y, siempre en el centro, se construyó el famoso Goyescas, en Estado con Huérfanos, que era el primer café con escalera mecánica, confitería, salón de té y pista de baile para presentar números artísticos y orquestas famosas, entre ellas, la de Francisco Canaro.

Cuando se incendió el lujoso Lucerna, nadie pensó que podría construirse otro de similares características. Pero se levantó el Goyescas congregando a un público que acudía siempre a tomar un café para relacionarse y conversar.

Claro que según algunos santiaguinos, era bello, pero no tan elegante ni majestuoso como el Lucerna...



El cantante español Miguel de Molina cantó y bailó en el Goyescas, nuestro primer Café con escalera mecánica.

Colección del autor.

Aquí, a comienzos de los cincuenta, Carmen Sevilla cantó *Violetas Imperiales* después de protagonizar la famosa película junto a Luis Mariano. Los Churumbeles de España hicieron bailar el pasodoble *Doce cascabeles* a los asistentes, en tanto que Miguel de Molina cantó farrucas con sus fastuosas blusas a lunares puestas en exhibición en las vitrinas del café. Su repertorio estaba compuesto por canciones como *La Hija de don Juan Alba*, *La niña de la ventera* y *Ojos verdes* que había popularizado la cantante española Conchita Piquer.

Aquí también Libertad Lamarque cantó *Besos brujos* junto a muchas otras figuras internacionales, entre ellas Mario Clavel que cantó *Dos pimpollos*. Un cantante español favorito del público era El Niño de Utrera, integrante de la compañía de bailes españoles *Romería* de gran fama a finales de los años 50. El Niño de Utrera cantó en el escenario del Goyescas *El hijo de nadie* que era una canción suya de mucho éxito en la que, vestido de marqués, dialogaba con una gitana. Se presentaba con el clásico sombrero cordobés y la chaquetilla negra brillante de lentejuelas.

También estuvieron Los Cinco Latinos, el cantante español Angelillo, la rubia norteamericana Diana Dors, el cantante de boleros Lucho Gatica, el cantante norteamericano Paul Anka, Los Platters y el cantante italiano Domenico Modugno que cantó su célebre canción *Volare*. También actuaron Leo Dan, la mítica vedette La Tongolele y la cantante argentina Vitrolita que cantó:

*Hasta el viejo hospital de los muñecos
llegó el pobre Pinocho malherido
un cruel espantapájaros bandido
lo sorprendió dormido y lo atacó...*

Era tan famoso y visitado el Goyescas que a muchos artistas les llegaba aquí la correspondencia. Lamentablemente, este elegante café del centro también cerró sus puertas, esta vez en el año 1963.

El Café Colonia

Otro café de esta época es el Colonia fundado en el año 1952 por Wilhelm Schlösser quien tenía experiencia por haber trabajado en Alemania en el famoso Café Reichard ubicado al pie de la Catedral de Colonia construida en estilo gótico. El señor Schlösser y su esposa son oriundos de esta hermosa ciudad alemana y en su recuer-

do, bautizan así al renombrado Café de Mac Iver con Moneda, siendo clásicas sus tortas Selva Negra y Manjar con Lúcumas.

El interior posee el clásico ambiente europeo así como recuerdos, mapas, tarjetas postales y fotografías de Colonia. En Navidad son famosos sus mazapanes y sus casitas de chocolate en estilo bávaro. Por estar situado muy cerca de la Biblioteca Nacional, el Café Colonia, a lo largo de medio siglo, ha sido lugar de reunión de diversos lectores y escritores que han acudido a consultar libros a la principal biblioteca del país.

The advertisement features a central illustration of a Gothic cathedral with two prominent spires. The image is framed by vertical text in various languages: Hebrew (קולן), Arabic (كولونيا), Chinese (科隆), and Japanese (コロン). Below the illustration, the name 'Café Colonia' is written in a stylized font, flanked by two crests. At the bottom, contact information for two locations in Santiago de Chile is provided.

ENRIQUE MAC-IVER 161 TELEFONO N° 397256
 Por Mayor Fono 33838

SANTIAGO DE CHILE ENRIQUE MAC-IVER 133 TELEFONO N° 398160

El Café Paula

Un café tradicional de Santiago fue el Frau Paula fundado en los años 40 por una familia alemana en la calle Colón que en esos años era un lugar alejado de Santiago.

La casa era grande, con chimenea. Quienes la conocieron recuerdan que era muy agradable tomar el té allí. La señora Paula –Frau Paula– dirigía el café que llevaba su nombre y lo conserva hasta la actualidad aunque ha cambiado de dueños. La especialidad de Frau Paula era la buena pastelería alemana, los *kuchenes* y los *strudels* de manzana.

Con posterioridad, el café fue vendido y se abrieron locales en el centro, manteniendo la marca, aunque la pastelería no fue tan refinada como cuando estaba la dueña original. Uno de los Paula tradicionales estuvo situado por muchos años en la actual Galería España. Era amplio, espacioso y se caracterizaba por su buen servicio. Cuando cerró sus puertas, se abrieron otros locales Paula, todos ellos en el centro de Santiago: en Estado, Pasaje Matte, Paseo Ahumada, Moneda y San Antonio.

El Paula tradicional de hoy es famoso por sus *sandwichs* de miga, sus medialunas o *croissants* que sólo se venden en la mañana, al desayuno, para acompañar el café, los pasteles surtidos, los helados, las tortas, los jugos naturales y el clásico servicio de “onces completas”. Tienen café de grano y té de hoja, servido a la mesa. Su público se compone principalmente de familias que acuden allí a tomar el té sin grandes pretensiones de refinamiento.

No es un café literario al uso. Y ello porque hoy día es casi imposible quedarse una tarde entera en un café santiaguino escribiendo una carta o leyendo un libro. La prisa de Santiago hace que el cliente tome su café y siga su camino. Si tarda demasiado, el garzón disimuladamente le pondrá la cuenta en un platillo. En un lenguaje mudo y sin esperar respuesta, le estará diciendo que es tiempo de marcharse. Otro cliente está aguardando su mesa.

El Café Villarreal

Un café tradicional del centro fue el Villarreal que inicialmente estaba situado en la calle Compañía, casi al llegar a la Plaza de Armas, junto a la característica tienda de Los Gobelinos, bajando la escalinata que conducía al Cine Plaza.

El Villarreal fue fundado en los años 40 por don Ernesto Rosenfeld que llegó a Chile a comienzos de la década del 30 junto a

don Guillermo Spratz, iniciando ambos el clásico Café Riquet de Valparaíso. Con posterioridad, al separarse, quedó el señor Spratz en el Café Riquet y el señor Rosenfeld se vino a Santiago donde fundó el Villarreal con la experiencia acumulada en el Café de Valparaíso.

Don Ernesto Rosenfeld le dio al Café Villarreal un carácter propio de la repostería y pastelería alemanas. Su ambiente era refinado y clásico, muy similar al del Riquet. Mantenía un estilo inconfundible y típicamente europeo que agradaba mucho a las damas del centro y a los escritores deseosos de mantener una conversación íntima con sus iguales, alrededor de una taza de té humeante, servido impecablemente en unas mesitas con cubierta de vidrio bajo el cual se extendía un pañito de crochet.

Con posterioridad, en 1948 el Villarreal abrió sus puertas en el barrio de Providencia, constituyendo un lugar refinado e inconfundible. Don Ernesto Rosenfeld decidió vender el Villarreal y dedicarse por entero a sus actividades humanitarias de ayuda a los niños lisiados. El Café fue vendido en 1987 a la familia Rubio Graell que procedía de Valparaíso donde tenían la famosa Suelería Versailles en la calle Victoria.

Por suerte, la familia Rubio Graell mantuvo el estilo original con sus mozos impecablemente vestidos, ofreciendo los pasteles mesa por mesa en carritos, además de la excelente calidad de las tortas. Ya el Villarreal del centro había cerrado sus puertas a fines de los años setenta, manteniéndose este último, en un costado del cine Oriente, con su estilo habitual: onces completas, café helado, repostería fina y ambiente distinguido.

Aquí suelen venir escritores y periodistas, como Raúl Matas y Julián García Reyes de la Radio Concierto que prefieren este lugar por estar alejado del bullicio de la ciudad.

La característica del Villarreal reside en una atmósfera tradicional en medio de unas excelentes pinturas murales de la artista Cuca Burchard. Tan entrañables son que los clientes piden las reservas de mesa refiriéndose al "rincón de los girasoles" o al "rincón de las jaulas". Otros motivos son los manzanos, el burro o el niño del carrito de maní con sus grandes ojos expresivos.

El Café Coppelia

Un café clásico de Santiago del Barrio de Providencia ha sido el Salón de Té y Pastelería Coppelia, famoso por sus helados y pasteles.

Esta confitería fue fundada en las Fiestas Patrias del año 1949 por el señor Jacques Bellenand, un pastelero francés con estudios de pastelería en Suiza. Originalmente se llamaba Tessino, nombre de una localidad de Suiza, situada cerca de la ciudad de Lugano, pero en 1952, cambió su nombre al de Coppelia, porque Tessino se confundía con el de los Establecimientos Casino produciendo confusión. El nombre de Coppelia, asociado al ballet clásico, daba la idea de belleza, armonía y distinción.

Este lugar estuvo ligado a la historia de los *hippies* chilenos cuando delante del Café se originaban verdaderas batallas entre los jóvenes de pelo largo que profesaban ideas liberales contra jóvenes conservadores de la Escuela Militar. Varias veces las cristalerías del Café resultaron destruidas con ocasión de estos disturbios juveniles.

Aquí se dieron cita los jóvenes de la Revolución de las Flores y el Amor Libre con sus pantalones pata de elefante, en piel de durazno, sus largas patillas y sus camisas ajustadas.

El Coppelia, vigente hasta el día de hoy con sus numerosos locales y adaptado a los nuevos tiempos, fue escenario de reuniones de ministros, políticos y escritores de fines de la década del 60 que se reunían allí a hablar de las situaciones de cambio que se vivían en el país, mientras los jóvenes leían allí mismo, apasionadamente, la novela *Palomita Blanca*, de Enrique Lafourcade que los retrataba en ese mismo escenario.



*Frontis del Café Coppelia de la Avenida Providencia
hacia los años cincuenta.*



*El desaparecido Bar Standard de Valparaíso.
Gentileza: Archivo de Sara Vial.*

X. CAFÉS Y BARES LITERARIOS EN LA PROVINCIA

La vida artística y literaria de las ciudades de Chile también se ha desarrollado en los cafés, clubes sociales y bares que por lo general tienen algo mágico.

Cafés en el Norte de Chile

En Arica existen Cafés con sabor altioplánico donde se entrecruzan las culturas del Perú, Bolivia y Chile. Iquique tiene los cafés, clubes de bomberos, restaurantes de colonias extranjeras y bares bohemios de ambiente marino.

Primero fue el Café Horn Store que reunía a los viejos capitanes con olor a alquitrán y a humo de pipa. Luego fue el Bar Liverpool, marinero y trasnochador, para mirar las grúas y los barcos con un cigarro humeante y un vaso a medio llenar. Luego se abrieron otros cafés para albergar a los marineros tristes ansiosos de vida bohemia. Bares para platicar y dejar correr el tiempo antes de embarcarse otra vez...

En Iquique su Casino Español ha albergado a poetas, escritores, dramaturgos y actores en su paso por la ciudad. La decoración morisca de este entrañable lugar sorprende al visitante y lo transporta a un mundo lejano y preciosista. Aquí estuvieron los teatristas españoles Jacinto Benavente y Eduardo Marquina con su compañía de teatro en verso. También la bailarina Tórtola Valencia, la actriz María Guerrero y tantos otros.

Hoy día el Wagon de Iquique es un café literario muy atrayente en su atmósfera y decorado porque recoge la rica tradición de las oficinas salitreras y rinde culto al pasado nortino.

Antofagasta tuvo también sus cafés y bares de bohemia, frecuentados por el poeta Andrés Sabella que siempre estaba allí dibujando con sus lápices de colores.

Los Cafés Literarios de Valparaíso

Valparaíso, puerto de ambiente cosmopolita, tuvo también sus Cafés literarios. A comienzos del siglo XIX los porteños de sombrero y bastón se reunían en el Café Tivolá del inglés Powell,

situado en la calle Victoria, en tanto que los hombres de negocio con *El Mercurio* bajo el brazo acudían a mediodía al Café Guinaudí en la Plaza de la Justicia.

También iban al Café de la Bolsa, ambientado en estilo británico con sillones de cuero, lámparas de pantallas de pergamino de tonalidades suaves y mesas de lectura donde podían verse diarios de distintos países del mundo.

Benjamín Subercaseaux rememora el ambiente porteño de fines del siglo XIX: “La familia establecía su cuarteles general en la Plaza del Orden. Delante se encaminaban a las tiendas extranjeras: Riedel, la Zapatería Repay, Bummeister. De todas ellas, Riedel era la tienda favorita de Daniel porque tenía un sistema de carritos aéreos que corrían por un alambre desde las secciones hasta la caja, llevando y trayendo el importe de las compras y el vuelto.

“La Pastelería Pupin servía de término a estos trámites. Ahí, entre helados artificiales y mesas de mármol, servían el té y unos helados famosos acompañados de pasteles”.

El Café Ramis Clar

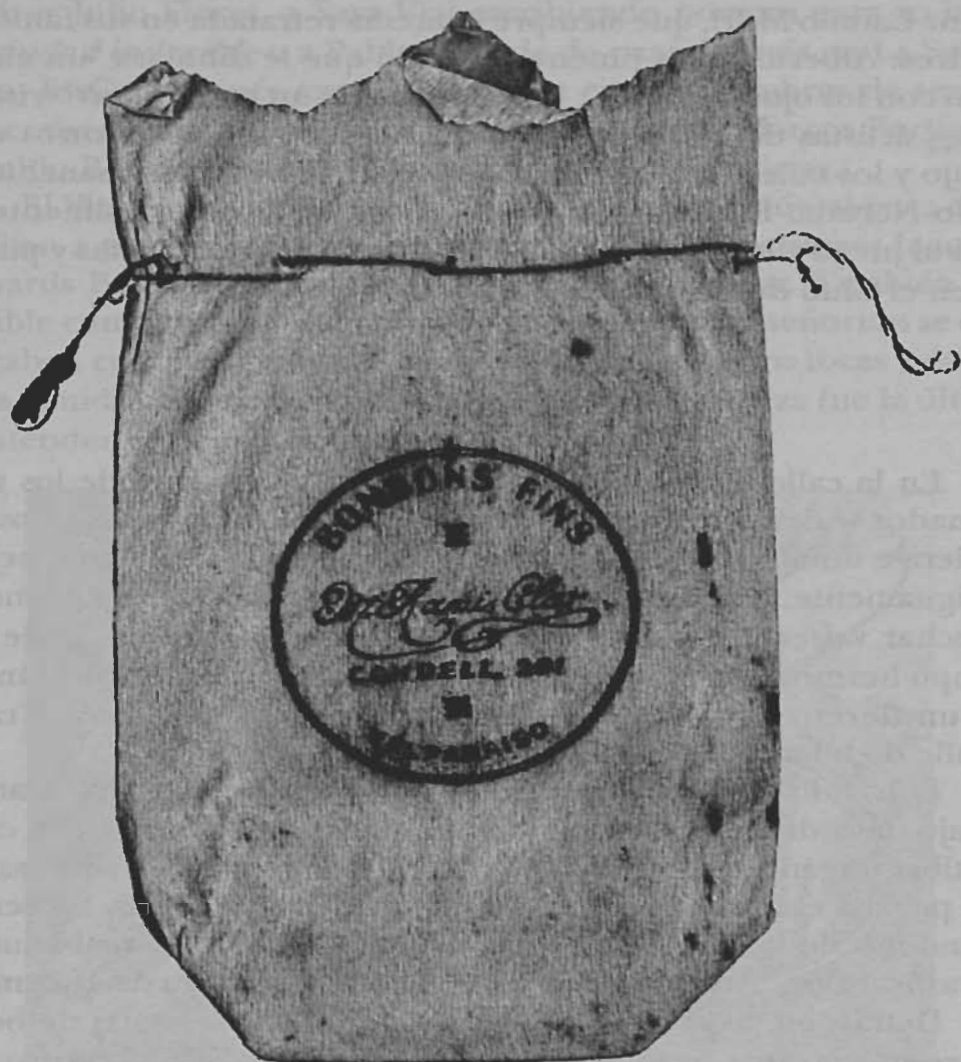
En los años veinte estaba de moda la Pastelería Parisiense Ramis Clar en la calle Condell 1403, famosa por los té-conciertos amenizados diariamente por el Quinteto Vela. Las damas del Cerro Reina Victoria acudían puntuales a sentarse junto a la baranda de madera blanca que cercaba el estrado. Así, mientras bebían el té con limón oían la maravillosa selección de operetas vienesas interpretada por la orquesta.

Era la época cuando las elegantes compraban en La Linda y acudían al Teatro Colón a divertirse con las peripecias de las películas de Perla White, mientras los caballeros se probaban sombreros en la Sombrerería Presciutti, compraban papel para liar cigarrillos marca Elefante o aprendían a bailar el charleston con el profesor Rubén Green.

En Santiago también existía el Café Ramis Clar famoso por sus pasteles y su amplio salón rodeado de espejos. Sus mesas eran de fierro con cubierta de mármol al estilo europeo. Aquí se sentaban las elegantes del centro a tomar el té y a escuchar la orquesta.

Antiguamente la Pastelería Ramis Clar de Valparaíso se llamaba La Gasseau. Eduardo Balmaceda Valdés recuerda el Valparaíso de su niñez: “En la tarde íbamos a tomar los famosos helados de La Gasseau, donde también se expendían esas hostigosas malvas por las que se pirraban los santiaguinos”.

Joaquín Edwards Bello que vivía a pocos pasos, en la Calle del Teatro, evoca también ese maravilloso salón de té del viejo Valparaíso: “La *Gasó* era una pastelería de tipo parisiense, en un Valparaíso próspero, antes del Canal de Panamá y del puerto de San Antonio. Estuvo bien alhajada como la famosa Rumpelmayer de la calle Rívoli, en París. Lámparas con mecheros de gas, lunas venecianas, mesones con bordes dorados, letreros como joyas en cristales relucientes. Mesitas cubiertas de mármol, sillas de estilo, tapices y grandes cuadros con imitaciones de pinturas de paisajistas franceses. Pastelería, heladería y dulcería clásica. *Glacés, patisserie, fondants, tartes, babas au rhum, caramel mou, chocolat, thé, café...*



*Envase original de bombones finos
de la Confitería Ramis Clair de Valparaíso. Colección del autor.*

“La firma en bronce, mármoles y cristales fue *Gasseau Quens-
ted*, después fue *Trenit* y ahora, la penúltima, *Ramis Clar*...

“Lo que ha permanecido igual es la instalación.

“¡Maravilla de arte comercial francés de fines del siglo pasado!

“–Vayan ‘a la Gasó’ –decía mi padre– los domingos.

“El 26 de julio –Santa Ana– llegaba a casa la tan esperada torta monumental de ‘la Gasó’. Castillo azucarado de un metro de altura, con base de pasta de almendras, montado en gajos de naranjas y yemas de huevos confitados hasta la fama del tope con el nombre de mi madre en banderola festiva”.

Entre los asiduos del Ramis Clar estaba el poeta Alberto Rojas Jiménez. Una tarde, se reunió allí con Maruja Vargas, la esposa del pintor Camilo Mori, que siempre aparecía retratada en sus famosos cuadros. Alberto Rojas Jiménez le pidió que le dibujara “un chanchito con los ojos cerrados”. Fue el inicio de un juego característico de los artistas de los años 50. Todos se pedían unos a otros este dibujo y los coleccionaban. Maruja Vargas le pidió un chanchito a Pablo Neruda. Entusiasmado con la idea, el poeta igualmente se unió al juego y lo reeditó más tarde con sus amigos poetas y pintores en el Club de la Bota del Bar Alemán de Valparaíso.

El Café Vienés

En la calle Esmeralda estaba el Café Vienés, uno de los más refinados. Adentro estaba el amplio salón rodeado de zócalos de madera e iluminado por lámparas que se reflejaban en los espejos. Antiguamente, las damas del cerro Alegre bajaban al Café Vienés a escuchar vales interpretados por una orquesta en vivo... Fue un tiempo hermoso con camareras que siempre ponían sobre las mesitas, un florero con un clavel y una rama de ilusión polaca. Era el detalle de buen gusto de las confiterías de Valparaíso.

Entrando, podíamos ver los tradicionales berlines humeantes debajo del vidrio del mostrador. Era agradable sentir desde la calle esa tibia fragancia azucarada... Una señorita de mejillas sonrosadas que pegaba estampillas en un álbum en sus ratos libres, los servía sacándolos de la vitrina con unas tenazas y los espolvoreaba luego con azúcar flor. “Azúcar impalpable” decía ella que era de Tucumán.

Detrás, en las estanterías de nogal, estaban las cajas de bombones en sus tapas festoneadas con cintas zig zag. En el centro del negocio estaba “la caja” donde la antigua dueña comentaba siempre con los clientes acerca de libros y obras de teatro. Una tarde de viento de los años sesenta, la señora Adriana Vacarezza estaba allí

hojeando un álbum de partituras de música de las que se usaban en el salón. “Tristeza de amor”, mazurca; “Gavota” de Sudessi; “Tú en mi mente”, Waltz.

A veces, en tardes de temporal, se podía ver al dibujante Lukas, Renzo Pecchenino, que supo retratar con sus pinceles al porteño con entrañable sentido del humor. Rememorando el Café Vienés escribió: “A las doce en punto, el Café Vienés disparaba desde sus cocinas una andanada de berlines perfumados que cubría de dulzura el mediodía de la calle Esmeralda. Cuando Valparaíso era un emporio, era una ciudad de olores. El perfume de los chocolates, de las galletas, cubría manzanas enteras”.

También se veían en la penumbra discreta del Café Vienés, al escritor Julio Flores, a Sara Vial escribiendo poemas para su libro *La ciudad indecible* o a Pablo Neruda de cuando vivía en La Sebastiana. El Café Vienés era un punto de cita de hombres de teatro. Allí conversaron de montajes Pedro de la Barra, Marcos Portnoy y Arnaldo Berríos junto a diversos intelectuales y artistas.

El Vienés era un verdadero lugar de conversación abierta donde iban a tomar el té y a conversar de libros los escritores Joaquín Edwards Bello, Salvador Reyes y Augusto d’Halmar. También era posible comprar allí bizcochos de anís, mientras las señoritas se desplazaban como en puntillas por el salón luciendo sus tocas y delantales almidonados de otra época. La familia Vacarezza fue la última en atender el viejo café hasta su cierre en 1978.



*Publicidad de la tradicional
Fábrica de Chocolates y Confites Costa de Valparaíso.
Colección del autor.*

El Café Riquet

En la Plaza Aníbal Pinto, frente a la fuente del Dios Neptuno y a la tradicional Joyería Klickmann, el señor Guillermo Spratz, que acababa de llegar de Alemania, abrió el Café Riquet el 19 de agosto de 1931, con la experiencia y la tradición de la repostería germánica. Allí sigue existiendo hasta el día de hoy con sus clásicas tortas Selva Negra y Merengue con Lúcumas, representando siempre un verdadero símbolo de europeísmo porteño.

La característica de este café es que a la mesa llevan diversos jarros metálicos con leche, café o té y agua abundante, lo que permite al habitué beber varias tazas con parsimonia, sin que el garzón interrumpa.

Un ambiente refinado y antiguo sobreflota en el viejo salón de té. Hay colecciones de cuadros, óleos, acuarelas y grabados del viejo Valparaíso. Lo más característico son los camareros de blanco impecable que llevan más de cuarenta años atendiendo a los mismos matrimonios de edad, en su mayoría descendientes de antiguos almirantes que un día encallaron en la misteriosa geografía del puerto.

En el silencio habitual, sólo se escuchan las cucharillas diminutas, mientras los mozos sirven el té con coladores de alpaca. Puede decirse que es el clásico sonido del viejo Valparaíso.



*Frontis del Café Riquet de Valparaíso en la Plaza Aníbal Pinto.
Fotografía de Miguel de Loyola.*

Allí, al tintinear de las tazas, poetas y escritores dejan aflorar los recuerdos de un tiempo perdido, cuando los ingleses acudían a beber el té y a hablar del *birthday* de la reina.

Los nostálgicos conversan de la colonia británica del cerro Alegre, de los *trolleys*, de los ascensores y del paseo Atkinson. También de las casas del Paseo Dimallow un domingo por la mañana, de las mansiones de madera en Playa Ancha y de la fragancia de los pinos al atardecer en el Sanatorio Valparaíso.

Renzo Pecchenino, Lukas, que además de ser un maravilloso dibujante fue también arquitecto, registró un detalle de la arquitectura del Riquet: “En el edificio del Café Riquet todas las puertas tienen unos rieles donde se insertaban tablones para defenderse de los pavorosos aluviones del invierno. Hasta aquí llegó la avalancha que se produjo al derrumbarse el Tranque de Mena en 1888, arrastrando casas, muebles, animales y más de 80 muertos.

“Sobre el muro, una pequeña ancla de fierro fundido señala el nivel de ese punto con respecto a la alta y baja marea. Una precaución importante para fijar la pendiente de los desagües y evitar que el mar entrara a las casas. Antes, estaban en todas las esquinas. Han sido robadas por los coleccionistas y no deben quedar más de cinco”.

En el Riquet tenía mesa fija el escritor Carlos León, “el hombre de Playa Ancha”, que siempre acudía a la misma hora –las cinco de la tarde– a pedir una taza de té puro con un platillo de galletas. Sentado junto a la caja, observando a los concurrentes, escribió: “En el café impera el medio tono, las conversaciones son tranquilas y uno encontrándose en medio de la gente, puede conservar su intimidad. (...) En los cafés he visto espectáculos extraordinarios: dos muchachas jóvenes y lindas atiborrándose de helados y pasteles, dedicadas exclusivamente a reír. Esas risas de dos muchachas desconocidas y que nunca más volvería a ver, recompusieron el mundo y me llenaron de una rara e inexplicable felicidad”.

Rememorando el ambiente refinado de ese café “casi onírico”, escribió: “Si la hora es propicia y tiene suerte, en la calle más moderna y viva, frente a un café distinto y antiguo, una suave melodía detendrá sus pasos”.

Viejos salones de té con orquesta del Valparaíso antiguo... No pasaron inadvertidos para Carlos León que prosigue en su página lírica: “Se encontrará usted en medio de un lugar vasto, discretamente iluminado, vestido con un mobiliario suave, tranquilizador, sin pretensiones, pero digno. En la parte superior de las paredes, unos avisos confeccionados a la manera moderna de

hace varios lustros, anuncian las excelencias de unos chocolates franceses desaparecidos de nuestro comercio antes de la Primera Guerra. En un extremo del local, se encuentran los responsables de la melodía que detuvo sus pasos. Están interpretándola con helada indiferencia, en forma casi dolida, pues sospechan que usted y sus contemporáneos ya no saben oír. Sin embargo, siguen tocando con discreto resentimiento las canciones que deleitaron otrora a tranquilos comerciantes y familias apacibles y numerosas que bebían el té de aquellos años con exquisitas maneras y aplaudían discretamente al final de cada interpretación”.

Carlos León, el autor de la novela *Todavía*, que se consideraba un “Hombre de Café”, diferenciándose de los “Hombres de Bar”, escribe, siempre en el Riquet desde su puesto de observación junto a un pastel de lúcuma: “Si sirves un café, la taza ha de estar limpia, el alma bien dispuesta, el corazón contento. El agua al justo hervida calmada está en la taza, el humo sube al cielo y el aroma te coge. Si miras con fijeza, el humo sabe a niebla, la calma es engañosa, las aguas son océano. Y tú eres marinero de viajes tan antiguos”.

En otro tono, el poeta Pablo de Rokha rememora también los “cafés del querer antepasado” y evoca “El Riquet, tan francés y tan cortés de *politesse...*”.

Muchos escritores pasaron por el Riquet. Sara Vial estuvo allí muchísimas veces tomando café con periodistas y poetas. También bebieron el clásico té con torta Selva Negra, Pablo Neruda, Salvador Reyes, Augusto d’Halmar, Benjamín Subercaseaux, Camilo Mori, Ennio Moltedo, Patricia Tejada, el pintor Álvaro Donoso, el crítico de cine Sergio Salinas y desde luego, los escritores de Santiago que ocasionalmente visitaban la ciudad.

En este lugar leyeron recientemente sus versos los poetas Ernesto Cardenal y Raúl Zurita, en un encuentro internacional de poesía, desarrollado en diversas localidades del país, el año 2001.

Aún hoy día el Café Riquet es frecuentado por algunos escritores nostálgicos del viejo Valparaíso que acuden allí a reinventar el puerto, entre ellos, Juan Cameron, Marcelo Novoa, Eduardo Correa y Víctor Rojas.

Hoy, revisitamos el Café Riquet en junio del año 2000, a setenta años de su inauguración. El Café permanece igual, como si el tiempo se hubiese detenido, con el mismo mobiliario y los mismos mostradores de cristal repletos de pasteles. Sin embargo, la moda es otra y los cambios de los tiempos imponen su nuevo estilo. Ya no están los dueños originales. El té ya no es de hoja, sino en bolsitas... Han cambiado los mozos por otros más jóvenes. Y la

vieja orquesta de vals vieneses ha sido reemplazada por un televisor que retransmite un partido de fútbol a la hora del té.

Hoy, el Café Riquet es también restaurant para ejecutivos y Café Internet. Los nuevos dueños redujeron el elegante mostrador con un criterio más comercial que estético, ampliando el número de mesas, y abrieron surcursales en la Plaza Victoria y en el edificio Veracruz de Viña del Mar de acuerdo a los nuevos tiempos.

Cafés del querer antepasado

Salones de té ha habido siempre en Valparaíso: el Ideal Room en la Plaza Victoria o el Hesperia con su parpadeante letrero de color violeta en la calle Victoria esquina de avenida Francia. Este salón de té, fundado en los años cuarenta por una familia italiana, mantiene inalterable hasta el día de hoy una inconfundible fragancia típicamente porteña muy difícil de definir...

Su interior y decorado permanecen intactos, con sillones de cuero rojo y una larga barra para tomar el café sentados en altos taburetes al uso de antaño. Aquí se daban cita los hombres de radio, los poetas y periodistas a la salida de las funciones teatrales, para fumar hasta tarde y conversar un café.

Otro Café emblemático del viejo puerto fue el Imperio en la calle Pedro Montt con Almirante Barroso, enfrente del Parque O'Higgins y junto al legendario Hospital Deformes. Aquí también solían venir los poetas, pintores, escritores y periodistas de cine y del espectáculo. El Café Imperio se transformó en una tanguería y finalmente desapareció con las llamas de un incendio, en un clásico espectáculo de Valparaíso.

Enfrente al monumento de la Loba Capitolina en el Parque Italia –que en otro tiempo se llamaba Jardín Abadie– se cerró hace tiempo el Café Munich que tenía un curioso papel mural estampado. En las pequeñas vitrinas se exhibían novios de azúcar y cálices para decorar tortas de Primera Comunión.

Se desaparecen los salones de té en Valparaíso. En el puerto, se cerró la Confitería Marconi con sus mesitas de mármol y pasteles de cremas de colores con trocitos de jalea de adorno. También en El Almendral desapareció el Salón de Té La Condesa con sus pisos embaldosados semejando un tablero de ajedrez y con sus damas españolas que comentaban la función de zarzuela que acababan de ver en el Teatro Avenida.

Otro que desapareció fue el Café Checo “en un rincón del Almendral” que se transformó después en una conocida *Boite* donde actuaron la Tongolele, Manon Duncan, Eugenia de Montijo y el Blue Ballet.

También junto al Teatro Velarde existía el salón de té Bvestrello, famoso por sus mantecados, palmeras y merengues. En el Bvestrello, el poeta Ennio Moltedo acudía siempre a tomar un café junto a amigos poetas.

En uno de los salones era posible encontrar escritores que iban a buscar objetos antiguos a la Feria del Parque O’Higgins, bebiendo un café en un rincón donde había una colección de fotos históricas del puerto. Este tradicional Café cerró sus puertas en el cambio de siglo.

Nuevos Cafés del viejo Valparaíso

En la actualidad hay dos cafés entrañables en los cerros de Valparaíso. Uno de ellos es el Turri situado en el Paseo Gervasoni del cerro de la Concepción, con una vista espectacular sobre la bahía. Este Café está situado en una histórica casa que evoca la presencia de las familias extranjeras en este mágico entorno. El otro es La Colombina situado en la subida Apolo del Cerro Alegre.

La idea de instalar un Café en este cerro la tuvo la doctora Carmen Luz González quien decidió rescatar una antigua casona para transformarla en íntimo salón de té victoriano y restaurant con vista al mar. Esta casa ya era famosa porque el dibujante Lukas la había registrado con sus plumillas y pinceles en sus *Apuntes porteños* de 1971, mostrándola como representativa de mansión con grandes habitaciones donde siempre había muchos cuadros, aspidistras y un piano.

Pintada de un misterioso color rosa viejo –que acentúa su aire nostálgico– la mansión con sus verjas y balcones fue famosa porque en otro tiempo ostentaba en una de sus terrazas embaldosadas una curiosa colección de helechos en *chuicos* de vidrio. Hoy, ha sido restaurada con gusto y aprecio por la historia de Valparaíso, a tal punto que muchos de sus elementos decorativos proceden de viejos almacenes porteños que han desaparecido, como una preciosa cajonera de la tradicional Farmacia Victoria con todas sus inscripciones en latín.



*Café Brighton del Paseo Atkinson
en una señorial casona victoriana del Cerro Alegre.
Aquí bebieron un café el poeta Jaime Quezada con Doris Dana,
secretaria de Gabriela Mistral, que estuvo de paso recientemente
en Chile, de incógnito, viajando en un crucero.
Fotografía de Miguel de Loyola.*

Otro Café de los últimos años es La Ciocolatta de la calle Esmeralda, con hermosos gobelinos (todos iguales) y lámparas de pantallitas de pergamino. La dulcería es de alta calidad: buenos pasteles y tortas de merengue con lúcuma, Selva Negra y “Siete Sabores”. Valparaíso recupera con este lugar la tradición de los Cafés con estilo.

Cafés de Valparaíso alrededor de la plazuela Ecuador... El “Valparaíso Eterno”, con su ambiente universitario y bohemio...

Y por último el Brighton del Cerro de la Concepción, en pleno Paseo Atkinson, asomado a la Plaza Aníbal Pinto. Aquí leyó poesía el poeta peruano Antonio Cisneros, en tanto que el poeta Jaime Quezada atendió recientemente aquí con un café a la secretaria de Gabriela Mistral, Doris Dana, en su paso anónimo por Chile a bordo de un trasatlántico.

Cafés de Viña del Mar

En la Ciudad Jardín –como llamó a Viña del Mar don Benjamín Vicuña Mackenna– existió el Chalet Suisse fundado en los años 40 por el matrimonio Jeannerel que provenía de la Suiza francesa. Este Café de atmósfera europea con su terraza-jardín fue famoso por sus copas de helado con galletas obleas y sus grandes jaulas de pájaros. Aquí se celebraban las despedidas de soltera y muchas veces acudían por la noche a degustar la buena cocina internacional, intelectuales y artistas, entre ellos Mario Naudon, profesor de francés vinculado al teatro y a la cultura francesa.





Ambiente de la terraza-jardín del Chalet Suisse de Viña del Mar a comienzos de la década del 50.

Otro elegante fue el Café Mirabel que hacia fines de los años ochenta cerró sus puertas. Una pena, pues tenía magia cautivante su cortina de visillo y el ambiente interior de semipenumbra, con tortas de milhojas delante de un fresco con motivos pastoriles. Sin embargo últimamente reabrió en la calle 4 Norte de Viña del Mar, con la clásica pastelería de siempre.

De todos, el que más se recuerda es La Virreina en la calle Valparaíso, elegantísimo punto de reunión de la sociedad viñamarina a la salida de misa de la Parroquia, muy recordado por la escritora María Luisa Bombal.

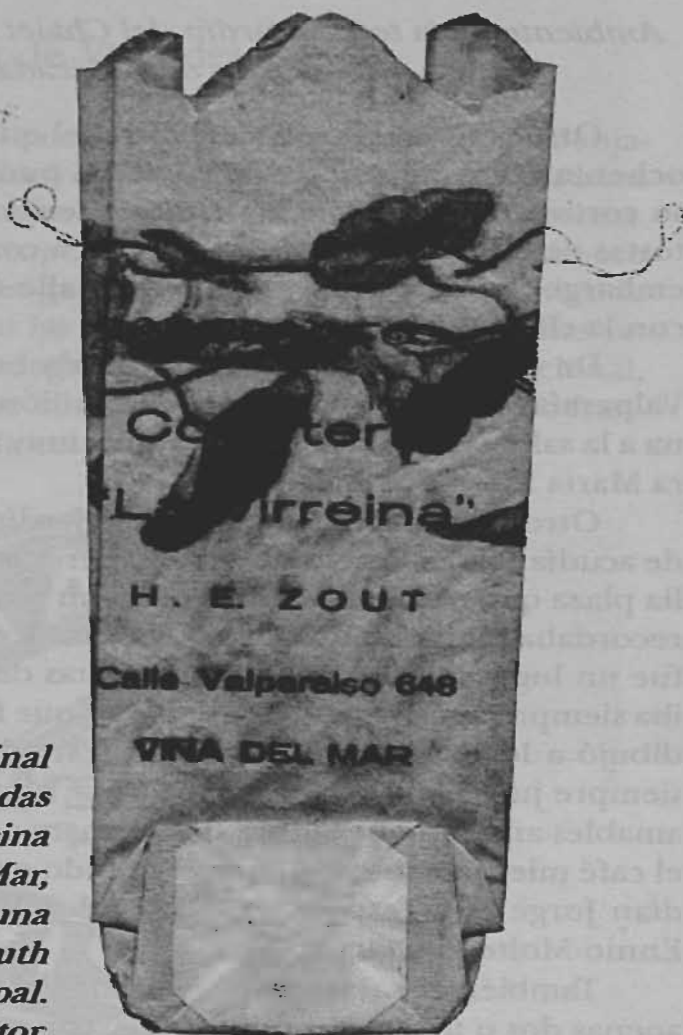
Otro emblemático de la Ciudad Jardín fue el Café Viana adonde acudía Renzo Pecchenino, Lukas, frente a la Plaza de Viña, aquella plaza que tenía un estanque con un cisne negro, como también recordaba María Luisa Bombal. Este mítico café, hoy desaparecido, fue un lugar de reunión de periodistas del diario *La Unión*. Aquí iba siempre el dibujante de ese diario que fue Isidro Arteaga, quien dibujó a los contertulios del Café. Este dibujo enmarcado estaba siempre junto a la caja o en la vitrina, como recuerdo de aquellos amables años en que existía tiempo para conversar tranquilamente el café mientras se imaginaba el mundo en el futuro. También acudían Jorge Luer, esposo de Sara Vial, Julio y Tito Massú, el poeta Ennio Moltedo y tantos otros...

También es característico el Café del Cine Arte, pequenito, de apenas dos o tres mesas minúsculas, con una gran fotografía de Ca-

therine Deneuve, frente a la boletería del cine, pero infaltable lugar de citas de poetas, aficionados al buen cine e intelectuales, que acuden allí durante décadas a beber un buen café y a hablar de libros. Aquí solían reunirse Juan Luis Martínez, Eduardo Parra, cantante de Los Jaivas, Juan Cameron y Gregorio Paredes.

En la actualidad, pervive el tradicional Samoiedo donde acudía el poeta Juan Luis Martínez que tenía su casa frente al mar en Con Con. Juan Cameron hablaba allí también de poesía y no por azar tituló su propia serie de publicaciones como Ediciones del Café.

Otro Café en el estilo de los viejos tiempos es el Alster en la calle Valparaíso, con pisos de madera noble, suave penumbra y buen servicio en estilo alemán. Aunque no se trata de un café literario propiamente tal, suelen concurrir escritores y profesores universitarios a conversar un café en voz baja en una atmósfera placentera y tranquila.



*Cambucho original
de naranjitas confitadas
de la Confitería La Virreina
de Viña del Mar,
ideal para llevar a una
función de Vermouth
al Teatro Municipal.
Colección del autor.*



La bota de loza del Club de la Bota fundado por Pablo Neruda y sus poetas amigos, en el Bar Restaurante Alemán de Valparaíso actualmente en poder de la escritora Sara Vial.

Esta bota de siete leguas viajó a Argentina y se exhibió en la magnífica exposición sobre Pablo Neruda que se llevó a efecto recientemente en el Palais de Glace de Buenos Aires.



“La noche de los bigotes de papel”, en el Club de la Bota, con la bota en el centro y los respectivos jarros. Aquí están, entre otros poetas, Pablo Neruda (el segundo, de izquierda a derecha) y Sara Vial (la tercera de derecha a izquierda), todos jugando con las servilletas del Bar Alemán del puerto. Gentileza: Archivo de Sara Vial.

Los viejos bares marineros del puerto

Desde luego que la bohemia porteña ha preferido los restaurantes y bares a los cafés literarios. El Bar Samoa, de la familia Sarrochi en la calle Las Heras, la Puerta del Sol, el Bar Inglés, el Restaurant Hamburgo y la Pensión La Rosa fueron lugares visitados por poetas y escritores.

Pablo Neruda los frecuentó y escribió en ellos poemas en servilletas de papel, especialmente en el ambiente del Club de la Bota fundado en el Club Alemán en 1961. La escritora Sara Vial conserva fotografías y dibujos de este Club de poesía y arte, entre ellos un dibujo-collage del Acta del Bar Alemán. Hay caballos con alas, gaviotas, una luna lejana y una estrella de la que pende un letrero que dice: “bebe, bebe”... seguramente de la bota de loza alemana con siete copitas colgantes que conserva aún Sara Vial en su casa de Viña del Mar.

Sara Vial recuerda: “Constituimos la más solemne y pintoresca procesión que haya entrado una tarde lluviosa del 3 de junio de 1961 al Bar y Restaurant Alemán, ex Shoenner Bar... Hasta los cachos que sonaban en las mesas suspendieron su algarabía”.

El Bar Roland

El bar mítico del barrio chino del puerto fue el Roland que hace poco se incendió llevándose su leyenda de marineros y bohemios. Salvador Reyes ambientó aquí varias escenas de sus novelas *Valparaíso, puerto de nostalgia* y *Mónica Sanders*.

El Roland fue un espacio para la conversación y el intercambio social entre navegantes solitarios y poetas. Aquí acudían también Joaquín Edwards Bello, Manuel Rojas, Jacobo Danke, Salvador Reyes, el poeta Juan Guzmán Cruchaga, el cineasta holandés Joris Ivens y Augusto d'Halmar, entre muchos otros, en un tiempo en que los tripulantes tenían tiempo para bajar de los barcos y permanecer en los bares del barrio chino.

Muchos artistas frecuentaron este emblemático bar, entre ellos Pablo Neruda, Matilde Urrutia, el pintor Camilo Mori, el grabador Hermostillas, el dibujante Lukas, Homero Arce y numerosos poetas porteños.

Con posterioridad, en la década del sesenta se reunían aquí los poetas e intelectuales de izquierda, entre ellos Nelson Osorio e Iván Droguett, junto a los profesores y alumnos de literatura de la Universidad Católica de Valparaíso.



Ambiente marinero del célebre Bar Roland de Valparaíso, frecuentado por escritores de la vieja bohemia, entre ellos, Augusto d'Halmar, Salvador Reyes y Pablo Neruda.

Restaurantes y cafetines del puerto

Pablo de Rokha describe estos lugares bohemios en *Epopéya de las comidas y bebidas de Chile* y come deleitosamente en ellos la jaiba mora, el piure, las empanadas de machas, la corvina y el jurel. Le gustaba ir al “Restaurant de El Pajarito en donde se comen, hogaño, los ricos hocicos de ternera, bien picantes y licoreados”. Decía que “los parroquianos parece que vienen saliendo de un entremés de Miguel de Cervantes”. Pablo de Rokha tomó “el caldo de cabeza del Mercado del Cardonal” y se reunió con poetas de buen apetito en el Restaurant El Parrón y en “la taberna de Pedro el Cazador” comiendo choros asados o crudos chorreados con “limones irreparables”.

Otro espacio mítico de poetas y escritores del puerto es el Bar Cinzano de la Plaza Aníbal Pinto donde hasta el día de hoy canta boleros Carmen Corena, “la Voz de Oro de Latinoamérica”.



En el balcón de Cinzano, el poeta Gonzalo Rojas leyó sus versos en el marco del encuentro “Chile Poesía”, finalizado en el puerto, el domingo 25 de marzo de 2001, en horas de la noche.

Fotografía de Miguel de Loyola.

Un Café de bohemios impenitentes y poetas trasnochadores es el "J. Cruz", un curioso café al final de un pasaje donde por las noches hay un cálido ambiente de camaradería literaria al amparo de un plato de Chorrillana, característico de este lugar, admirando una colección de objetos rescatados de las viejas casas de Valparaíso.

En la actualidad, los espacios literarios se desplazan, se cierran, se abren o se reabren en otros sitios. Si bien es cierto en los años ochenta la vieja bohemia de escritores no tuvo puntos de encuentro, en los noventa, surgen nuevos barrios como el Bellavista donde se inauguran nuevos lugares para la conversación, siendo el Bar Emil Dubois uno de los preferidos por los noctámbulos y poetas.

También se destaca el Bar *El Canario*, situado en la Subida de la Plaza Aníbal Pinto, al cual suelen acudir el novelista Pablo Azócar, el escritor y periodista argentino Enrique Syms, así como la novelista argentina Vera Land. Ocasionales noctámbulos de *El Canario* son los escritores porteños Marcelo Novoa y Víctor Rojas, junto al poeta José María Memet y el novelista Jorge Edwards.

Cafés Literarios del Sur

El sur lluvioso ha tenido también sus lugares de reunión, especialmente en Concepción, Temuco y Valdivia, donde el clima húmedo y las perpetuas neblinas, favorecen la intimidad de un café en donde conversar de libros al amparo del fuego de una salamandra fragante a leña de ulmo...

Los poetas se reúnen con sus ropas húmedas en las casas de los amigos donde no falta un plato de sopaipillas gigantes aromadas con cáscara de naranja y nadando en bronceada chancaca.

Es la hora de los amigos en la provincia, cuando a la luz de una vieja lámpara, los poetas se leen versos y organizan revistas literarias para darse a conocer.

Cafés Literarios de Concepción

De las tertulias familiares al interior de las casas, los penquisitas se desplazan a sitios públicos a partir de los años veinte y frecuentan principalmente el Café Piera, en los portales, frente a los tilos de la plaza o la clásica pastelería de *Mme. Sauré*.

En la esquina del Portal con Aníbal Pinto estuvo la Pastelería Salom cuyo salón de té ubicado en un altillo íntimo y acogedor fue testigo de numerosas reuniones de hombres de teatro y radio.

Otros Cafés característicos en Concepción han sido el Astoria, el Pujol, el Sauré y el Roggendorf.

El Café Palet de Concepción

El café más característico de Concepción ha sido el elegantísimo Tea Room Palet en la calle Barros Arana, con mesas de mármol, grandes espejos biselados y al fondo, un pequeño escenario con gruesas cortinas de terciopelo rojo.

El interior del Palet era suntuoso con altas estanterías de caoba que exhibían cajas de bombones y confites. Había un amplio mostrador de madera con cubierta de cristal para exhibir las pastillas y los frascos de caramelos. En la ventana se veía un cartel que representaba a una sofisticada dama de sombrero bebiendo una taza humeante bajo la leyenda: "Tea Room de Palet: Distinción-Elegancia".

Era tradicional en Concepción la compra de pasteles en el Palet a medio día para la hora del té o para el postre del almuerzo dominical. Las damas de Concepción con sus familias acudían, por lo general después de misa, a comprar las características bandejas de pasteles surtidos que se protegían con cintas de cartón y luego se envolvían con grandes pliegos de papel de seda.

Los niños pululaban nerviosos alrededor de la madre que avanzaba por la plaza portando el immaculado paquete con las clásicas palmeras, palos de Jacob, merengues y milhojas de crema Chantilly o pastelera.

En la noche, en el escenario del Palet, una dama de hermosa voz y ojos almendrados canta una tarde al piano la canción de los bosques del sur *El copihue rojo* con música de Juan Sepúlveda y letra del poeta penquista Ignacio Verdugo Cavada.

Esta canción dará la vuelta al mundo en la voz de cantantes internacionales e inspirará a Ignacio Verdugo a escribir posteriormente *El copihue blanco* y *El copihue rosado* que popularizó en Chile y en escenarios europeos la cantante mapuche Rayén Quital, quien cantó precisamente *El copihue rojo* en Alemania ante Hitler.

En este escenario actuaron cupletistas, cantantes de moda, magos, fonomímicos o prestidigitadores que amenizaban siempre

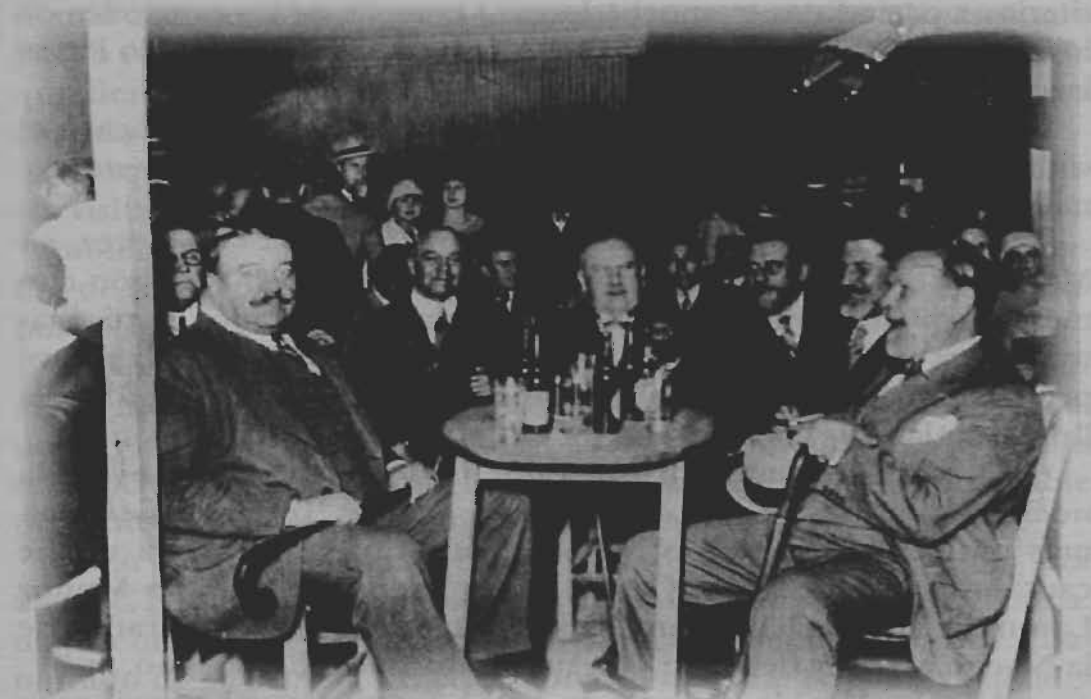
las reuniones frecuentadas por poetas, universitarios, políticos, escritores como Daniel Belmar, Luis Durand, Dolores Pincheira y periodistas de los diarios *El Sury La Patria*.

Entre los viejos contertulios del Palet, merecen figurar Amable Larraguibel, el Pequén Benavente, Tramón Sepúlveda, el Titi Muñoz, Pancho Wilson, Exequiel de la Barra, Pepe Puig y tantos más.

Al Café Palet se solía ir después de las funciones de cine o de teatro a comentar el desempeño de los actores, la dirección teatral y los decorados.

Saboreando una taza de buen café de Brasil, los parroquianos del Palet hablaban hasta tarde y bebían también una copa, fumando y hablando de libros. Aquí llegaban también los actores Alejandro Flores y Rafael Frontaura en giras teatrales por la zona. También las actrices Venturita López y María Llopart que eran conocidas a través de la radio.

Las conversaciones giraban en torno a libros y teatro. Se hablaba de Romain Rolland, de Anatole France, de Dostoiewsky, de Ortega y Gasset, de Gabriela Mistral, de Pablo Neruda, y de tantos otros. Luego, ciñendo esos clásicos impermeables ingleses, auténticos, marca Burberrys, que estaban tan de moda, los poetas penquistas se alejaban del Palet, con los paraguas abiertos bajo la lluvia.



*Viejos contertulios de la provincia sureña
departiendo en torno a unas botellas de vino, hacia 1920.*

Restaurantes literarios de Concepción

Fueron famosos también en Concepción los Restaurantes Bivort, Frugone, Nuria y El Quijote, todos ellos con *dinner dansant* al compás de los aires de moda: *shimmy, one step, charleston* y los melancólicos tangos de la vieja guardia: *Milonguita, Es un golfo, La cumparsita* y tantos otros... También los hoteles de Concepción tenían orquesta y servían para las reuniones de la sociedad penquista. El Hotel Cecil de la calle Prat, el Wachter, el Hotel de France, el Ritz y el Mécidis fueron los más famosos.

Aunque los escritores noctámbulos y bohemios preferían los restaurantes de comida criolla como Los Copihues y de amanecida, las cocinerías del Mercado y las numerosas Casas de Cena.

El Castillo fue uno de los más frecuentados por la bohemia. Poseía "reservados", bar y cantina. Asiduos al lugar fueron el escritor Daniel Belmar, el grabador y pintor Rafael Ampuero y los poetas Benjamín Silva y Alejandro Chawy Bork.

Este bar de poetas noctámbulos que funcionaba en la calle Orompello, se caracterizaba por una gigantesca damajuana de vino de unos 150 litros que estaba detrás del mostrador.

El viejo Bar y Restaurant Zehnder de la calle Barros Arana, en los bajos del Hotel Ritz, albergó también a poetas, profesores universitarios y periodistas trasnochadores al compás de las canciones de los contertulios Manolo Sanhueza, Alberto Moena y Reinaldo Passalacqua que cantaba en italiano viejas romanzas napolitanas.

Otros recitaban poemas en tanto que Luis Corrotea tocaba el violín en tertulias de amanecida. Se comía bien, principalmente comida criolla y alemana: buen pernil y repollo morado.

Otro restaurant de tradición literaria fue el Casino Pérez, en Maipú, entre Tucapel y Orompello. Era un inmenso bodegón con mesas de billar, canchas de palitroque y dados. Sentados en rústicas mesas, los parroquianos comían el clásico ajíaco o la cazuela de ave preparada con auténtica gallina de campo, mientras se oía caer la lluvia implacable sobre la claraboya del pequeño comedor.

El público estaba formado por periodistas bohemios de la noche penquista, poetas, estudiantes y artistas. Todos debatían temas pintorescos mientras Manolo Sanhueza animaba la noche cantando el *Ay ay ay* de Osmán Pérez Freire y Armando Muñoz Larenas –a quien llamaban "El Titi" y también "El Emperador de la Noche"– reía y departía con sus contertulios del Casino.

Alfonso Alcalde, que era de Tomé, frecuentaba las cocinerías de Coronel, Lota y Dichato a donde iban a almorzar los mariscadores y pescadores. Fue un gran estudioso de las costumbres y del

folclore alimentario de esta zona del país, junto con Oreste Plath, llegando a publicar un libro mítico sobre el tema en la Editorial Quimantú en 1972, titulado *Comidas y Bebidas de Chile*, en el que describe las comidas y bebidas de los hombres de la costa penquista y nombra las famosas "picadas" de Chillán, Concepción, Lirquén, Penco, Lota, Coronel y Tomé, entre muchas otras. Alfonso Alcalde degustó con sus amigos poetas el estofado de róbalo en la "picada" de Doña Pachi, en Puchoco, y bebió vinos pipeños en El Huaso Arredondo, de Coronel

En la actualidad, el Barrio Estación ha recobrado la antigua vida bohemia y se han abierto cafés y bares literarios, especialmente frecuentados por público universitario. Uno de los cafés más destacados en la actualidad es el Cariño Malo situado en la calle Barros Arana con diversas presentaciones de libros y encuentros poéticos.

El Café del Hotel Continental de Temuco

Una de las experiencias más emocionantes en la vida de un buscador de lugares históricos y literarios es el haber pernoctado una noche siquiera en el Hotel Continental de Temuco.

Considerado el más antiguo de Sudamérica, el Hotel Continental data de 1890 y por él han pasado numerosos estadistas, como Pedro Aguirre Cerda, escritores y poetas, entre ellos Pablo Neruda que tiene una placa recordatoria en la habitación que él ocupaba cuando iba a visitar su ciudad natal.

Aquí estuvo también alojada Gabriela Mistral en sus numerosas visitas a Temuco, incluso vivió un tiempo muy cerca del hotel. También la escritora Delia Domínguez guarda entrañables recuerdos de este vetusto hotel con prestigio literario y atmósfera de tiempos idos.

No hay escritor de visita en Temuco que no haya pasado en algún momento a este Hotel a admirar sus bien conservados comedores y sus amplios salones donde se han reunido a lo largo de más un siglo centenares de poetas, entre ellos Hugo Alister, incansable promotor de la poesía regional de Temuco.

En su lluviosa ciudad, el poeta conversa alrededor de una taza de café, hablando con entusiasmo de los escritores de la Araucanía: de Juvencio Valle, de Carlos Godoy Silva, de Altenor Guerrero. Enamorado de su región, describe con todo detalle la Cantera de Mentrenco de donde extraían las piedras que se ponían entre los durmientes del ferrocarril, en tiempos del presidente José Manuel Balmaceda.

Luego conversa de los autores sureños, de Luis Vulliamy y de Jorge Teillier que siempre iba a su Lautaro natal a inspirarse para escribir sus versos de la infancia recuperada...

Los poetas de la Frontera amaron el viejo hotel, íntegramente fabricado en preciosas maderas nativas. Sus habitaciones conservan intacto el mobiliario de otros tiempos, las mismas lámparas y vetustos roperos de media luna.

Enrique Lafourcade ha admirado en sus crónicas el viejo Hotel Continental, alabando la buena comida de sus comedores y los excelentes vinos. También la inolvidable actriz Malú Gatica admiró su señorío, apreciando la atmósfera de tiempo pasado que pervive en cada detalle.

El Café Cantina del Hotel Terras

Uno de los hoteles más antiguos de Temuco fue el Hotel Terras, lamentablemente desaparecido. Su cantina era punto de reunión de escritores, estudiantes, profesores y poetas, especialmente en los años cincuenta y sesenta.

Cuando Jorge Teillier venía de su ciudad natal, Lautaro, a Temuco, siempre solía acudir a la cantina y café del Hotel Terras a reunirse con los poetas de la Frontera. En las mesas contiguas se jugaba cacho y había siempre un buen espíritu de convivencia y camaradería.

Otro lugar temuquense de reunión literaria en Temuco era el Bar de la Protección Mutua de la calle Bulnes, más conocido como "La Prote". Especialmente en los años sesenta y setenta, los poetas y profesores universitarios acudían siempre allí a conversar de libros y política, junto a un café, una cerveza o una botella de vino.

La Confitería Central de Temuco

En pleno centro de la ciudad está la prestigiosa Confitería y Café Central de Temuco. De amplio espacio, con diversos rincones aptos para la conversación e iluminación indirecta, el Café Central presenta un cálido ambiente que favorece la comunicación. Hay vitrinas donde se exhiben chocolates, bombones y mu-

ñecos de peluche. El servicio es excelente y la música, discreta. Es uno de los pocos lugares en el país en donde los garzones no apuran al cliente y es posible inclusive escribir una carta en una de las mesitas, junto a un buen café, sin ser interrumpido.

Todas las mañanas y a media tarde, llega siempre un público joven a reunirse para estar largo tiempo dejando correr las horas muertas junto a una taza de capuchino y un cigarrillo humeante. Periodistas, poetas, narradores y teatristas han acudido con frecuencia al Café Central, fraguándose revistas de poesía y produciéndose siempre el necesario intercambio de libros y experiencias literarias en un espacio común.

El Centro Árabe de Lautaro

Lautaro, zona de poetas, tuvo también su lugar de reunión de escritores e intelectuales. El Centro Árabe albergó a poetas como Samuel Donoso, Jorge Teillier, Oscar Weinbergmer y tantos otros. Allí estuvo Luis Vulliamy que escribió:

*Aquel molino fue cayendo tabla a tabla
enamorado tardío del otoño...*

En general, el poeta de estas latitudes ha preferido ir a refugiarse al Club Radical que existe en todas las ciudades y pueblos del sur. Los radicales implantaron este estilo de vida social y profesional alrededor de un buen plato. Y sus reuniones políticas fueron siempre en alguno de estos clubes donde la comida suele ser excelente, barata y sin refinamientos sociales.

Alrededor de una mesa de mantel blanco, se han sucedido los platos de carne mechada y plateada, la merluza con caldo de cabeza, el cochachuyo con porotos, la cochinilla al horno, el arrollado de cerdo, el guiso de piures, el valdiviano con camarones, el picadillo de ulte, la cazuela de pava con chuchoca y las longanizas sureñas con papas cocidas, regado todo con los buenos vinos del sur.

Estas mesas abundantes y familiares de los clubes radicales de San Fernando, Temuco, Nueva Imperial, Angol, Tomé y ciudades vecinas, han congregado siempre a los poetas, profesores de castellano y escritores deseosos de compartir hasta tarde, divagando en torno de la poesía, la literatura y el buen vino pipañón.

Los Cafés australes de Valdivia

Valdivia ha tenido también sus restaurants, “picadas” y cafés para refugio de universitarios, en donde solía verse al poeta Jorge Teillier que, en una época post moderna, reivindicó los bares de Temuco y Lautaro como espacios mágicos de convivencia y últimos resabios de humanidad.

La mayoría de los cafés valdivianos sigue la línea impuesta por la moda germana que da la pauta cultural de la zona, entre ellos hay que citar el Café Haussmann y el Restaurant La Bomba, lugares de reunión de escritores, periodistas y universitarios.



*Posavasos del Café Haussmann de Valdivia
para apoyar el jarro de cerveza sureña.*

Aquí en Valdivia existía también un famoso restaurant que era refugio de los poetas sureños. Se llamaba La Protectora y quedaba detrás de la catedral. En La Protectora se reunían los poetas del grupo Trilce de la Poesía, entre ellos Enrique Valdés, Omar Lara, Eduardo Hunter y Delia Domínguez quien señala: “No sé por qué se llamaba La Protectora. Jamás pregunté. Simplemente decían: ‘Juntémonos en la Protectora’ y todos ya sabíamos dónde era. Aho-

ra que lo pienso, debí haber preguntado... Quizás era la Protectora de la Infancia... ¡o de Animales...! ¡qué horror! Pero no lo creo... Tampoco creo que haya sido referencia a una santa, porque corría bastante vino...”.

El Café Hoeffelmaier de Osorno

El clásico café de Osorno fue el Café Hoeffelmaier de la calle Ramírez, de tradición alemana, fundado en la década del 30 por la familia alemana Hoeffelmaier vecindada en la zona. Aquí servían el clásico café vienés. Su decoración era típicamente alemana, con cortinillas de tul y cenefas de crochet, predominando el uso de la madera natural. Siempre había orquesta con música clásica.

Aquí se celebraban los cumpleaños, los bailes y las citas. Eran famosos sus pasteles, el clásico chocolate con leche para las tardes de lluvia, las tortas y en general toda la pastelería alemana de mejor clase.

Iban al Café el periodista Caupolicán Montaldo que era poeta y director del diario *La Prensa*, el pintor español José Rodríguez y Pablo Burgos que era director de la Radio Sago, de la Sociedad Agrícola y Ganadera.

La escritora Delia Domínguez, que vive en Osorno, en el fundo de Santa Amelia de Tacamó, donde nace “la ruta de los rododendros”, guarda entrañables recuerdos de esta amable confitería alemana por donde pasaron las tradicionales familias de la zona: los Piwonka, los Amthauer, los Keim o los Momberg.

El Café Victoria de Osorno

En los bajos de la Radio Sago existía el famoso Café Victoria, en los años cincuenta, que funcionaba a la entrada del Teatro Osorno, ya desaparecido. Este Café, más bohemio, era frecuentado por los periodistas de la radio, universitarios y noctámbulos.

El Café Central de Puerto Montt

Puerto Montt tiene el clásico Café Central, que anteriormente fue la Pastelería Alemana, donde aún hoy día se reúnen los escritores y periodistas del diario *El Llanquihue*. El Café Central ha man-

tenido el estilo de los viejos tiempos y en sus mesas es posible departir bebiendo una taza de café, mientras la escritora Antonieta Rodríguez nos habla de la poesía en Chaitén y de los paisajes lluviosos de las islas de Chiloé.

El Café de estilo alemán del lago Llanquihue

Puerto Varas y los pequeños pueblos en torno al lago Llanquihue han tenido también sus Cafés impregnados de ese aroma azucarado de las tortas en estilo alemán. Los colonos procedentes de la Selva Negra dejaron su huella en estos recintos alblísimos y pulcros que recuerdan Salzburgo o Munich. Aquí, escritores, violinistas y maestras beben el café acompañado de un *strudel* de manzana o de un *kuchen* de murras, murta o rosa mosqueto, mientras conversan de poesía o de música clásica, hojeando libros de versos o partituras que después estarán abiertas sobre el atril de una iglesia luterana en las Semanas Musicales de Frutillar.

La decoración de estos salones de té recuerda el ambiente de los Cafés bávaros, con muñecas aldeanas, cajas de chocolate, molinillos de viento, juguetes de cuerda y cajitas de música. Por lo general, se vende chocolate blanco, siguiendo la moda de las "casas de té" del lago Nahuel Huapi en Bariloche, Argentina.

Este estilo alemán de antiguos colonos se ha mantenido inalterable hasta el día de hoy en todos los pequeños pueblos que se encuentran en la ribera del lago Llanquihue, principalmente Ensenada, Puerto Varas y Frutillar.

En todos estos lugares se observa una arquitectura que combina elementos tradicionales germanos con rasgos propios de la zona sur del país como la construcción en madera. Los alemanes han aportado un sentido notable de la comodidad interior y de la pulcritud de los ambientes. Esto se observa en los pisos lustrosos, en la sobriedad de los alhajamientos y en el extraordinario cuidado de los jardines y ventanales con macetas de petunias y pensamientos.

En los últimos años se ha acentuado este rasgo y las familias descendientes de los antiguos colonos han agudizado aún más sus características propias, enfatizando el arte de la repostería alemana, tan propio de la zona, aunque con los frutos del lugar, nombrados con la palabra inglesa *berries*. Así, los viajeros pueden degustar el *kuchen* de murtila, de murta, de murra o mora, de morón silvestre, de grosella, de frambuesa y de frutilla de donde se origina el nombre del principal balneario lacustre.

La riqueza de la repostería alemana es extraordinaria y se puede degustar en los numerosos Cafés y confiterías a la orilla del lago. Todas tienen ese encanto "alpino": manteles muy blancos, ribeteados a máquina, cortinas tejidas a crochet, cubertería impecable y variedades del *strudel* confeccionado con manzanas de Chiloé.

El Café Frau Holle

En Frutillar está el Café Frau Holle que toma su nombre de un cuento de los hermanos Grimm. Y es que la casa parece extraída de un libro de hadas de la infancia, con su porche de madera, sus amplias habitaciones y sus chimeneas.

Por todas partes se encuentran muñecas o enanos decorando las ventanas o los jardines. Y en cualquier casa con molino de agua se ofrece hospedaje familiar al estilo alemán incluyendo desayunos con torta austríaca *Sacher*, *waffles* o *Pflaum Klösse*. También hay un verdadero culto a las mermeladas caseras y todo lo que se lleva el viajero de *souvenir* de tan alemanísimo lugar es un frasco de dulce de ciruela o una botella de jarabe de mora o de rosa mosqueta.

El Café Salzburgo de Frutillar

Un Café clásico de Frutillar es el Café del Hotel Salzburgo. Su característica reside en que el visitante puede tomar las tradicionales "onces" sureñas en una auténtica casona de una familia alemana. El salón tiene hermosas decoraciones pintadas en el cielo raso con motivos campesinos. Sentados en una mesa, es posible ver el lago Llanquihue a través de los ventanales, escuchando música clásica, mientras se agitan los rododendros.

Todo al estilo alemán, incluido el café completo que incluye una gran porción de torta *Schwarzwald* (Selva Negra), *scones*, *sandwichs* de jamón y queso, jugos de fruta natural, preferentemente de frambuesa, kuchen de murta, bandeja de pepinillos, fuente con cecinas del sur, pasteles y galletas recién horneadas. Una taza de café en el Hotel Salzburgo de Frutillar es verdaderamente una experiencia cultural.

Café Haase de Puerto Octay

En las riberas del lago Llanquihue está el pequeño pueblo lacustre de Puerto Octay en donde vivió el pintor francés Gustavo

Etcheberry. Tan bellos son estos parajes y tan inspiradores para los artistas que actualmente tiene casa frente al volcán el pintor Claudio Bravo.



Ambiente de Puerto Octay frente al volcán Osorno.

Allí está la célebre Hostería Alemana Centinela atendida por la señorita Frieda Haase en donde estuvo pernoctando en 1931 el Príncipe de Gales, futuro rey Eduardo VIII. “Me pidió prestado un *pencil*” dice la señorita Frieda, casi octogenaria, con su característico acento alemán, ajustándose un pinche en la canosa cabellera. Luego agrega: “Tenemos dormitorio de verano y dormitorios de invierno. Claro que en invierno vienen muy pocos pasajeros. A veces quedamos aislados”.

La Hostería de Frau Hasse tiene buen café al estilo alemán, con *strudel* de manzanas y *kuchen* de murta. Considerada la primera casa de veraneo en los lagos del sur, la casona de Frau Hasse, fue construida en 1913 por el arquitecto Tursken. La decoración y mobiliario originales son de E. Bierbrach. Sus propietarios iniciales fueron los conocidos hombres públicos Luis Izquierdo, Luis Barceló y Alberto Edwards.

Actualmente la señorita Haase es la dueña, telefonista, recepcionista y cocinera del singular hotel atendido por ella misma. Sirve las mesas de los pocos comensales y ciñe vestido largo de terciopelo por las noches cuando enciende las velas de los candelabros y toca *lieds* de Schumann al piano. Todo un encanto antiguo y alemán, con una taza de café fragante junto al lago Llanquihue.

Café Ricer de Coyhaique

Hasta en la Patagonia, en Coyhaique, al sur del mundo, perviven el Café Oriente y el Café y Restaurant Histórico Ricer, frente a la plaza, donde en medio de objetos recopilados del tiempo de los pioneros, es posible hallar escritores o al menos sus libros, entre ellos, los del narrador Enrique Valdés, oriundo de La Trapananda. Aquí suele venir el poeta Óscar Aleuy que ha investigado en torno a la época de los pioneros y ha difundido los valores de la zona a través de programas radiales de la zona.



*Joven vestido de militar disfrutando
una reconfortante taza de café humeante.
Collage del autor.*



*¿A quién llamará por teléfono Jorge Teillier,
en El Quitapenas, después del funeral del poeta Armando Rubio?
Fotografía de Julia Toro.*

XI. RESTAURANTES, BARES Y CAFÉS LITERARIOS DE SANTIAGO

En Santiago hubo grandes bares y restaurantes bohemios como el Club de Canto en Esmeralda, el Amaya, la Guindalera, el Zhum Rein, el Chez Henry, tradicional con sus manteles blancos frente a la Plaza de Armas o el Bar del Hotel City con sus paredes enchapadas en nogal y hermosa forja de estilo Art Decó.

Otro restaurant famoso entre los escritores fue el Hércules de la calle Bandera por donde pasaron Pablo Neruda, Julio Barrenechea, Rosamel del Valle, Alberto Rojas Jiménez y tantos otros. Aquí, en 1931 se festejó al escritor español Ramón Gómez de la Serna, autor de las famosas greguerías, de visita por Chile. Una fotografía de 1933 muestra a un grupo de artistas, pintores, periodistas, poetas y escritores en una fiesta del mítico Restaurant Hércules, bajo dos letreros que dicen: "Tallarines especiales a \$1 el plato" y "Caracoles Hércules a \$1 el plato". Están en el grupo, Eduardo Rodríguez Mazer, Abelardo Bustamante, Homero Arce, Carlos Dallens, Alberto Rojas Jiménez, Tomás Lago, Pablo Neruda, Renato Manester, entre otros. Todos ellos con las servilletas anudadas en la cabeza, con el singular humorismo de la época.

Igualmente mítico fue el bar y restaurant El Jote, de la calle San Pablo donde estuvieron hablando de libros junto a una botella de vino, Humberto Díaz Casanueva, Luis Enrique Délano, Hernán del Solar, Ángel Cruchaga Santa María, Andrés Silva Humeres y tantos otros...

El Restaurant La Bahía

Uno de los restaurantes más famosos de Santiago fue La Bahía, muy elegante, en Monjitas al llegar a San Antonio, lugar de reunión de escritores que gustaban de la buena mesa. Fue fundado en 1922 por los hermanos Tort y cerró sus puertas en 1963.

Por aquí pasaron los escritores Ricardo Latcham, Julio Barrenechea, Hugo Silva, Joaquín Edwards Bello, Luis Durand, Francisco Coloane, el periodista Tito Mundt, el dibujante René Ríos, Pepo, creador de *Condorito*, y el escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias, entre muchos otros.

Pablo Neruda solía venir aquí a degustar la famosa sopa de tortuga que era la especialidad de la casa. En el frontis había un

gran acuario de donde sacaban vivas las ranas para asarlas o freírlas delante del comensal. También las tortugas estaban vivas caminando con un letrero en su caparazón indicando la fecha en que iban a ser sacrificadas.

El restaurant llegó a tener doscientas personas trabajando y diez *barman* en la barra. Los mozos estaban impecablemente vestidos con *smoking* negro de solapa roja en tanto que el *maître* llevaba la solapa negra de raso. Las bebidas tradicionales eran el Borgoña con frutilla y el colemono. El Restaurant tenía incluso servicio de peluquería y el menú estaba escrito en castellano e inglés.

Aquí traían a almorzar a las visitas extranjeras para mostrar el alto nivel de los restaurantes en Chile. En La Bahía estuvieron cenando Clark Gable, Walter Pidgeon, Tyrone Power, Jorge Negrete, Cantinflas y tantos otros.

Entre los contertulios del Restaurant La Bahía estaba el escritor del río Maule, Mariano Latorre, autor de *Zurzulita*, que a veces llegaba con una hermosa *lady crooner* nacional llamada Dixie Lane del barrio de Recoleta. La hermosa mujer, mucho más joven que él, no era otra... que su propia hija Mirella Latorre, conocida actriz de radioteatro, formando pareja artística junto al actor Marcelo Gaete y figura estelar de la televisión chilena durante los inicios de los años setenta. A consecuencia del Golpe Militar y tras la muerte de su esposo Augusto "Perro" Olivares, el 11 de septiembre de 1973 en La Moneda, que formaba parte del Grupo de Amigos Personales (GAP) del presidente Salvador Allende, la actriz se exilió en Cuba.

Era la época de las cantantes de voz aterciopelada que cantaban en los restaurantes, elegantemente vestidas ante el micrófono, animando las veladas. Mirella Latorre cantaba en el Restaurant Tráfico que estaba en la calle Merced junto a la orquesta de Lorenzo D'Acosta. Otras *lady crooner* de la época fueron las actrices Kerry Keller que cantaba en inglés, Malú Gatica y Matilde Broders, todas ellas de hermosa y melodiosa voz.

La Peña de Medel

También se destaca a fines de los años cuarenta La Peña de Medel situada en un subterráneo que quedaba en Ahumada antes de llegar a Huérfanos, a donde solía acudir el poeta Andrés Sabella, "ese maravilloso gnomo de la noche santiaguina de los años 30 y 40" como lo define Alfonso Calderón.

Los dueños de este lugar eran Sergio Briceño Werner y el "ciego" Medel que recitaba poemas de Gabriel y Galán, el actor Joaquín

Dicenta y el escritor Víctor Domingo Silva, autor de la novela *Golon-drina de invierno*.

Parroquiano habitual de la Peña de Medel fue Augusto d'Halmar que acudía siempre altivo, arrebujaado en su capa de Castilla, con su pelo plateado y su hablar imponente.

Allí, en ese ambiente españolizante, fantaseaba sobre sus viajes por el Oriente y sus correrías por los cafés bohemios de España, especialmente por Andalucía donde ambientó en 1923 su libro *Pasión y muerte del cura Deusto*, audaz novela para su época acerca de un sacerdote enamorado de un muchacho, a quien nombra su monaguillo.

D'Halmar contaba, con gran capacidad de inventiva, cómo era inmensamente famoso en España, donde había recibido grandes homenajes, siendo entrevistado en las principales revistas literarias de Madrid. Se decía amigo de reyes, de príncipes, de grandes escritores y hasta de Amado Nervo. Incluso leyó una noche un soneto en honor suyo escrito por Rubén Darío, aunque en realidad lo había escrito él mismo con gran sentido de la emulación literaria.

El Pimpilimpausha

Pocos saben que esta curiosa palabra significa "mariposa" en lengua euskhera. Efectivamente, este restaurant de origen vasco abrió sus puertas en los años 40 en la Galería Imperio del centro de Santiago. Allí concurrían a comer la insuperable comida española y a conversar de arte y literatura los escritores y teatristas de la bohemia santiaguina, entre ellos Mariano Latorre, Pablo Neruda, Pablo de Rokha, Silvia Piñeiro, Malú Gatica, Raúl Matas y periodistas como Luis Hernández Parker.

Su propietario Mauricio Sanza señala recordando la bohemia de aquellos años: "Era un lugar de encuentro de la intelectualidad, de gente que soñaba con un país nuevo".

Posteriormente se trasladaron a la calle Matías Cousiño y actualmente funcionan en la calle Isidora Goyenechea, en el barrio Oriente. La calidad de la comida española se ha mantenido, pero hoy día no tiene ya el carácter literario que tenía en sus comienzos.

Un almacén literario

También hubo "picadas", marisquerías "casas de cena" y hasta almacenes literarios como el que existía en el otro extremo de San-

tiago, en la Plaza Yungay, donde los poetas se reunían en un viejo negocio de abarrotes y frutos del país a conversar de sus versos.

Testimonio de estas reuniones literarias lo da Monseñor Fidel Araneda Bravo, que era párroco en esos años de la vecina iglesia de San Saturnino. Al término de los oficios, el religioso se trasladaba desde la sacristía al emporio del italiano de la esquina, para deparar con un trozo de buen queso y salame con los amenísimos conversadores de la tertulia literaria del almacén de don César Rosseti, entre ellos Augusto d'Halmar y Joaquín Edwards Bello.

El almacén estaba situado en la esquina norponiente de la calle Catedral con Libertad y acudieron a conversar sus contertulios de dos siglos, músicos, escritores, militares y políticos. Entre los músicos del siglo XIX estaban don Eusebio Lillo, autor del himno nacional y el violinista colombiano José María Solano. Entre los militares acudían el general Estanislao del Canto y el general Diego Dublé Almeida.

Entre los políticos, Malaquías Concha y tantos otros que hablaban en torno a la revolución del '91 que costó la vida al presidente Balmaceda. Durante el siglo XX, la tertulia en el viejo almacén se prolongó hasta el año 1962 en que cerró sus puertas al morir don César Rosseti, el vecino más prominente del barrio Yungay.

La vida bohemia de los años sesenta

La época de los *hippies* trajo consigo una revalorización de la vida natural y del "amor libre". En Chile se pusieron de moda la ropa artesanal de Chiloé, los muebles de palo quemado llamados "fraileros" y los recitales de música con quenas y charangos.

Los poetas acudían con poncho a la carpa de Violeta Parra a beber vino caliente con naranja mientras escuchaban canciones recopiladas en el campo. Era la época de los antipoemas de Nicanor Parra, de los movimientos estudiantiles, de las huelgas y de la efervescencia de la política bajo el mandato del presidente Eduardo Frei Montalva con grandes cambios sociológicos que iban a devenir en el gobierno del presidente Salvador Allende. Era también la época de las "peñas folklóricas" donde se cantaban "canciones protestas" y se escribían libros y poesía "comprometida".

Poetas y narradores de barba, pelo largo y pantalones "pata de elefante" frecuentaban los "bajos fondos" para captar ambientes y escribir directamente de la realidad. Algunos iban a tomar chicha y vino tinto de garrafa a La Piojera de la Estación Mapocho, entre ellos el pintor Pacheco Altamirano y Francisco Coloane, a empaparse de chilenidad.

La vida bohemia y noctámbula era intensa en Santiago y provincias. Había tiempo para “guitarrear”, una palabra que estaba de moda porque siempre en los grupos había alguien que sabía tocar guitarra y entonar canciones del repertorio chileno y latinoamericano.

El cineasta Raúl Ruiz en El Parrón

El cineasta Raúl Ruiz dejó constancia de esta vida de bares bohemios de la década del sesenta en su película “Tres tristes tigres” basada en una obra de teatro de Alejandro Sieveking. La película, interpretada por Shenda Román, Jaime Vadell y Nelson Villagra, es una descarnada visión de la vida nocturna santiaguina a través de unos personajes decadentes que sueñan, conversan, cantan viejos tangos y se emborrachan de bar en bar.

Raúl Ruiz conocía bien estos ambientes tan propios de la época. Una vieja fotografía muestra al cineasta en el antiguo Restaurant El Parrón de Santiago, conversando en una mesa con Carlos Olivares, Mariano Aguirre y Jorge Teillier, sus tres amigos ya desaparecidos.

Raúl Ruiz recuerda con nostalgia: “Era otra época, más pobre quizás, más desvalida. Pero éramos capaces de estar conversando de libros y películas en un bar toda una noche simplemente con una cerveza y un pan con ají”.

El Restaurant El Parrón fue emblemático de la vieja bohemia santiaguina. Tenía ambiente con su ruido de mesas de cacho y su parrón frondoso del que pendían racimos de uva de cristal. En los años ochenta declinó y cerró sus puertas, pero a fines de la década de los noventa fue reabierto y recuperado para la tradición noctámbula de Santiago con el mismo ambiente de antaño. Frecuentan este restaurante novelistas y críticos, entre ellos, Poli Délano y Antonio Avaria.

El Café Sao Paulo

Poli Délano se juntaba todos los sábados a mediodía con Rolando Cárdenas, Jorge Teillier y otros poetas en el famoso Café Sao Paulo de la calle Huérfanos que tenía una atmósfera de los antiguos y clásicos cafés madrileños.

En el Sao Paulo se reunían a jugar ajedrez los poetas Braulio Arenas y Eduardo Anguita. También acudían José Ricardo Mora-

les (ajedrecista también), Enrique Lafourcade, Claudio Giaconi y Pablo García que conversaban un café antes de ir a almorzar al famoso Café Miraflores.

Testimonio de este ambiente lo brinda el escritor Luis Sánchez Latorre quien señala: “En el Café Sao Paulo se conversaba mucho, se hacía la crítica oral de las nuevas obras literarias, de los estrenos teatrales y de las exposiciones plásticas”.

Entre los contertulios del mediodía en el Sao Paulo, estaban Enrique Moletto, Enrique Lihn, Stella Díaz Varín, Ximena Adria-sola, Gabriela Garfias, Gabriel Carvajal, Jorge Onfray Barros, Dá-maso Ogaz, Reginaldo Vásquez, Jaime Laso, Armando Cassigoli, Helio Rodríguez, Teófilo Cid, Martín Cerda y muchos otros.

Sánchez Latorre agrega: “El Sao Paulo contribuyó de veras a mantener viva la institución de la tertulia”.

El Café Cantina de la Sociedad de Escritores

También en esta época los escritores se reunían en un café-cantina habilitado en el garage de la Sociedad de Escritores de Chile, en la calle Simpson 7, en el barrio de la Plaza Italia. El pequeño bar, ideal para conversar de poesía en torno a una botella de vino, fue creado gracias al apoyo de la Embajada de México. Debido a ello, fue bautizado como “Refugio López-Belarde” en honor al gran poeta azteca.

Pablo Neruda era uno de los conversadores más frecuentes del refugio e incluso, una noche, escribió de su puño y letra en una de las paredes un verso de López-Belarde: “Mi corazón leal se amerita en la sombra”. Lamentablemente, con el tiempo se borró y por diversas razones, no pudo ser restaurado.

Los poetas que frecuentaron esa bohemia de la calle Simpson recuerdan con nostalgia, el cálido rincón para charlar, ya que estaba decorado con artesanía mexicana e incluso la vajilla estaba marcada con el nombre del poeta.

Muchas veces, a la salida, se pasaban a la “Casa de Cena” situada enfrente a la Sociedad de Escritores donde muchas veces acudían a comer un plato los autores después de las reuniones. Allí compartían Luis Sánchez Latorre, Isabel Velasco, Jaime Quezada, Floridor Pérez, entre muchos otros.

El Café de Miguel Arteche

Es el año 1963. El poeta Miguel Arteche publica su libro de poemas *Destierros y tinieblas*. Inspirado en un restaurante, escribe un soneto. Y luego otro, en un viejo café:

*Sentado en el café cuentas el día
el año, no sé qué, cuentas la taza
que bebes yerto; y en tu adiós, la casa
del ojo, muerta, sin color, vacía.*

*Sentado en el ayer la taza fría
se mueve y mueve, y en la luz escasa
la muerte en traje de francesa pasa
royendo, a solas, la melancolía.*

*Sentado en el café, oyes el río
correr, correr, y el aletazo frío
de no sé qué: tal vez de ese momento.*

*Y en medio del café queda la taza
vacía, sola, y a través del asa
temblando el viento, nada más, el viento.*

El Café Concert

El primer Café Concert en Chile se desarrolló en la década del cincuenta con el cineasta José Bohr, director de muchas películas chilenas de los años 40, entre ellas "Flor del Carmen", "Bajo un cielo de gloria" y "La dama de las camelias" (recientemente restaurada) con la actuación de Ana González, la *Desideria*.

José Bohr había visto esta modalidad en Estados Unidos y Europa y decidió aplicarla a la realidad chilena. Fue así que estrenó un espectáculo unipersonal en el Restaurant Santiago que estaba situado en la calle Huérfanos con Bandera. La obra musical de carácter breve establecía un contacto directo con el público, mientras el actor cantaba sus canciones más populares, dialogaba y narraba impresiones personales de sus viajes y filmaciones.

Para el Santiago de ese tiempo era una novedad el hecho de tomar un café o un *cocktail* presenciando a la vez una obra de teatro.

La idea la retomó en los años sesenta el conde polaco Raul Malachosky, de gran trayectoria en la bohemia artística y conocedor del género del Cabaret y Café Concert europeo. Malachosky fue además un gran pintor, decorador y escenógrafo, y a él se deben los famosos murales del Teatro Cariola que representan escenas históricas relacionadas con el teatro.

El Conde Malachosky fundó la Compañía de Café Concert *Le Chat Noir* en 1960 junto a Marilú Martín y Alex Milicevicz, presentando espectáculos que combinaban la música de opereta, los diálogos humorísticos y la participación del público, sentado en mesas bebiendo un café o un trago.

El Café Concert *Le Chat Noir* fue un semillero de artistas de este género teatral, formándose actrices como Rosita Salaverry y actores como Jorge Rebel que destacarían en espectáculos de esta índole en los años sesenta y setenta.

En 1982 el Conde intentó resurgir el Café Concert *Le Chat Noir* con un espectáculo titulado *Te espero en el Ritz* que se desarrolló en el Ristorante El Candil de la calle Merced, con las actuaciones del propio Conde, Eliana Bregaro y Bruno Rocha, entre otros. Pero ya el género había caído en desuso.

El Café Concert tuvo su auge a comienzos de los años 70, con las actrices Isabel Sunnah, Violeta Vidaurre y Liliana Ross, quienes actuaron en la obra *Ellas* dirigidas por Miguel Frank, presentada en el Restaurant Di Trevi en El Bosque.

En este contexto surgió el Teatro El Túnel en la calle Merced. Era un Café Concert de gran jerarquía por su decoración, su ambiente y la calidad de las actuaciones. Aquí Eugenio Guzmán dirigió *Las Criadas*, de Jean Genet, que causó impacto en su tiempo. Era la primera vez que el público de Santiago veía una puesta en escena de gran calidad artística no en una sala convencional sino en un espacio circular en una vieja casona. Actuaban Tomás Vidiella, Alejandro Cohen y Pina Brandt en geniales caracterizaciones, especialmente las de los actores en papeles de criadas.

La Fuente de Soda Il Bosco

Uno de los lugares con mayor tradición bohemia fue Il Bosco en la Avenida de las Delicias al llegar a Estado, lugar de reunión de gente de teatro, periodistas, poetas y una nutrida y variada "gente de ambiente".

El restaurant –que incluía fuente de soda y comedores– fue inaugurado en 1947 por los italianos Luis Bosco y Luis Gianerini que tenían farmacia en Valparaíso.

Al parecer, el cambio de giro les favoreció porque al poco tiempo, Il Bosco comenzó a ser un local muy concurrido, especialmente por artistas y escritores de la generación del cincuenta, entre ellos Enrique Lafourcade, Luis Sánchez Latorre, Fernando Alegría, Alfonso Calderón, María Elena Gertner, Stella Díaz Varín, “La Colorina” y tantos otros que departían hasta la madrugada, conversando de arte, política y literatura...

La época de oro de Il Bosco fueron los años cincuenta y sesenta cuando acudía una multitud de seres variopintos y se mezclaban en alegre convivencia escritores, poetas, actores, cómicos y vedettes del Bim Bam Bum que actuaban en el Teatro Opera. Era un tiempo en el que había tiempo para compartir y para la convivencia humana, unos años en que se preciaba mucho la palabra y la comunicación a flor de piel.

Il Bosco era eso precisamente: el símbolo de la camaradería de los artistas y bohemios del viejo Santiago que departían hasta muy tarde bebiendo vino y cerveza mientras sonaban a lo lejos las canciones de Cecilia:

*Me siento sola... sola... sola...
como una ola
en un mar de gente
indiferente...*

Todo ese tiempo precioso se fue en la época militar y el tradicional Il Bosco cerró sus puertas en 1984 cuando el estilo de vida cambió en Santiago y las costumbres fueron otras.

Los Cafés universitarios

Desde siempre, los universitarios se han reunido después de clases a tomar un café para conversar de las clases y departir con sus iguales. En tiempos pasados, el Café Glanz en Bandera esquina San Pablo era el preferido de los estudiantes de Medicina.

En los años sesenta, fue famosa una Fuente de Soda en la Alameda, en donde se juntaban los jóvenes universitarios a hablar del “hombre nuevo” y de los cambios sociales y políticos que se estaban produciendo en el país.

Esta Fuente de Soda se llamó Indianápolis en Alameda al llegar a Arturo Prat. A ella llegaban siempre a tomar “un café puro en taza grande” los alumnos del Instituto Nacional interesados en el arte de la representación teatral, los libros y la política. El escritor Carlos Cerda evoca esta atmósfera en su cuento “Iniciación”.

El Quitapenas

Un bar literario ha sido el Quitapenas a la salida del cementerio donde deudos y escritores han dado rienda suelta a la imaginación, los recuerdos y la añoranza del amigo escritor que acaban de sepultar. Unas excelentes y oportunas fotografías de Julia Toro registran precisamente al poeta Jaime Quezada compartiendo copas y poesía con amigos en el mítico Quitapenas, luego de los funerales del joven poeta Armando Rubio, en diciembre de 1980, y también al poeta Jorge Teillier en el mismo momento hablando por teléfono quizás a la eternidad.



El poeta Jaime Quezada en el bar El Quitapenas, a la salida del cementerio, después de sepultar al joven poeta Armando Rubio. Fotografía de Julia Toro.

Bar La Unión Chica

Otro restaurant y bar clásico de los poetas fue el Bar La Unión Chica, en la calle Nueva York del centro de Santiago, que frecuentaba el poeta Jorge Teillier. Este poeta sureño y "lárico" que redescubrió la olvidada provincia, acudía frecuentemente allí con escritores y amigos, intercambiando con ellos versos y poesía al calor de una botella de vino.

A comienzos de los años 80 se reunían allí "a matar el tiempo" los escritores Ramón Díaz Eterovic, Rolando Cárdenas, Germán Arestizábal, Álvaro Ruiz, Carlos Olivárez, Aristóteles España, Juan Guzmán, Eduardo Molina Ventura, el "Chico Molina" e Iván, el hermano de Jorge Teillier que escribía también poesía con el seudónimo de I. A. Stern. Sus cuentos reflejaban también la atmósfera desencantada de la provincia que aparece sugerida en los poemas de Jorge Teillier.



*Fachada del Bar y Restaurante La Unión de la calle Nueva York 11, donde se reunían Iván y Jorge Teillier, Rolando Cárdenas, Ramón Díaz Eterovic y otros escritores, a comienzos de los años ochenta.
Fotografía de Guillermo Palma.*

En el Bar de la Unión Chica se idearon proyectos literarios como la antología *Nueva York 11*, alusión a la dirección del bar, gestionada por Carlos Olivárez y que luego publicó Hugo Galleguillos de la editorial Galinost. También se creó aquí la revista *La Gota Pura*, que editaba de manera más o menos artesanal la poesía de autores marginales y de la provincia.

En un tiempo de toque de queda, el Bar de la Unión Chica fue un reducto de camaradería y amistad, un lugar para la conversación franca y la poesía.

De todo este ambiente quedó el registro en la bitácora poética que llevaba Jorge Teillier y que fue encontrada tras su muerte en su casa de La Ligua.



*Los poetas Rolando Cárdenas, autor de "Tránsito Breve",
e Iván Teillier departiendo copas de vino y poesía
en el Bar de la Unión Chica, hacia 1989.
Fotografía de Leonora Vicuña.*

Acudían también al Bar de la Unión Chica el profesor de filosofía Juan Guzmán Paredes, el poeta Roberto Gallegos y el escritor y músico Enrique Valdés, oriundo de la Patagonia y autor de las excelentes novelas *Ventana al sur* y *La Trapananda*, alusión esta última a su territorio de infancia. Junto con recordar su niñez en la provincia, tema común del grupo, Enrique Valdés andaba siempre con sus partituras de música ya que interpretaba el violoncello en la Orquesta Sinfónica de Chile. Con posterioridad viajó a Estados Uni-

dos y tras permanecer allá durante varios años, regresó a vivir a su Coyhaique natal.

La única mujer aceptada en el grupo era la escritora y fotógrafa Leonora Vicuña, hija de los poetas José Miguel Vicuña y Eliana Navarro. Con posterioridad, la artista viajó con su cámara fotográfica a París en busca de mejor destino.

De vez en cuando se veían también los escritores Francisco Coloane, Gonzalo Rojas, Jaime Gómez Rogers, Mario Ferrero, Marino Muñoz Lagos, Emilio Oviedo, Gonzalo Drago y tantos otros que hablaban de poesía, política, filosofía y libros en torno a las botellas de vino.



Calle Nueva York desde las puertas del Bar la Unión Chica, lugar mítico de camaradería poética en torno a la figura de Jorge Teillier, a comienzos de los años ochenta.

Fotografía de Julia Toro.

Ramón Díaz Eterovic, asiduo del Bar la Unión Chica, escribe con melancolía, recordando esos años ochenta: "Los poetas y escritores de entonces rara vez nos encontramos en el bar, aunque a veces la nostalgia nos obliga a cruzar sus puertas. Dicen que al bar llegan otros poetas, atraídos por la leyenda o que la bohemia en la era del libremercado se ha trasladado a *pubs* y lugares recubiertos de acrílico. Hoy, que he retornado al bar, en una copa de vino recobro las viejas voces amadas. Brindo, porque gracias a la Unión Chi-

ca, sobrevivimos. Como en una estación ferroviaria esperamos tras de sus puertas a que el tren nocturno se alejara. Quedamos heridos, pero aprendimos a vivir y a saber, como nos enseñó Jorge Teillier en uno de sus poemas, que escribimos 'para los hermanos que afrontan la borrachera y a quienes desdeñan los que se creen santos, profetas o poderosos'".

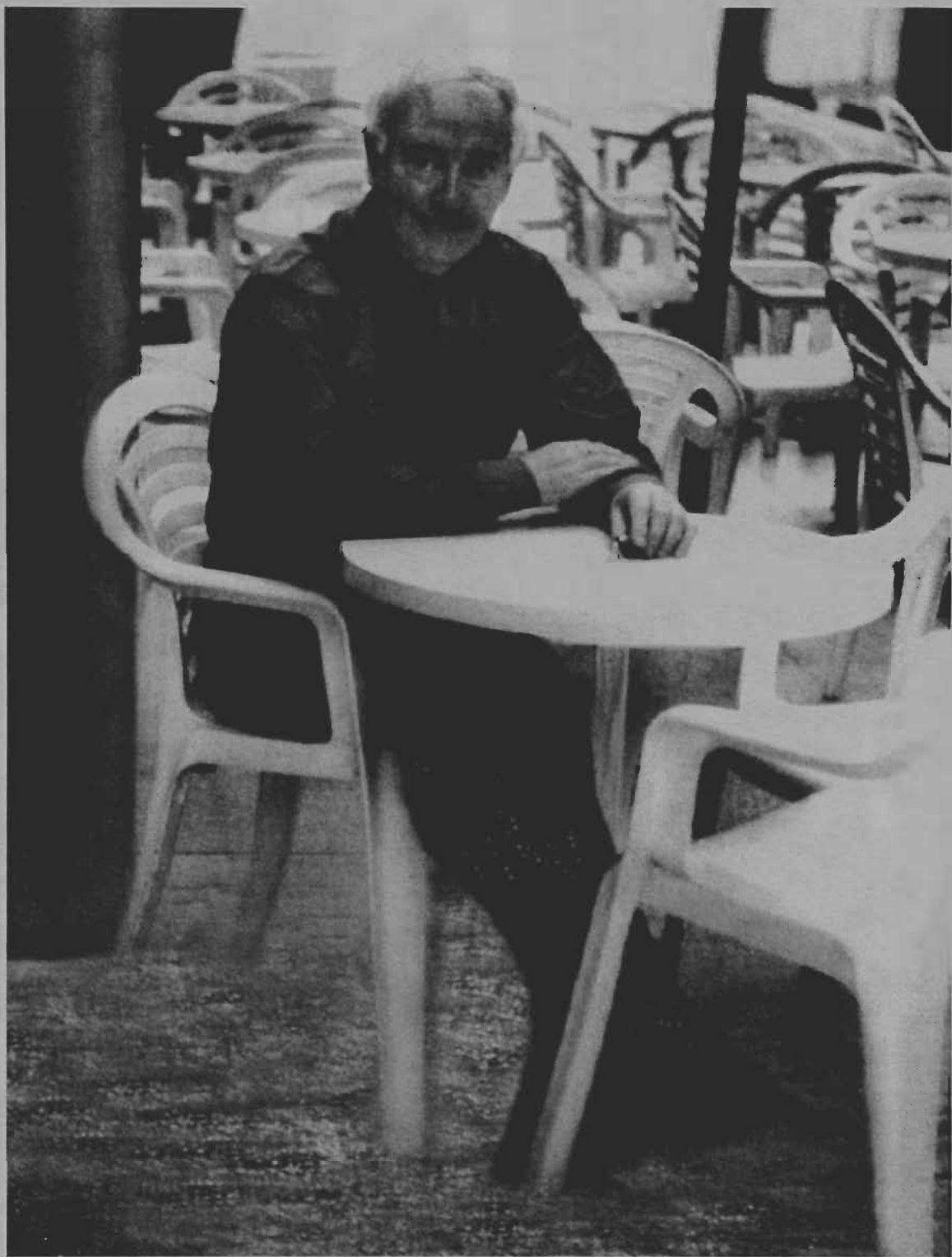
También Jorge Teillier acudía al Restaurant Los Cisnes en la avenida Macul, en cuya terraza interior, tras los cristales, se reunía a beber con los amigos poetas. Un poema suyo recuerda las noches de conversación, poesía y vino en Los Cisnes.



*Un café para iluminar las ideas.
Instalación de Víctor Mira, 1985.*



*Tradicional Café Las Lanzas en la Plaza de Nuñoa
donde se reúnen universitarios, poetas y teatristas.
Al fondo, a mano derecha, una lectora solitaria disfruta de un libro.
Fotografía del autor.*



*El escritor y dramaturgo Jorge Díaz sentado en la terraza del
Café Tavelli de Providencia, metamorfoseado en pez.*

Fotografía de Luis Poirot.

Arreglo fotográfico "no autorizado" de Cristián Silva.

XII. LOS CAFÉS LITERARIOS EN LA MODERNIDAD

Con posterioridad al año 1973, los cafés y bares para poetas noctámbulos se repliegan en medio de una fuerte recesión económica y cultural que deviene necesariamente en una menor vida nocturna.

Con el “toque de queda” ya no se puede salir a las calles de noche. Hay patrullas de vigilancia militar. El control es estricto. Nadie puede circular sin un salvoconducto. De lo contrario, se expone la vida.

En Valparaíso se cierran las *boites* tradicionales —entre ellas el Café Checo— y desaparece la vieja bohemia de bares y cafetines donde se juntaban los poetas y teatristas.

Los intelectuales y escritores se van del país por motivos políticos, económicos o personales. Otros trabajan en la intimidad de sus casas y talleres. Entre 1973 y 1980 muchos cafés y locales nocturnos se cierran, modificándose las costumbres del santiaguino o del porteño que hasta esas fechas era trasnochador, bohemio impenitente y amigo de las copas y los cigarrillos hasta la madrugada.

Centenario de la Confeitería Torres

Como siempre, surgen los nostálgicos que intentan resurgir una vieja bohemia. Uno de ellos es Bartolomé Alomar que, hacia fines de la década del setenta, resucita la olvidada Confeitería Torres organizando allí sus famosos “sábados románticos” con lecturas, lanzamientos de libros, actuaciones de orquestas típicas de tango, tertulias y recitales líricos de zarzuela en el pequeño teatro.

A fines de los años setenta, se rifan acuarelas, de rematan óleos con paisajes chilenos, se exponen cuadros de Lilian San Cristóbal y se hacen homenajes a profesores escritores, entre ellos a Roque Esteban Scarpa y a la folklorista Clarita Solovera con música de tuna interpretada por la Estudiantina Santa María de Valparaíso. Era una manera de estimular el ambiente artístico de esos dormidos años en el panorama cultural.

Un escritor nortino, Homero Bascuñán, hombre duro de la pampa, que tenía una gran biblioteca particular en su humilde casa de la Quinta Normal, bautizó aquí su libro *De los días perdidos*. Sentado en una de las mesas, junto al teatrillo del Torres, dedicó el ejemplar bautizado al dueño del lugar:

“A mi muy estimado amigo Bartolomé Alomar A. dedico este libro de otro tiempo que contiene mis mejores recuerdos de la larga aventura de mi vida, principalmente en la zona norte de mi patria y que bien puede ser la novela de un hombre que se formó como tal en el desempeño de duros oficios en las minas, en el salitre y en las fábricas. Con mi mayor afecto y un abrazo fraterno: Homero. Santiago, XI 1979”.



El escritor y músico Enrique Valdés recitando en una velada de la Confitería Torres a comienzos de los años ochenta.

Fotografía de Julia Toro.

Fue la época cuando el Torres cumplió cien años de vida. Desde distintas partes del mundo llegaron cables, telegramas y cartas de felicitación llenas de entrañables recuerdos.

Clientes del Torres enviaron tarjetas desde Berlín, París, Madrid y Barcelona. Entre las cartas más pintorescas, está archivada la del garzón Herminio Vázquez, que emigró a España, a Castellón de la Plana, en Valencia, a donde fue invitado por un cuñado suyo, casado con una hermana.

El garzón se tentó con las posibilidades de mejor vida, aclimatándose en la zona y aceptando un cargo del cura de Castellón para ser su sacristán en la iglesia. Profundamente católico y nacido con una vocación de servir —ya a una mesa, ya a una misa— el garzón sabía de liturgias por haber oficiado de monaguillo siendo niño en la iglesia de Angol, su ciudad natal. Incluso tiene a su cargo el cui-

dado de la Virgen de la Sierra que todos los años, los vecinos sacan en procesión a una colina. El antiguo garzón del Torres ha tenido la idea de prender en el vestido de la Virgen española una pequeña banderita chilena...

Al año siguiente, en 1980 se organizó una fiesta de cumpleaños para celebrar los 100 años de la Confitería a la que asistieron más de 200 personas, en su mayoría gente del espectáculo, el periodismo y la literatura. Estuvieron presentes el Dúo Rey Silva, Arturo Millán y tantos otros.

Desde ese momento, en la Confitería se sucedieron diversos lanzamientos de libros, entre ellos el de *Piel Adentro* de Guillermo Trejo.



*Remate de un libro de Rolando Cárdenas
en medio de tazas de café de la Confitería Torres.
Fotografía de Julia Toro.*

Aquí bautizó con vino navegado su libro de memorias el actor Hernán Letelier, famoso por su papel de Pierre, el peluquero en *La Pérgola de las Flores*. También Pablo Hunneus presentó su libro *Qué te pasó, Pablo* en el singular teatrillo, en tanto que Luis Alberto Acuña lanzó allí su libro de cuentos *Un jardín de porcelana china*.

Las tertulias cuentan ahora con la animación del actor Aliro Vega, quien se hace famoso por las palabras mágicas con que noche a noche da comienzo a las veladas: "Atención, la vara", conminando a los contertulios que toman una copa apoyados en la magnífica

vara de roble americano para que se acerquen al proscenio donde Carlos López y Santiago Vera, alzando sendas copas de vino, cantan con el público el dúo de la ópera "Marina":

*A beber, a beber y a beber
el vino del amor
que el vino hará olvidar
las penas del amor.*

Otra noche cantan al piano Marucha Cancino y el dúo de Santiago Vera y su esposa Elpide Retamal. En ese pequeño escenario con cortinajes de felpa oscura han cantado también los tenores Frank Hagen, Alfonso Arce y Jaime Urbina que tiene en los bajos de la Confitería su taller de pintor... También cantan Pedro Linares, especialista en zarzuela y opereta, el barítono Carlos Abarca y el tenor del teatro Municipal de Santiago Jorge di Blasio.



*Los poetas Rolando Cárdenas, Iván y Jorge Teillier
compartiendo en la Confitería Torres
junto a una señora del Ejército de Salvación.
Fotografía de Julia Toro.*

En 1981 se bautiza con vino navegado *El disco de la paz*, con composiciones de Violeta Parra y Carlos Gardel arregladas para cuarteto de cuerdas por el músico Gastón Soublette e interpretadas por el Cuarteto Latinoamericano. También actuó y animó cumpleaños el actor y mimo español Bululú.

El resurgimiento de la Confitería Torres fue un antecedente importante para que en 1983 fuera declarada Monumento Nacional.

Una noche fueron halladas cerca de doscientas botellas de vino marca Tocornal de la década del treinta que estaban tras una gruesa muralla. Don Bartolomé Albman decidió continuar la tradición del emparedado de las botellas y, en 1985, procedió a sepultar otras para ser abiertas en el año 2000. La idea se gestó junto al leninólogo y escritor español Miguel Torres, propietario de la Viña Santa Digna de Curicó quien donó los vinos de sus bodegas y estuvo también presente en la cava de la Confitería el día de la ceremonia.

La solemne velada contó con la presencia de numerosos escritores, entre ellos el Premio Nacional de Literatura Braulio Areñas y la periodista Rosita Rbwinovich quien pronunció el siguiente conjuro en el momento del entierro de las botellas:

*Por la clavícula de Salomón
por Belcebú, Príncipe
por Arbaroth, Gran Duque
a vos que intentéis abrir este muro
violar sus sellos y beber del vino
guardado para junio del año 2000
os condeno hasta la quinta generación.
Conjuro a nubes, huracanes, granizadas
pedruscos y tormentas
en nombre de Elohim,
Jehovam y Mitrator a que os disolváis
como la sal en el agua
sin causar daño
ni estrago a ninguno
por la clavícula de Salomón.*

El ministro de fe de la original ceremonia fue el notario público Samuel Fuchs, quien certificó el entierro de un libro de oro y un pergamino firmado por los invitados, quienes escribieron su vaticinio de lo que imaginaron para el año 2000.

En la misma cava, junto a los vinos, se sepultaron libros, documentos, revistas y ejemplares de diarios que serán testimonio de lo ocurrido en 1985. A la notable ceremonia, amenizada por el grupo lírico de la Confitería Torres, acudieron numerosas personas del ambiente artístico y cultural chileno.

En 1994, la Confitería recibe la visita del mandatario argentino Carlos Menem que departió en el Torres con diplomáticos y minis-

tros escuchando tangos de Buenos Aires y temas clásicos de Miguel Caló al compás del Sexteto Real y la voz de Gardelito, un cantante chileno de extraordinario parecido físico con Carlos Gardel.

Otras visitas ilustres han sido las de la actriz Malú Gatica, el hombre de radio y televisión Raúl Matas, el periodista José María de Navasal, el ministro Enrique Krauss y recientemente el actor de cine Anthony Quinn...

Actualmente, el ambiente de la Confitería Torres es igual al de cien años. Sus propietario actual, don Jaime Vargas Ponce, heredero de la tradición de don Bartolomé Alomar, ha conservado las puertas de batiente, el reloj de la época, los espejos, el precioso mobiliario, las altas estanterías de caoba oscura, el magnífico mesón de roble americano, las sillas de Viena en perfecto estado, las mesitas Reina Ana, la estupenda *boisserie*, los zócalos, las lámparas, los frascos de caramelos, el piano y el pequeño escenario para la interpretación de zarzuela y operetas... Todo como en los viejos tiempos, hasta la música de un desmayado tango.

Sentarse en una de las mesitas del Torres es impregnarse de más de un siglo de la historia de Chile. Ya lo dice el español Anselmo J. García Curado, especialista en Cafés literarios con distinción alrededor del mundo: "Creo que el Torres encierra, además de los excelentes vinos tras sus muros, esa calidez y armonía de los lugares con pedigrí. He salido fascinado".

José Donoso y los Cafés santiaguinos

En los años 80, José Donoso que ha regresado de España después de una prolongada estadía, contempla desencantado el panorama de un Santiago sin vida nocturna. Los santiaguinos han abandonado el centro "por la pretensión y el miedo". Y recordando la animada vida cultural de los Cafés de Buenos Aires, Zurich, París y Madrid, el novelista comenta en un artículo publicado en *El Mercurio* titulado "Nostalgia del Café": "Aquí, la ambición deriva la gente hacia el campo, dejando despoblado y sin vida, sin carácter, ni mitos, ni cafés, el centro urbano".

Más adelante, echando de menos en nuestro país esa rica tradición de lugares para reunirse a conversar, agrega: "En Santiago, como en Moscú, no existe la vida urbana de cafés y restaurantes: aquí todo es uniformado, de formica y plástico, sin un rincón acogedor para pasar la tarde".

El Café de la Pérgola de la Plaza del Mulato Gil de Castro

Hasta que en los años ochenta, por iniciativa e impulso del joven abogado Juan Andrés Donoso, visionario y entusiasta conecedor del arte, surge el Café de la Pérgola de la Plaza del Mulato Gil de Castro que va ser un notable punto de encuentro de jóvenes escritores, poetas y pintores de la calle Lastarria.

Aquí se reúnen con ropas renovadas, trayendo las corrientes de una vanguardia novísima. Muchos vienen del extranjero con ideas y proyectos interesantes en la narrativa, la poesía, la pintura y la escultura. Son jóvenes artistas que irrumpen sin temores a la luz de un café *capuchino* o –mucho mejor– de un *Chivas Regal*.



*Ventanal emblemático del Café de la Pérgola
de la Plaza del Mulato Gil de Castro.
Fotografía de Guillermo Palma.*

Las viejas peñas folklóricas de los años sesenta y comienzos de los setenta, esas del vino navegado, los *chuicos* de tinto, las palmatorias y las cuecas chilotas, van a dar paso a unos lugares de reunión completamente diferentes en los que prima cierto aire cosmopolita y elegante, con luces de las nuevas tendencias artísticas que brillan —no ya en Europa o Latinoamérica— sino en California o New York.

Hay recitales de Jazz, música en vivo, tiendas de artesanía fina, talleres artísticos y lecturas poéticas.

En el ambiente sofisticado del Café de la Pérgola, de atmósfera ligeramente afrancesada, más acorde con la Modernidad, se presentaron numerosos libros, siendo Enrique Lafourcade el principal animador cultural y literario de esta singular plazoleta en donde el propio escritor tiene hasta el día de hoy su propia librería y taller literario llamado *El Paraíso Perdido*.

Tanto en las mesitas del interior iluminadas por suaves velas, como en el exterior, bajo los toldos, se dieron cita los cuentistas y poetas de los años ochenta, bajo la atención de su posterior dueño, el escritor Fernando Sáez, autor de la célebre biografía de Delia del Carril titulada *Todo debe ser demasiado*.

Por aquí han hablado de libros y autores los escritores que viven en las inmediaciones del café: Jorge Edwards, Carlos Franz, René Arcos Leví y en la actualidad los poetas Diego Maqueira y Arturo Fontaine Talavera que recrea la atmósfera de La Pérgola de la Plaza en su novela *Oír su voz* bajo el nombre de *La Oropéndola*.

Hoy día hay nuevos pequeños cafés que circundan un agradable ambiente de librerías, galerías de arte y anticuarios.

Café del Biógrafo

Otros escritores prefieren el ambiente más noctámbulo y bohemio del Café del Biógrafo, inaugurado en 1988, junto al pequeño cine-arte, en la esquina de Lastarria y Villavicencio, en un intento por retomar el espíritu de los perdidos cafés de la década del cincuenta.

La iniciativa se debió a Douglas Hübner, intelectual, cineasta y periodista, quien comenzó a gestar la idea de un café literario para discutir temas artísticos y políticos durante su exilio en Berlín durante cinco años. Allí, en esa ciudad creó el mítico café La Batea fre-

cuentado por poetas, estudiantes y políticos latinoamericanos residentes.

Este café alemán, hoy desaparecido, fue el referente del Café El Biógrafo frecuentado por gente de teatro, políticos, escritores y periodistas. Allí se daban cita las actrices Ana González, Patricia Rivadeneira y tantas otras... junto a actores como Pedro Vicuña. También iban los escritores Antonio Skármeta, Poli Délano, su hija Bárbara, Tomás Moulián, el poeta José María Memet, el escritor uruguayo Eduardo Galeano, autor de *Las venas abiertas de América Latina* y Jorge Edwards que ambientó allí su cuento "Mi nombre es Ingrid Larsen". Asimismo el escritor Radomiro Spotorno escribe en su novela *La patrulla de Stalingrado*: "El Biógrafo es un local hábilmente distribuido y decorado con un estilo intermedio entre el pub inglés y la taberna española".

El Biógrafo fue lugar de reunión de cineastas y allí, en la penumbra del humo del cigarrillo y saboreando un café se tejieron historias para cortometrajes. Allí estuvieron artistas internacionales como Ana Belén que grabó en El Biógrafo un videoclip o Joaquín Sabina que disfrutaron del ambiente y de las noches de conversación y risas.

Tres fueron los socios iniciales de El Biógrafo: Douglas Hübner, el cineasta Sergio Trabucco y el crítico literario Antonio Avaria. Todos ellos ponían su entusiasmo por lograr un espacio nuevo en el viejo Santiago, donde las ideas fluyeran y los autores se sintieran reanimados en un lugar que los identificara.

Aquí se reunieron también durante doce años consecutivos aquellos discípulos de Roque Esteban Scarpa, fundador de la Academia Literaria del Joven Laurel en el colegio Saint George. Hoy, estos antiguos alumnos que nunca faltaron a las reuniones de los miércoles en El Biógrafo, son destacados profesionales en el mundo de las letras, entre ellos Armando Uribe y Antonio Avaria.

El Café, situado en una vieja casona del barrio, con una fachada ecléctica, una puerta morisca y una elegante chimenea en su interior, tenía ciertamente un entrañable ambiente. Sobre las paredes, había objetos curiosos, carteles cinematográficos, uno de ellos de Ana González en la película *La Dama de las Camelias*, grabados de Nemesio Antúnez o de Santos Chávez. Todo este ambiente cautivaba al escritor Jaime Collyer, quien escribió: "Me gusta su estética, la gráfica de las paredes, los afiches de películas, esa evocación de los años cincuenta que le ronda. Tiene una atmósfera de novela de Cabrera Infante".

El Café El Biógrafo cerró sus puertas en marzo del año 2001. Fueron trece años importantes en la bohemia santiaguina "de la transición". Toda una época...

Café Las Lanzas

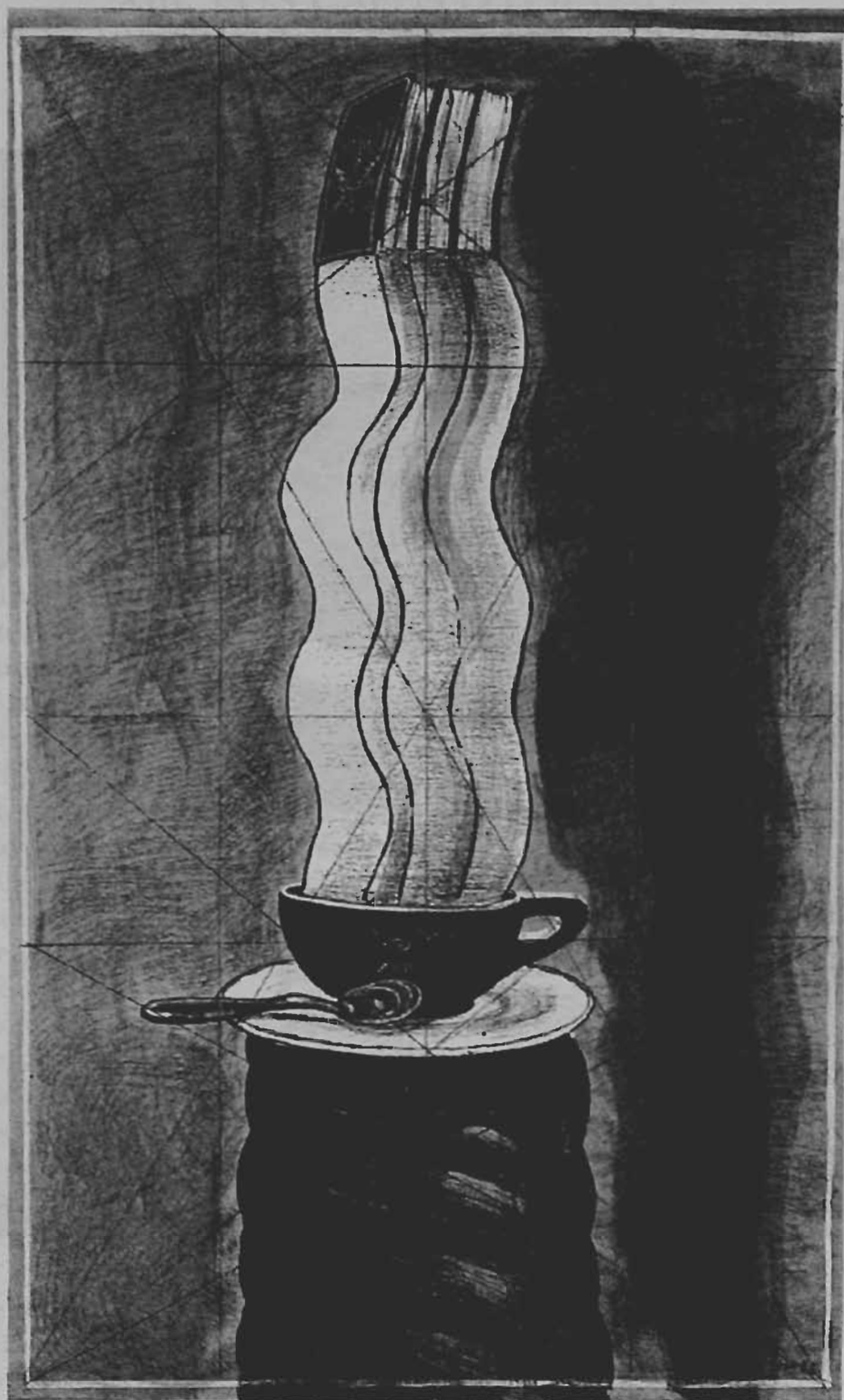
Situado en la plaza de Ñuñoa, este Café, cervecería y fuente de soda sirvió de marco entrañable a las conversaciones literarias del poeta Jorge Teillier que lo frecuentaba con un grupo de poetas, entre ellos Jaime Quezada. El descubridor de Las Lanzas fue precisamente Teillier que disfrutaba del ambiente, especialmente de una orquesta de músicos ciegos que interpretaba viejas melodías.

Posteriormente Las Lanzas agrupó a los estudiantes universitarios, artistas y personas vinculadas al Teatro de la Universidad Católica. En un momento de revalorización del barrio de Ñuñoa, como comuna cultural, el Café Las Lanzas reunió poetas, artesanos, librerías y jóvenes relacionados con la música de jazz, ya que en la misma plaza hay recitales. Lugar de la bohemia de los años ochenta y noventa, el Café Las Lanzas se convirtió en clásico del barrio para tomar cervezas hasta tarde y hablar de teatro, filosofía y cine arte. Allí hemos visto a los escritores Antonio Avaria, Jaime Hagel y Miguel de Loyola conversando de libros y autores.

Hoy día, toda la vereda de Las Lanzas tiene mesitas a la calle junto a otros cafés pequeños, entre ellos el Café de la Plaza y "El Amor Nunca Muere", frecuentados por poetas, músicos, teatristas, extranjeros y artesanos.



*Al otro lado de la vereda de Las Lanzas, en el tradicional barrio de Ñuñoa, está el Café Dante que sirve de refugio para tomarse un café o una cerveza antes o después de una función en el Teatro de la Universidad Católica.
Fotografía del autor.*



*Un café para la creación literaria.
Técnica mixta sobre papel de Gerardo Dicrola.*



*Un café para la discusión literaria.
Óleo sobre tela de Roberto Barni (1988).*

XIII. LOS CAFÉS LITERARIOS EN EL CAMBIO DE SIGLO

Los años noventa traen el postmodernismo llevado a ultranza y con él, la sofisticación de la tecnología, la comunicación cibernética y el Internet. Surgen los *malls* donde –entre compra y compra– es posible beber un café en vaso plástico con un *donnut* de canela y chocolate en un *Food Garden*.

En la era consumista, el tiempo que antes teníamos para conversar ha sido desplazado por un tiempo para comprar. Ya no se estila reunirse para hablar de libros en un viejo café sino salir de *shopping* a un centro comercial. Son los signos de la modernidad y un paso más a la globalización.

No obstante, ciertos autores se siguen juntando pese a que sus computadoras los mantienen retenidos en sus casas. La escritura en pantalla ha traído como consecuencia una disminución de los grupos literarios de antaño donde los escritores se leían unos a otros y se criticaban.

Hoy, el autor trabaja a solas. La escritura computacional y la comunicación se han hecho más efectivas aunque más deshumanizadas. Entonces, la vieja taza de café humeante en torno a la cual era posible conversar hasta tarde, leerse mutuamente y hablar de libros ha sido reemplazada por el frío mensaje vía fax o email.

La comunicación electrónica ha dado paso a una vida más sedentaria, más práctica, más egoísta y por ende, más individualista, donde prima el valor del trabajo, del dinero y mucho menos el de la amistad.

Vivimos una época pragmática en la que el *marketing* impera y los escritores se vuelcan a producir sus libros más que a escribirlos. Ya no hay tiempo para reunirse a conversar. “Es pérdida de tiempo”, parecen decir los jóvenes escritores de la nueva generación que no alcanzaron a conocer la magia de un café y que se aferran a sus pantallas electrónicas comunicándose con sus iguales a través del teclado del computador.

Con todo, algunos autores añorantes siguen prefiriendo puntos de encuentro, quizás como una manera de reforzar la idea de que el ser humano sigue necesitando el contacto humano y real con otro afín. El dramaturgo Benjamín Galemiri que idealiza el Café Tavelli de Manuel Montt, enfatiza: “Es tranquilo. No molesta nadie. Y es un excelente refugio para leer y reunirse con los teatristas. Lo mejor: no es muy conocido”.

En el centro, suele verse al escritor Fernando Emmerich tomando “un café de pie”, modalidad inconcebible hace cuarenta años cuando no existían las prisas de hoy y era posible dejar transcurrir las horas sentado en un viejo café. Conversando con un editor o intercambiando las bases de un concurso literario con un narrador, el encuentro de hoy en el Haití o el Caribe bebiendo “un cortado” o “un express” no dura más de diez minutos.



*Modelo del Café Haití.
Fotografía de Miguel Sayago.*

El barrio céntrico ha quedado atrás, quizás por la delincuencia, la remodelación o el *smog*. Sin embargo, han proliferado en las galerías comerciales de las calles Agustinas y Moneda una serie de cafés que antes no existían en Santiago. Ha llegado la época de los "cafés eróticos".

Tras oscuros vidrios polarizados que impiden mirar hacia adentro, los ejecutivos del centro y los curiosos acuden a tomar un café a media mañana, atendidos por damas ligeramente vestidas o con ropa interior provocativa. El café da la posibilidad de charlar un momento con la modelo que echa personalmente la sacarina o el azúcar y sirve en la mano del habitué el vasito de soda para personalizar el breve encuentro. Una modalidad impensada varias décadas atrás.

Estos Cafés se propagan rápidamente en provincias. A fines de milenio, todas las ciudades de Chile contarán con este tipo de cafés. En Viña del Mar, en la calle Viana, junto al Teatro Olimpo, abre el Café Biagra, (*sic*), en homenaje a la famosa pastilla contra la impotencia que ha revolucionado al mundo. El café tiene como logotipo una pierna femenina y una taza de café parpadeante. Este letrero luminoso en su puerta de entrada simboliza el estilo de Cafés en Chile hacia 1999.

Desde luego que las feministas han salido al paso y han abierto también en el centro de Santiago, principalmente en los pasajes comerciales, pequeños Cafés para ejecutivas atendidos por varones en ajustados pantalones cortos y camisetas negras sin mangas. Todo el ambiente dominado por la penumbra y la música norteamericana de discoteca. Pero no han prosperado.

Los antiguos poetas del centro, bohemios de pipa, tabaco y bufanda larga de los años sesenta, se han tenido que adaptar a los nuevos tiempos, desplazándose ahora hacia el barrio alto usando vestimentas a la moda para reunirse a hablar de libros en lugares asépticos en donde está prohibido fumar...

El Café Tavelli de Providencia

El Café frecuentado hoy día por los escritores y poetas es el Tavelli de Providencia, principalmente su terraza. En un ambiente más acrílico, como en un café de Orlando o de Chicago, han tomado *capuchinos* con sacarina y Coca Colas *light* los escritores Marco Antonio de la Parra, Alberto Fuguet, Raúl Zurita, Darío Oses, Roberto Merino, Jacqueline Balcells, Pía Barros y Diamela Eltit, entre muchos otros.

“Claro que este café es muy distinto a los tradicionales cafés literarios” señala Antonio Avaria. “Podemos decir que está en las antípodas, porque está mal visto fumar y no se expenden bebidas alcohólicas”.

Hay escritores, incluso, como Mario Valdovinos, que van al Café... pero no a tomar café precisamente porque contiene cafeína. Hoy los escritores se cuidan y muchos de ellos no consumen bebidas alcohólicas. Otros no fuman porque el tabaco contiene nicotina. No comen torta porque contiene azúcar, ni crema porque contiene materia grasa. No toman helados porque produce colesterol, ni comen “carnes rojas” porque es perjudicial al organismo...

El hábito alimenticio ha cambiado entre los chilenos que se preocupan ahora de las dietas y de “perder peso”. Surgen los gimnasios para el cultivo del cuerpo. Se practican ejercicios aeróbicos y se desarrollan los músculos en complejos artefactos. Por eso, a la hora de un almuerzo o una cena de escritores hay que pensar mucho y preguntar antes quiénes son vegetarianos para preparar platos especiales.



Terraza del Café Tavelli en el Drugstore de Providencia con la librería de la Feria Chilena del Libro al fondo. Un lugar ideal para reunirse con escritores a media tarde y mirar libros en las librerías Altamira y Ulises.



*El hombre estatua lee también en el Café Tavelli .
Fotografía de Edith Phillips.*

Los grandes almuerzos de escritores alrededor de una parrillada o de un arrollado de chancho en un Club Radical son impensables en el siglo que comienza. Esto incide también en el hábito de reunirse a tomar un café “al paso” con un poeta o un narrador. Los espacios son otros y hasta la hora de juntarse también es diferente.

En cincuenta años el estilo de vida ha cambiado mucho entre los chilenos y un joven escritor moderno frente a su *note book* o comunicándose con sus pares vía Internet, mientras bebe una copa de agua mineral sin gas, no puede imaginar siquiera las reuniones de los escritores de la provincia, medio siglo atrás, en el Club de los Bomberos, alrededor de un plato de pernil regado con vino tinto.

La vieja fórmula española de “café, puro y copa”, aquí, en los cafés de la modernidad, no tiene sentido. Si aquellos eran lúgubres, llenos de humo, oscuros, un poco sucios, con olor a pipa marinera y con viejos ventiladores de hélice, estos son impecables, muy iluminados *a giorno*, con aire acondicionado, nada de azúcares ni grasas, sin humo, atendido en forma *self service* o atención impersonal de los garzones. Definitivamente otro estilo.

En el Tavelli también suele verse al pintor Santos Guerra, que también va al Caffetto. En una mesita, el dramaturgo Jorge Díaz, que ha hecho carrera literaria en España, escribe una nueva obra de teatro y se entrevista allí con editores y teatristas.

En el Tavelli se fundó La Academia Imaginaria en los años ochenta en donde los narradores y escépticos (y también asépticos) literarios se reunían a charlar de libros en un ambiente sofisticado y *light*, rodeado de tiendas de decoración, casas de música y buenas librerías.

Marco Antonio de la Parra señala: “En el Tavelli recibí y otorgué confesiones sobre la desgracia del artista chileno, esas cosas, la queja, la euforia, la envidia. Tiene escaparates de libros y de música a la mano y todo antojo puede satisfacerse”.

El Café Flaubert

A fines de los años noventa, en pleno cambio de siglo, en un claro afán nostálgico de los cafés parisinos, surge el Café Flaubert en la calle Orrego Luco en donde prima un ambiente refinado y una vuelta a la sofisticada vida social donde el cliente puede elegir diferentes clases de tés, desde el Earl Grey Tea hasta el té a la bergamota.

Este hermoso Café, decorado con simplicidad, elegancia y buen gusto, con fotografías de Cafés literarios franceses, ha lanza-

do concursos de narrativa a iniciativa de su dueña quien ha instituido un premio literario cuya primera edición se entregó a la joven autora Brenda López Saiz.

Comensales asiduos del Flaubert han sido Leopoldo Castañeda, Sol Serrano o Carolina Rosseti. En una mesa, han conversado también los hermanos la escritora Lina Meruane y el autor y crítico Mario Valdovinos. A muchos escritores les agrada el ambiente del Flaubert, aunque Marco Antonio de la Parra, siempre crítico, escribe: "He ido al Flaubert, pero al no haber alfombras, el ruido de las carcajadas estorba".

El especialista francés en cafés literarios Gérard Georges Lemaire señala: "Conocí el Flaubert durante mi primera estadía en Santiago, sencillamente porque ya había escuchado hablar de él en París".

Los bohemios de siempre

En el Café Flaubert se reunieron para una cena de camaradería los organizadores, escritores y colaboradores que participaron en la magnífica exposición "Los Bohemios de Siempre: un homenaje a los Cafés Literarios" proveniente de Francia llevada a cabo en la Corporación Cultural de Las Condes entre el 20 de agosto y el 20 de septiembre de 1998.

Entre los asistentes estaban Monsieur Gérard-Georges Lemaire, curador de la muestra, Francisco Javier Court, Cristián Warnken, Fernando Moya, Elisa Portales y autoridades de la Embajada de Francia, quienes departieron de libros en torno a una deliciosa sopa de ostras.

La muestra, visitada por muchísimo público interesado en la vida de nuestros cafés literarios, contenía pinturas inspiradas en los viejos cafés de París, fotografías de época, amplísima documentación sobre la historia de los cafés europeos y ambientación en vivo de cafés santiaguinos, entre ellos el Torres, el Coppelia, la Pérgola de la Plaza y muchos otros.

Cada café realizó una instalación en donde los visitantes podían sentarse a tomar un café mientras leían una Carta Literaria redactada por los escritores Carlos Franz, Alfonso Calderón, Raúl Zurita, Teresa Calderón, José Ricardo Morales, entre otros, que evocaban lo que para ellos había sido la presencia de un café literario en sus creaciones.

De música de fondo, se ambientó la muestra con tangos, boleros y cuplés de Lilian de Celis. También se colgaron cuadros famosos que estuvieron en cafés y restaurantes como una famosa acuare-

la que estaba en el Restaurant Chez Henry de la Plaza de Armas con personajes de la década del treinta. Esta exposición itinerante pretendía que en cada país se destacara la vida bohemia y sus lugares de reunión. Así, en Santiago, los asistentes pudieron documentarse en torno a la vida de nuestros cafés, salones de té, restaurantes y bares por donde han pasado narradores y poetas para escribir sus libros o para conversar sobre ellos.



Un café para endulzar el amor, Víctor Mira, 1985.

Los Cafés de la era virtual

Monsieur Gérard-Georges Lemaire, especialista en cafés literarios en el mundo, conversó sobre el tema con Cristián Warnken en su visita a Chile en una sesión pública en el Instituto Cultural de Las Condes y contó allí que siempre, cuando visita por primera vez un país, le pide a un taxista que lo conduzca al café más concurrido y famoso del centro de la capital. Generalmente lo conducen a un respetable café lleno de intelectuales leyendo el periódico y conversando de arte en torno a mesitas de mármol con pie de fierro. Sorprendido señaló que el taxista de Santiago de Chile lo condujo al Café El Barón Rojo de la calle Moneda de Santiago, en donde, a mediodía, diferentes burócratas se entretienen bebiendo un café mientras miran a las nudistas que atienden en ropa interior blanca.

Allí le señalaron que muchos abogados y funcionarios del centro aguardan con un café entre el índice y el pulgar que en cualquier momento se pueda producir “el minuto millonario”, durante el cual, las señoritas retiran sus sostenes y atienden a busto desnudo, es decir, en *topless*. Según el especialista, el café más popular es el que marca el espíritu en el que se encuentra una ciudad en un momento determinado de su historia.

En la era de los cafés eróticos y de los “ciber cafés” –donde es posible contactarse con el mundo al amparo de un café y un *mousse* de chocolate– surge como contrapartida la cadena norteamericana de *Au Bon Pain*, al estilo francés, que permite leer el diario, conversar, escuchar música clásica y aún escribir sin que ningún camarero moleste o interrumpa al cliente, mientras el “ejecutivo” bebe su vaso de café de grano –*self service*– o saborea su *muffin* humeante y recién salido del horno sobre una mesita de mármol veteadado.

No todo está perdido. Al lado de la Librería Ulises y del Café Tavelli, surgió el Café Mundos, cuyo ambiente se presta para la conversación silenciosa y la lectura del libro recién comprado en esta excelente librería, muy bien diseñada y con una atractiva selección de libros y novedades.

El ‘Doctor van der Weindraube’ que tiene la columna “El Lector Compulsivo” en la “Revista de Libros” de *El Mercurio* escribe el 17 de marzo del año 2001 un breve artículo que titula “Lectura en el Café” y allí señala: “‘Mundos’ tiene mesas cuadradas de madera, ideales para el papel, el cuaderno, la croquera, el volumen. Le falta bollería, pero tiene tiempo y abre hasta muy tarde. Leer de madrugada, encontrarse con un libro en la mano. Y contarle a alguien

una vez más de 'Chevengur' y Andrei Platónov y decirle que es una obra magnífica". Y concluye reflexionando: "No morirse tanto, el tiempo para un café, largo, largo como el mundo"...

El Café Cory

Otro café de actualidad es el Cory que inicialmente fue una pastelería fina de origen austríaco abierta en la calle Colón en los años setenta.

Posteriormente la familia abrió pastelerías con café, tal como se estila en las calles de Viena. Así surgieron diversas sucursales en puntos concurridos de Santiago: en Providencia al llegar a Luis Thayer Ojeda, en el Mall de Alto Las Condes y en el Mall Panorámico de la avenida 11 de Septiembre, donde habitualmente hay conciertos en vivo de operetas y comedias musicales.

El Café Cory tiene su origen en una tradicional pastelería fundada en Austria en 1898 por los hermanos Jacques y Max Unger, hijos del joven barón teniente coronel Josef von Unger, cuyo triunfo en la batalla de Navarra en 1849 le valió su título de nobleza. Desde ese momento, el barón les transmitió a sus hijos una profunda convicción pacifista y un hondo deseo de que siguieran oficios y profesiones no ligados a la antigua actividad militar de la familia.



*Medallón de la
Emperatriz de Austria
y Reina de Hungría,
Elisabeth de Baviera, Sissi:
Logotipo del Café Cory.*

Los hermanos educados en unos principios humanistas, inauguraron en el elegante balneario de Bad Vöslau de Austria, la Pastelería y Delikatessen Hermanos Unger (*Brüder Unger*) abriendo posteriormente sucursales en el Séptimo Distrito de Viena, la capital imperial.

La excelencia de estos establecimientos, su decoración y la calidad de sus productos motivaron a Su Majestad el Emperador de Austria Francisco José I a concederles el título de Proveedores Imperiales y Reales de la Corte de Viena. De aquellas pastelerías saldría la famosa torta Emperador Francisco José que era una de las preferidas en la corte.

En 1924 los hermanos Unger entregan sus deliciosos productos a los grandes hoteles elegantes del balneario de Semmering y diez años más tarde, inauguran en Viena los primeros establecimientos con máquinas y hornos para fabricar tortas y pasteles cada vez de mayor calidad.

La dulce tradición de los famosos Hermanos Unger la continuaron en Chile sus descendientes, los actuales Hermanos Unger, Johnny y Andrés.

Andrés, maestro pastelero titulado en la noble y antigua pastelería Demen de Viena (lugar favorito de la emperatriz Elizabeth de Austria, más conocida como Sissi) es indudablemente el creador de insuperables postres y pasteles, en tanto que su hermano mayor Johnny, es quien se ocupa de las relaciones comerciales de la empresa. El lema familiar latino: *Veribus unitis*, (*Con Esfuerzo Común*) se manifiesta así en esta última generación de los hermanos Unger.

En estos Cafés santiaguinos respiramos la inconfundible atmósfera de Viena y saboreamos el Café Diplomát con una porción de licor de huevo cubierto con crema chantilly y aromático polvo de cacao. También es exquisito paladear el Café Veneciano o el Bucanero con unas gotas de ron, mientras escuchamos *Viena, ciudad de mis ensueños* o un aria de *El murciélago* de Strauss...

El acompañamiento ideal para estos tipos de cafés es un platillo de galletas en forma de media luna que recuerdan la victoria de Viena sobre los turcos en el siglo XVII. También es posible degustar la torta María Antonieta, llamada así en recuerdo de la Reina, que es una de sus especialidades de la casa.

El Café Cory del Alto Las Condes tiene un punto más de sofisticación que los otros, ya que las tazas de café se llevan a la mesa sobre pequeñas bandejas de acero. Además, entre la taza y el platillo hay una blonda de papel de encaje. Igualmente, como en los cafés de Viena, hay soportes de madera con los periódicos del día para que los clientes puedan hojear y leer libremente la prensa. Con eso se

persigue que el público se sienta cómodo y pueda, como en Europa, dejar correr el tiempo sin prisa, demorándolo y saboreándolo. Como lo hace el poeta Eric Pohlhammer, a quien vemos bebiendo un “cortado” en el Café Cory, mientras consulta libros de poesía.

El primer logotipo del Café Cory –nombre de fantasía– representó la silueta de un músico de pelo largo, vestido de frac, tocando el violín. Posteriormente se cambió al clásico medallón de la emperatriz Sissi, Reina de Hungría y Bohemia por su matrimonio con Francisco José I, en traje de coronación como Reina de Hungría.

El Café Geraldine

Es uno de los últimos cafés elegantes de la capital, situado en la calle Juan XXIII, en el barrio de Vitacura, en las inmediaciones de la Clínica Alemana. No es un café literario sino comercial, pero es posible estar allí en un ambiente placentero, disfrutando de una taza de té junto a una buena pastelería y panes finos salpicados de semillas de amapola y sésamo.

El Café de Antaño

Situado en la calle Luis Pasteur del barrio de Vitacura, este café emula los cafés de los viejos tiempos, sin la impronta ni la historia genuina. Como decorado funciona, aunque no es un café de escritores precisamente, sino más bien un lugar agradable donde tomarse un café, sentirse bien y reunirse con las amistades.

La Orquesta de Cristal

A fines de siglo XX, en enero de 1999, se gesta un interesante Café Literario en un Libro Café de la calle Purísima en el Barrio Bellavista. El ambiente de silencio, los libros allí reunidos y la mística del lugar eran propicios para esta clase de encuentros. Así lo comprendieron el poeta Erwin Díaz y la periodista de la “Revista de Libros” de *El Mercurio*, María Teresa Cárdenas. Ellos, con gran dedicación y amor al libro, organizaron veladas literarias en este Café de escritores llamado *La Orquesta de Cristal*, nombre derivado de un verso del poeta Enrique Lihn.

La iniciativa tiene gran éxito y rápidamente el público acude regularmente los días martes por la noche a escuchar a los autores entrevistados. Allí se dieron cita Gonzalo Millán, Jorge Edwards, Stella Díaz Varín, Floridor Pérez, Raúl Zurita... Y a su paso por Chile, fueron entrevistados Óscar Hahn y Roberto Bolaño entre muchos otros.

Al año siguiente el Café Literario iniciado allí se traslada a Borde Río, un sector de restaurantes elegantes en el Barrio Oriente de la capital, en la ribera del río Mapocho. Si bien es cierto el lugar era más sofisticado, no tenía el ambiente literario del inicial. Sin embargo, el público era distinto. Ahora los encuentros literarios estaban auspiciados por *Tobacco & Friends*.

A estos Cafés Literarios del cambio de siglo acuden a hablar de su obra, entre muchos otros, Gonzalo Contreras, Carlos Cerda, Raúl Zurita, Marta Blanco, Roberto Ampuero y el escritor peruano Jaime Bayley que cerró el ciclo del año 2000.

En marzo del año 2001, estos Cafés Literarios se retoman, participando el escritor peruano Alfredo Bryce Echeñique, la escritora Marta Blanco y el joven narrador chileno Luis López Aliaga, quienes hablaron "sobre viajes y retornos, boom latinoamericano, mitos y desilusiones".

Cafés recientes

En enero del año 2002 recorrimos el Barrio Bellavista en el que destacamos el Café *Off the Record*, en la calle Antonia Lope de Bello, en el que se dan cita intelectuales y escritores, en torno a la figura del periodista literario Fernando Villagrán. Hay también Cafés de Cuenta Cuentos, como La Casa en el Aire y Cafés de teatristas en la calle Chucre Manzur, en tanto que en el corazón de Providencia, se inauguró *The Coffe Club*, un amable rincón que promueve esta exquisita bebida y que permite a su clientela probar los diferentes sabores de cafés traídos de distintos lugares del mundo.

Destacamos también el Café *Cinnamon* de la familia Paredes Salaüe en Condell 340, que funciona en una casa tradicional del barrio de Providencia desde 1993, manteniendo un aire señorial con los muebles originales de la familia. Al Café suelen acudir músicos, como el director de orquesta Juan Pablo Izquierdo y escritores relacionados con las editoriales Arrayán, Universitaria y Pehuén, que degustan un café saboreado con almendra, avellana, caramelo o vainilla y en un agradable ambiente.

El Café Literario del Parque Balmaceda

Una excelente iniciativa ha tenido la Municipalidad de Providencia al crear este Café Literario en el Parque Balmaceda, frente a la calle Condell. Bajo los inmensos ceibos centenarios, se ha construido especialmente este lugar que cuenta con cafetería, biblioteca y espacios que estimulan la actividad intelectual y literaria. Se inauguró en junio del año 2001 con numeroso público. En la actualidad hay encuentros literarios, talleres de poesía y cuento, conferencias y actividades orientadas a la vida literaria.



*Ambiente en la terraza del Café Literario del Parque Balmaceda.
Fotografía de Guillermo Palma.*

Los Cafés del futuro

¿Cómo serán los Cafés literarios del futuro? ¿Existirán? Raúl Zurita se pregunta: “¿Habrà nostalgia? Otros Diego Maqueira, otros Carlos Franz, otros Arturo Fontaine, otros Gonzalo Contreras, otros Martín Hopenhayn se reunirán en días prefijados, bajo soles desconocidos, para hablar de literatura, pero terminarán como lo hacían antes, hablando de sexo, porque en la soledad de esos mundos virtuales, de los *mails* y de las teleconferencias, será seguramente aún más urgente que hoy, más importante que lo literario, más doloroso y desesperado”.

En tanto que Carlos Franz escribe: “Una ciudad sin cafés o bares de esta especie –o que los reemplaza exclusivamente por la sordera organizada de la *disco* donde nadie oye a nadie, o por el *pub* americano con la televisión encendida–, es una polis sin poesía”.



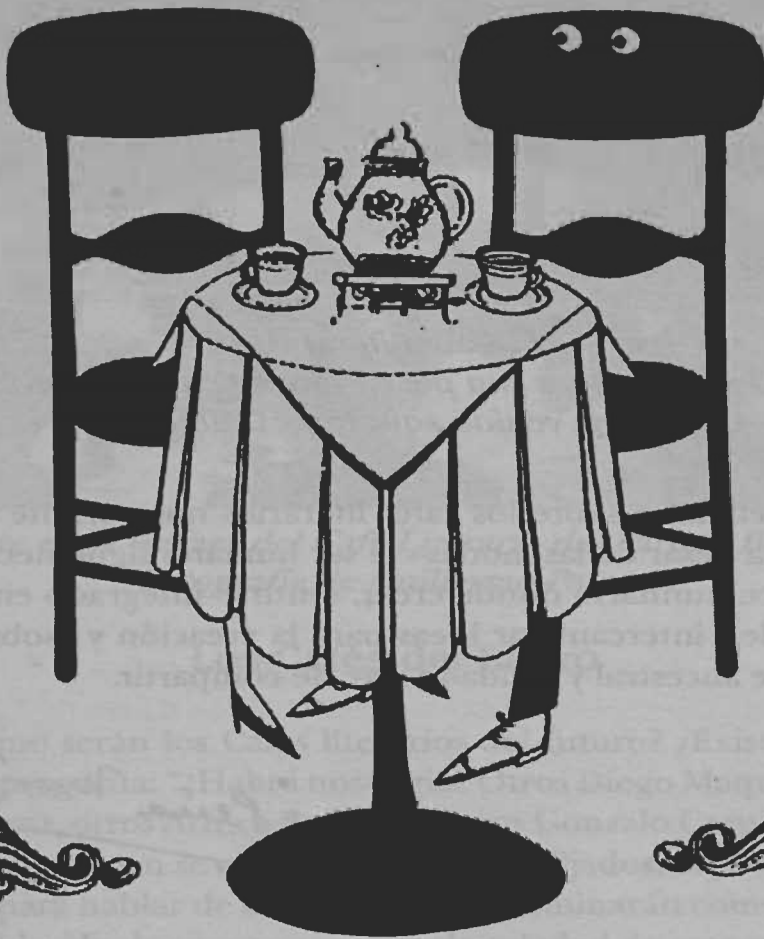
El Café Literario:

*Una arquitectura con poco encanto para la poesía.
¿Habría venido aquí Jorge Teillier?...*

Una reflexión sobre los cafés literarios nos permite comprobar cómo –a pesar de las modas– el ser humano sigue necesitando el espacio comunitario donde crear, sentirse integrado en un grupo de iguales, intercambiar ideas para la creación y –sobre todo– ejercitar ese ancestral y olvidado arte de compartir.

Manuel Peña Munitz.

CAFETERIA



BIBLIOGRAFÍA

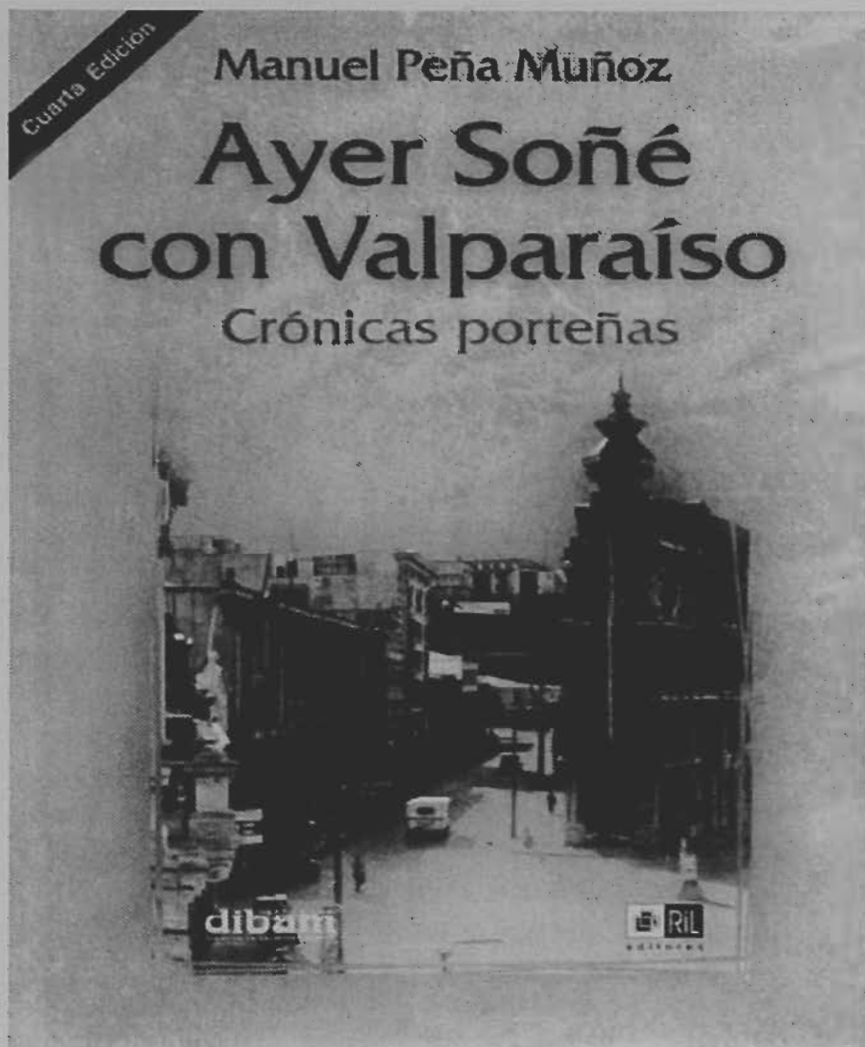
- Alcalde, Alfonso. *Comidas y bebidas de Chile*, (Santiago, Editorial Quimantú, 1972). Colección Nosotros los Chilenos.
- Alomar Arellano, Bartolomé. *Confitería Torres en su 115 aniversario 1891-1994*, (Santiago, Talleres Gráficos de la Editorial Universitaria, 1994).
- Balmaceda Valdés, Eduardo. *Un mundo que se fue...*, (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1969).
- Buenos Aires: Los Cafés. Sencilla historia*. Volumen 1, (Buenos Aires, Librerías Turísticas, 1999).
- Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, (Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1986).
- Calderón, Alfonso. "Tres Cafés Literarios". Carta en la Exposición sobre Cafés Literarios. Corporación Cultural de las Condes, agosto de 1988.
- Calderón, Teresa. "Un café a la salud de la memoria". Carta en la Exposición sobre Cafés Literarios. Corporación Cultural de las Condes, agosto de 1988.
- "Cafés, bares, billares y confiterías notables de la Ciudad de Buenos Aires". Folleto ilustrado de la Comisión de Protección y Promoción de los Cafés, Bares, Billares y Confiterías Notables de la Ciudad de Buenos Aires. 1997.
- Cárdenas, María Teresa. "Siglos de tertulia", "Revista de Libros", *El Mercurio*, sábado 24 de julio de 1999.
- Cárdenas, María Teresa. "Vidas de Café", "Revista de Libros", *El Mercurio*, 22 de diciembre de 2001.
- Cartolano, Ana María; Juan José Saer; Gérard-Georges Lemaire. *Los Cafés Literarios: Buenos Aires*, (Séguier, Biarritz, Francia, 1998).
- Cerda, Carlos. "Cafés y Literatura". Carta en la Exposición sobre Cafés Literarios. Corporación Cultural de las Condes, agosto de 1988.
- Cory, Café. Folletería y carta del menú. Mall del Panorámico, calle 11 de septiembre, 2000.
- "Chilenos universales". (Santiago, Planeta, La Máquina del Arte, 1995). Colección Alameda.
- Darío, Rubén. "Historia de un sobretodo". En *Memorial de Valparaíso*, Alfonso Calderón, (Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1986).
- De la Parra, Marco Antonio "Literatura y café". Carta en la Exposición sobre Cafés Literarios. Corporación Cultural de las Condes, agosto de 1988.

- De la Vega, Daniel. "Estado esquina de Huérfanos", *El Mercurio*, Santiago, 24 de junio de 1955.
- De Rokha, Pablo. "Breviario de Pablo de Rokha". Presentación de Adolfo de Nordenflycht, (Valparaíso, Oceanía de Valparaíso; Universidad de Valparaíso Editorial, 1994).
- Díaz Eterovic, Ramón. "Ni santos ni profetas ni poderosos", *Punto Final*, Santiago, 14 al 27 de agosto de 1998.
- Edwards Bello, Joaquín. "Breviario del Val-Paraíso Perdido". Presentación de Agustín Squella, (Valparaíso Universidad de Valparaíso Editorial, 1994).
- Edwards Matte, Guillermo. *Club de la Unión en sus 80 años. 1864-1944*, (Santiago, Editorial Zig Zag, 1944).
- Franz, Carlos. "Cafés Literarios". Carta en la Exposición sobre Cafés Literarios. Corporación Cultural de las Condes, agosto de 1988.
- Gálvez, Julio. "El aporte silencioso". Texto en el Catálogo "Winnipeg 60 años". Santiago, Centro Cultural de España, 1999.
- García Curado, Anselmo J. *Cafetines con Pedigrí*, (Barcelona, Editorial Zendera Zariquey, 1999).
- Laborde, Miguel. "El Palacio Iníñez", "Revista Vivienda y Decoración", *El Mercurio*, 23 de febrero de 1985.
- Lemaire, Gérard-Georges. "Breve Historia de dos fantasmas chilenos que se aparecieron un los Cafés de Montparnasse". En: *Los Bohemios de Siempre. Un Homenaje de los Cafés Literarios*, Catálogo de la Corporación Cultural de las Condes, agosto de 1988.
- Lemaire, Gérard-Georges. *Teorías de los Cafés*, (Éditions de l'IMEC. Éditions Eric Koehler, 1998).
- Lemaire, Gérard-Georges. *Les Cafés Litteraires*, (Adrien Maeghe Éditeur, 1989).
- Lemaire, Gérard-Georges. *Les Cafés Litteraires*, (Maeght Éditeur, 1990).
- León, Carlos. "Valparaíso y su geografía íntima". En *Memorial de Valparaíso*, Alfonso Calderón. (Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1986).
- Los Cafés. Buenos Aires. Sencilla Historia*. Varios autores, Buenos Aires, Lanus Oeste, 1999.
- Morales, José Ricardo "Para una memoria del Café Miraflores". Carta en la Exposición sobre Cafés Literarios. Corporación Cultural de las Condes, agosto de 1988.
- Morales, Pilar. "Sobrevivientes de Antigua Bohemia", *El Mercurio*, Santiago, 17 de marzo de 2001.
- Muñoz Romero, Osvaldo. *Buenas noches, Santiago*, (Santiago, Imprenta Gendarmería, 1986).
- Orrego Luco, Luis. *Memorias del tiempo viejo*, (Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1984).

- Pecchenino, Renzo, Lukas. "Valparaíso de la mano de Lukas". En *Memorial de Valparaíso*, Alfonso Calderón, (Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1986).
- Peña Muñoz, Manuel. "Los Bohemios de Siempre. Un Homenaje de los Cafés Literarios". Catálogo de la Corporación Cultural de las Condes, agosto de 1988.
- Peña Muñoz, Manuel. *Ayer soñé con Valparaíso. Crónicas porteñas*, (Santiago, DIBAM / RIL Editores, 1999).
- Plath, Oreste. "Cafés". En *Viaje*, Santiago, N° 382, agosto de 1965, págs. 16-17.
- Plath, Oreste. "El Santiago que se fue". Apuntes de la Memoria. Hojas Nuevas, (Santiago, Grijalbo. Grupo Grijalbo Mondadori / Biblioteca Nacional, 1997).
- Sánchez Latorre, Luis. "Charlas de Café". "Revista de Libros", *El Mercurio*, Santiago, 13 de mayo de 2000.
- Simonetti, Marcelo. "Adiós al Café del Biógrafo: Baja el telón", "Revista El Sábado", *El Mercurio*, Santiago, 17 de marzo de 2001.
- Subercaseaux, Benjamín "Valparaíso". En *Memorial de Valparaíso*, Alfonso Calderón, (Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1986).
- Thorn, Jon. *Manual para sibaritas*. Colonia, Alemania, Evergreen, 1995.
- Torres Cautivo, Ximena. "El verde boom. Naturismo y otras yerbas", "Revista El Sábado", *El Mercurio*, 12 de junio de 1999.
- Urbina Burgos, Rodolfo. *Valparaíso, auge y ocaso del Viejo Pancho*, (Valparaíso, Ediciones Puntángeles / Universidad de Playa Ancha / Universidad Católica de Valparaíso, 1999).
- Van der Weintraube, Dr. "Lectura en el Café". "Revista de Libros", *El Mercurio*, Santiago, 17 de marzo de 2001.
- Vial, Sara. *Valparaíso, el Violín de la Memoria*. Santiago, RIL editores, 2001.
- Vial, Sara. "El Café Literario ¿Una tradición perdida?", *La Estrella*, Valparaíso, 23 de octubre de 1993.
- Vicuña Cifuentes, Julio. "Hoteles y cafés en 1884", *En Viaje*, Santiago, N° 95, septiembre de 1941, págs. 29-31.
- Vicuña, Manuel. "La Belle Epoque chilena", Biblioteca Todo es Historia, Editorial Sudamericana, Santiago, 2001.
- Zapiola, José. "Los orígenes del Santiago alegre. 1830.", *En Viaje*, Santiago, N° 143, septiembre de 1945, págs. 12-13.
- Zurita, Raúl. "De un futuro de los Cafés Literarios". Carta en la Exposición sobre Cafés Literarios. Corporación Cultural de las Condes, agosto de 1988.



Otros títulos del autor
en esta casa editorial



**AYER SOÑÉ CON VALPARAÍSO:
crónicas porteñas**

327 págs., 1999

Hoy, cuando el viejo puerto está siendo revalorizado por artistas y viajeros, este libro nos entrega –en un conjunto de crónicas– antecedentes literarios e históricos para apreciar mejor la ciudad a través de estas páginas, escritas al impulso de la observación y el análisis de paseos, escalinatas y personajes.



**MEMORIAL DE LA TIERRA LARGA:
crónicas chilenas**

397 págs., 2001

Estos artículos de costumbres describen con amenidad la geografía humana y poética de Chile, desde Arica a la Patagonia. A través de este recorrido literario, el autor presenta retratos de chilenos de distintas condiciones sociales y culturales a través de la historia, mostrando así fragmentos de nuestra identidad nacional.

Impreso en los talleres
digitales de RIL editores®
Teléfono 2254269
ril@rileditores.com
Santiago de Chile, marzo de 2002

lena (1982), *Folklore infantil en la educación* (1984), *Alas para la infancia. Fundamentos de literatura infantil* (1995), *Había una vez... en América. Literatura infantil de América Latina* (1997), *Lima, limita, limón. Folklore infantil iberoamericano* (1998), *Juguemos al hilo de oro. Folklore infantil chileno* (1999). Ha merecido diversas distinciones por su obra, entre ellas, la Beca de Escritores del Consejo Nacional del Libro y la Lectura (1995) y el Premio Municipal de Literatura de Valparaíso (1997). Ha publicado artículos culturales en «Artes y Letras» y «Revista de Libros» de *El Mercurio*, *La Nación*, *La Segunda* y *Revista Mapocho*. Ha dictado cursos, talleres y conferencias literarias en España y América Latina. Ha sido invitado por la UNESCO para integrar el Jurado del Premio Internacional de Literatura Infantil y Juvenil, París (1998 y 2000) y becario en la Fundación Sánchez Ruipérez de Salamanca, España (2001). En la actualidad reside en Santiago de Chile donde trabaja como escritor, profesor e investigador literario.



Un recorrido por los cafés, bares y restaurantes por donde han pasado los escritores chilenos a conversar de arte y literatura nos entrega el autor Manuel Peña Muñoz en otro libro suyo de crónicas que detallan la vida humana a través del tiempo. A sus obras anteriores de este género –*Ayer soñé con Valparaíso* y *Memorial de la Tierra Larga*– se suma este volumen que nos propone un paseo por nuestros cafés emblemáticos donde se han gestado versos y conversaciones de filosofía, libros, teatro, periodismo y política: la Confeitería Torres, el Café Sao Paulo, el Miraflores, la Fuente Iris, el Bar La Unión Chica por donde iba Jorge Teillier, el Café del Biógrafo... Muchos de ellos desaparecidos permanecen aún en la memoria afectiva de los escritores. Por eso es bueno tenerlos reunidos en este espacio poético que es el libro. Desde las páginas, abrirán sus puertas a sus lectores, invitándolos a las confidencias y los recuerdos hermosos... De paso, el autor nos invita a conocer los cafés literarios de América Latina y Europa, complementando la investigación con abundante material gráfico.

Manuel Peña Muñoz.
Santiago, febrero 2002



Biblioteca del Bicentenario

ISBN 956-284-206-1



9 789562 842068